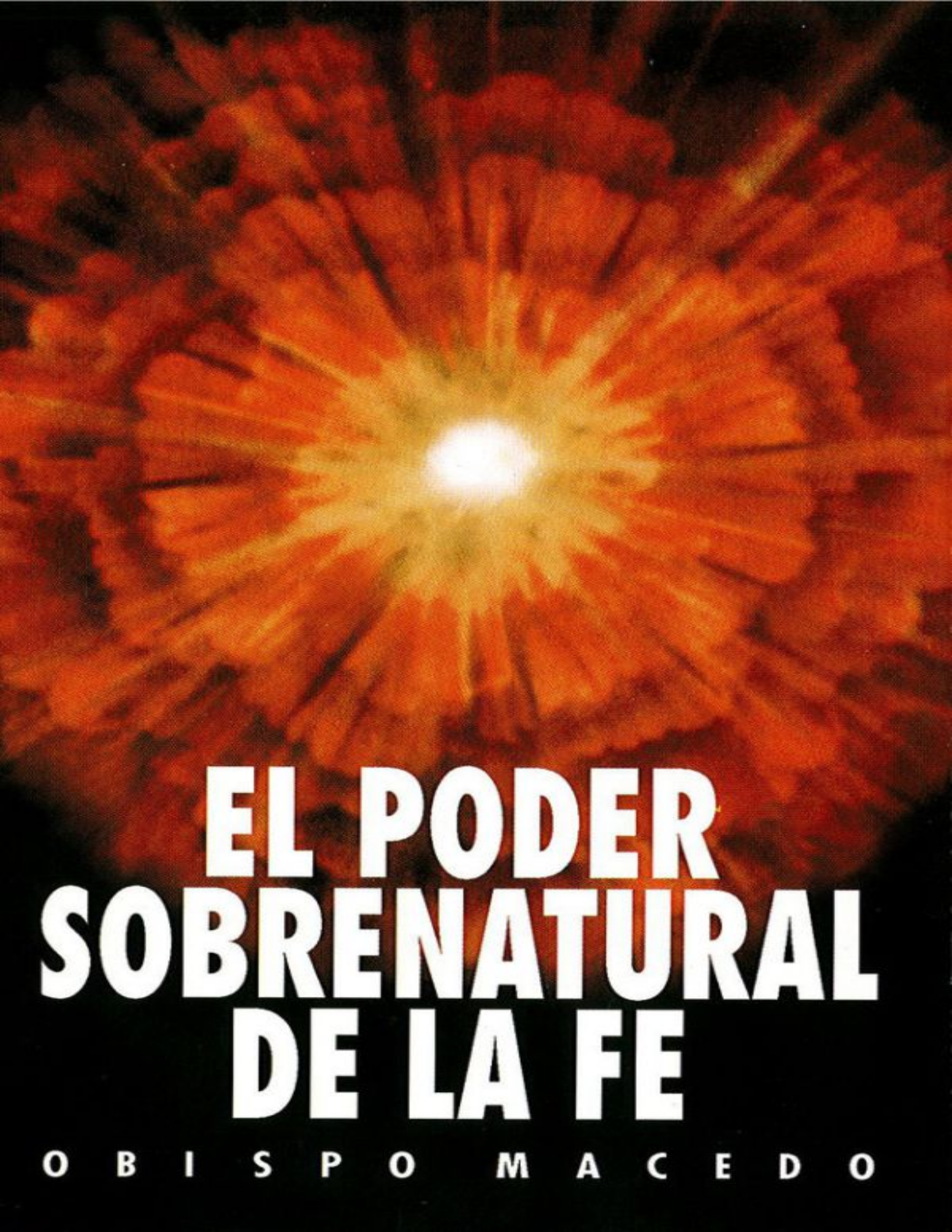
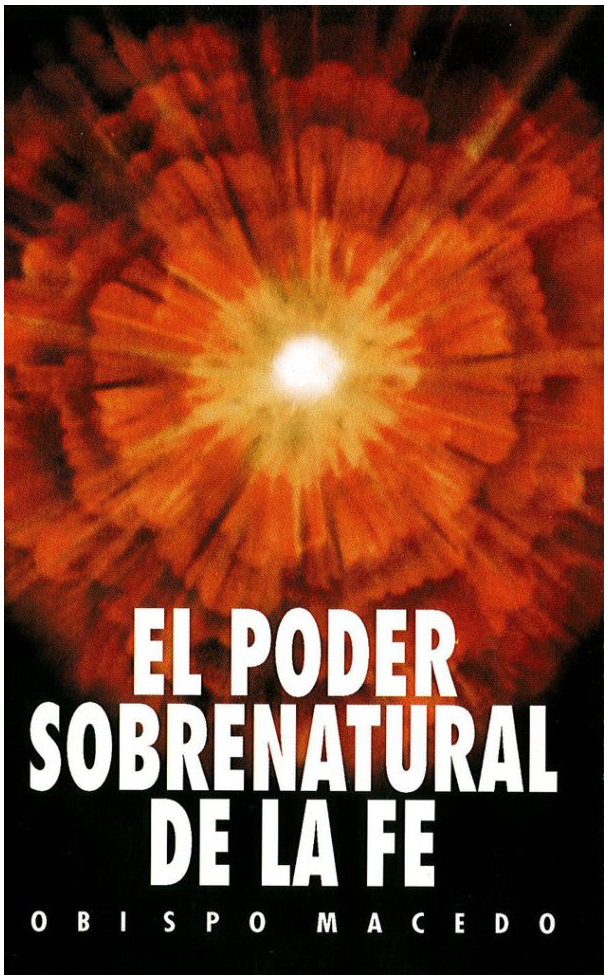

EL PODER
SOBRENATURAL
DE LA FE
OBISPO MACEDO


EL PODER
SOBRENATURAL
DE LA FE
OBISPO MACEDO

Índice de contenido

Start

Prefacio

Introducción

Capítulo 1 - La palabra que produce muerte

Capítulo 2 - La palabra que produce vida

Capítulo 3 - Los obstáculos al Reino de la Fe

Capitulo 4 - El Despertar de la Fe

PREFACIO

¿Cómo analizar el mecanismo de la fe? ¿Cómo nace, interfiriendo en la esencia del ser, en el corazón y en la mente del hombre, transformándolo todo, tanto interior como exteriormente, hasta llegar a una formidable explosión en el alma, en un conocimiento que no se explica por las leyes de la naturaleza?

Nadie mejor que el Obispo Macedo para hablar sobre este poder sublime. Leyendo “El poder sobrenatural de la fe”, verá el lector que, a los ojos del alma, lo inimaginable viene a ser un hecho y los sentidos del hombre pasan a un lugar secundario, por la gracia de Dios.

El autor nos habla de esta energía espléndida que pone en movimiento todo un proceso de procedimientos para llegar a Dios, pero, también, nos pone en sobreaviso acerca de instrumentos falsos que no deben ser confundidos, porque, aplicados en nuestra vida, nos llevan a la muerte.

Por tanto, este libro del obispo Macedo no es solamente un estudio para que el cristiano ejercite plenamente su fe, sino, sobre todo, se trata de un aviso para que el lector se conserve incólume en el campo de batalla religioso y no sucumba ante el argumento demoníaco de que “el tiempo de los milagros ya pasó...”.

Con respecto a todo esto, la fe en Dios continúa obrando milagros, y de tales milagros precisan más los que por su

pequeñez espiritual buscan la gloria en este mundo, porque se hacen ciegos para la ciencia maravillosa del alma.

Al observar la portada, el lector podrá darse cuenta de que tratamos un tema que recuerda el mayor poder de estupidez humana, la explosión nuclear, cuya fuerza de devastación alcanzó durante la II Guerra Mundial el límite máximo de destrucción y muerte. ¡Aquí, de hecho, reside toda la historia de la insensatez de la humanidad!

Pero, por otro lado, el deseo de la portada puede también significar una pálida y reducida idea de la magnitud de la explosión de la fe. Seguramente, ella libera fuerzas inconmensurables millones y millones de veces superiores a cualquier explosión que en la naturaleza puedan los hombres producir, pero con una diferencia: ¡es silenciosa y genera vida! Al contrario, es una explosión que en vez de destruir, construye, para la salvación del hombre.

En la opinión del obispo Macedo, aunque la tierra tiemble, los montes se muevan, el firmamento sea sacudido por las armas atómicas, Dios existirá siempre para aquellos que Le buscan en espíritu y en verdad. Son las palabras finales del obispo Macedo contenidas en la última página de este libro. ¡Que el lector pueda participar de esta convicción y ser lleno de bendiciones!

El Editor

INTRODUCCIÓN

Los cristianos vivimos en una sociedad aliada con Satanás. Eso significa que este mundo es contrario a Dios y a todo lo que de Él proviene; nosotros jamás podríamos esperar una comprensión de este mundo para nuestra fe, sino todo lo contrario, siempre estará procurando destruir aquello que Dios nos dio. El seguidor del Señor Jesucristo tiene que estar siempre preparado para enfrentar todo tipo de lucha, con el objetivo exclusivo de mantener su fe, y, consecuentemente, su salvación. Por esta razón, el Espíritu Santo nos exhorta en el sentido de prepararnos para las verdaderas batallas espirituales que cada día se nos presentan, afirmando: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:11-13).

El objetivo de este libro es ofrecer a las personas sinceras una base de fe simple, capaz de hacerlas totalmente libres e independientes de la fe de otras personas, para que puedan obtener sus victorias personales y ser verdaderos testigos del Señor Jesucristo en este mundo.

El Señor Jesús dijo: “El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). Este libro trata de cómo el diablo ha robado, matado y destruido vidas; y trata también demostrar sus manejos, maneras y caminos para realizar sus intentos, así como el antídoto para vencer todo ataque satánico, y sobre todo, ayudar a mantener un patrón de vida cristiana por el cual Dios es glorificado: “...porque el gozo del Señor es nuestra fuerza” (Nehemías 8:10).

Obispo Macedo

CAPITULO 1

La palabra que produce muerte

La mayoría de las personas desconocen la fuerza ilimitada de la palabra; ella es semejante a una semilla que, plantada en el corazón humano, crece y fructifica de acuerdo con su naturaleza.

Hay un proverbio que dice: “quien habla, planta, mientras que quien oye, recoge”. Dependiendo de la fuente de la palabra y del suelo en que fue plantada, ella puede producir vida o muerte. Si fuese posible al suelo conocer el origen de la semilla, sabría qué frutos iría a producir. Realizando un paralelo en que el corazón humano es el suelo y la palabra la semilla, esa posibilidad existe.

Cuando el Señor Jesús respondió al padre del niño poseído por un demonio dijo: “... al que cree todo le es posible” Marcos 9:23, estaba diciendo que no hay límites para la fe. Si creyésemos en un futuro terrible, eso con certeza nos sobrevendría; de la misma forma sucederá con la creencia en un futuro promisorio. Aquello en que creamos nos sobrevendrá, ahí reside el poder sobrenatural de la fe.

El diablo conoció el poder de la palabra cuando vio los resultados de las determinaciones dichas por Dios y constató que toda la creación se dio mediante Su Palabra. Él oyó a Dios decir: “... Sea la luz...”, y vio que con aquella Palabra se produjo la luz. Otra vez oyó: “Haya expansión en

medio de las aguas, y de las aguas, para que separe las aguas de las aguas", y nuevamente vio el cumplimiento de la Palabra de Dios.

Todas las demás creaciones de Dios fueron presenciadas por el diablo. Él debe haber pensado: "Ah, si tuviese este poder, yo usaría mi palabra sólo para destruir todo lo que Dios construyó, y así yo sería realmente como Él". Pero su palabra no tenía eco porque no había quien reconociese su autoridad, a no ser los demonios; sin embargo, éstos no podían realizar nada porque también eran impotentes ante la magnitud de la creación. No había nada alrededor del diablo y de sus demonios que les obedeciera, lo que provocó flaqueza y debilidad en sus acciones.

Cuando Dios creó al ser humano y le dio el derecho de escoger su propio camino, esto significa el libre albedrío, satanás vio una gran oportunidad de encontrar en la propia creación de Dios "un socio" capaz de corromper y destruir todo aquello que el Señor construyó.

Pero era necesario primero tomarle la mente; a partir de allí, sería fácil dirigir todas sus actitudes contra Dios. Sus pensamientos serían controlados de tal forma que él le sería un "siervo en potencia" aquí en la Tierra. Dios tendría Su trono en el Cielo y satanás en la Tierra...

A partir de este razonamiento satanás comenzó a poner su plan en práctica y, así como Dios usó Su Palabra para realizar Sus grandes hechos, satanás también usó su palabra de duda para estimular la rebelión del hombre contra Dios. Una vez concretado su intento, el hombre asumió la posición de su siervo.

Cuando obedecemos la palabra de alguien, estamos siendo sus siervos. Si ella viene del diablo, él será nuestro señor,

pero si ella viene de Dios, ¡Él será nuestro Señor! En otras palabras: somos siervos de aquél a quien cuya palabra obedecemos.

¿Cómo el diablo usa su palabra?

El diablo conoce el poder de la palabra y sabe que así como ella produce vida, también puede producir muerte. Él trabaja con este fin. Sabe también que la palabra no matará instantáneamente a la persona que le da oídos, sino, por el contrario, va enflaqueciendo la mente al punto de dejarla con dudas e insegura. Las dudas generan dudas, y éste es justamente el camino que el diablo usa para intentar destruir a los cristianos.

Muchos subestiman los conocimientos de satanás y sus demonios; no saben que el infierno entero conoce bien la Palabra de Dios, más que cualquier ser humano. El diablo sabe que:

“Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor, ya que es persona de doble ánimo e inconstante en todos sus caminos” (Santiago 1:6-8).

Por eso, él y su corte trabajan constantemente en el sentido de anular la Palabra de Dios dentro del corazón de las

personas. Por ejemplo: todo cristiano sabe que sin fe es imposible agradar a Dios, y que la fe es la certeza de algo que se espera. ¿Cuál es entonces la actitud del diablo para intentar invalidar esa palabra? Es fácil, basta sembrar una pequeña duda en el corazón de la persona que tiene fe, para que ésta se vuelva infructífera.

El diablo y sus demonios tienen millones de años de existencia frente a los seres humanos. Han presenciado toda la obra de Dios y conocen muy bien las Sagradas Escrituras. ¿Usted se acuerda lo que sucedió cuando el Señor Jesús fue tentado por el diablo en el desierto? A la primera embestida del diablo, el Señor le resistió diciendo:

“Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”

(Mateo 4:4).

¿Qué hizo el diablo? ¿Desistió en tentar al Señor? ¡No! Volvió aún con más fuerza y, usando la propia Palabra de Dios, dijo:

“Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo; pues está escrito: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra” (Mateo 4:6).

¡Vea cómo el diablo también usa la Palabra de Dios! Por eso no debemos admirarnos cuando nos encontramos con personas sin escrúpulos que han usado la Palabra de Dios por todo el mundo. El diablo la usó en el momento más oportuno y aún así no dejó de ser el diablo. El Señor ya nos avisó:

“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les declararé: Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!” (Mateo 7:22-23).

Como el diablo conoce muy bien la Palabra de Dios, siempre va a buscar un camino para invalidarla en la vida de aquellos que creen en ella de todo su corazón.

Si examinamos las religiones y sectas de este siglo, encontramos que muchas tienen sus fundamentos basados en la Sagrada Biblia; aunque, han alterado completamente su interpretación. La Macumba (nombre genérico para la Umbanda, Quimbanda y Candomblé), por ejemplo, realiza sus sacrificios como lo hacía Israel, de acuerdo con el Antiguo Testamento.

El diablo, imitando los sacrificios levíticos, los cuales representaban un símbolo del Señor Jesús; quien sería sacrificado en favor de toda la humanidad, creó su propia forma de someter a las personas que no conocen los preceptos de Dios, a través de sacrificios de animales e inclusive de seres humanos dentro de sus rituales macabros.

De la misma forma, el catolicismo, que se denomina religión cristiana pero que no pasa de ser un Estado político dentro de cada país, y cuya capital mundial es el Vaticano, de donde también se dirigen todas las guerras, revoluciones y rebeliones, supuestamente “en nombre de Dios”. Según denuncias publicadas en varios diarios, revistas y exposiciones de filmes de “ficción”, se tornó “socio” de la mafia para “limpiar” todo el dinero que se recauda a través del juego, de las drogas, prostitución, y otras prácticas ilícitas. Al mismo tiempo, ha usado la Biblia, fraudulentamente, como fuente de sus aspiraciones de conquistas políticas, para promocionar la miseria, especialmente entre los pueblos del Tercer Mundo.

Un ejemplo de esto es que, la Iglesia Católica ha enseñado que la pareja no puede dejar de tener hijos y que el acto sexual debe ser realizado sólo para procrear, contribuyendo con el aumento de la pobreza, de la miseria y de todos los males que se generan, desvirtuando la Palabra de Dios:

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó. Los bendijo Dios y les dijo; fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla…” (Génesis 1:27-28).

En aquel tiempo la tierra tenía que ser habitada y la multiplicación era necesaria. Sin embargo, hoy tenemos una superpoblación que genera el grave problema de no haber la suficiente producción de alimentos para la necesidad humana, especialmente en los países subdesarrollados donde el hambre es una constante.

En lugar de promover entre las familias, especialmente las de bajos ingresos, un planeamiento familiar, promueve la procreación. Esto genera cada vez más pobreza y es, justamente en la miseria de los pueblos, que la Iglesia Católica crece y se desenvuelve; siempre que haya miseria puede esconderse bajo una cortina de trabajo social para extorsionar a los gobiernos sumas incalculables de dinero y así continuar fomentando la pobreza.

Los Testigos de Jehová, de la misma forma, se han servido de la Palabra de Dios como verdaderos mensajeros del infierno, pues niegan con vehemencia la divinidad del Señor Jesucristo, creen que Él ha venido de Dios, pero que es apenas su Hijo. Sólo esto es suficiente para probar el carácter de su mensaje diabólico.

Como podemos verificar, satanás ha usado la Biblia como fuente de información para destruir a billones de seres humanos. La única manera posible de no dejarnos confundir es permitir que el Espíritu Santo, el mismo que guió al Señor Jesús, nos venga a dirigir a través de su Palabra, testificando en nuestros corazones su Santa voluntad.

¿Por qué algunas personas pierden la sanidad?

Nosotros hemos visto la sanidad divina manifestarse literal y simultáneamente en decenas de millares de personas, por el poder del Espíritu Santo y en el Nombre del Señor Jesús. Sin embargo, algunas de estas personas curadas durante aquella campaña de fe, más tarde vuelven a sentir los mismos síntomas de la enfermedad. Decepcionadas y sin entender, preguntan: “¿Por qué la enfermedad volvió? ¿Será que cometí alguna equivocación grave? ¿Será que pequé?”

La verdad es que la equivocación ocurrió, pero no el pecado propiamente dicho. Lo que pasa normalmente es que el ambiente de la campaña de fe, sea en un estadio de fútbol, un club, un cine, una iglesia o en cualquier otro lugar, despierta la fe de las personas y éstas naturalmente alcanzan el milagro. Es necesario que se desenvuelva aquella fe que produce la sanidad, a través de oír más y más la Palabra de Dios y aplicarla en el corazón, sobretodo en la vida cotidiana. Cuando esto no sucede, el diablo entra en acción, usando personas de confianza del ex-enfermo, para sembrar palabras de duda en cuanto a la realidad de su sanidad.

Un clásico ejemplo de esto fue el caso de una señora que hacía más de cinco años que tenía una enfermedad clínicamente incurable. Sentía horribles dolores en toda la columna vertebral. Apenas podía andar, sentarse e incluso tumbarse; es decir, dormía en una colchoneta en el suelo. Los medicamentos ya no le aliviaban el dolor.

Ella llegó a la Iglesia Universal, recibió la oración, e instantánea y poderosamente desaparecieron todos sus dolores. Durante muchos días dejó de dormir en el suelo, caminó naturalmente e hizo todo lo que no podía hasta ese momento.

Un día decidió ir al doctor y buscar una “explicación” para su curación milagrosa. Cuando su médico de confianza le dijo que no creía en la curación ya que, en su caso, era humanamente imposible, inmediatamente después de esa palabra, comenzó a sentir puntadas que fueron aumentando hasta el punto de sentir todo de nuevo, aún más fuerte.

¿Por qué esto? ¿Cuál es la razón? El hecho es que, así como por la Palabra de Dios esa señora recibió fe para ser curada,

también, por la palabra del diablo, que usó a su médico, recibió dudas suficientes para volver a sufrir como antes.

Así trabaja el diablo. Usa a las personas más queridas y de nuestra mayor confianza para intentar confundirnos. Si aceptamos las dudas, ellas permanecerán en nosotros y seremos destruidos. Si resistimos, inmediatamente se irán, y la fe continuará garantizando aquello que el Señor nos otorgó.

¿Por qué algunas personas pierden la fe?

El diablo ha usado innumerables palabras para desestimar la fe de las personas y, consecuentemente, continuar destruyéndolas. En el momento en que el pastor empieza a pedir ofrendas, el diablo usa personas extrañas para volverse “amigas” de aquellas que aún no están afirmadas en la fe, sólo para plantar palabras de crítica, además, de usar a los parientes y amigos con el mismo objetivo.

Es impresionante la forma con la cual el diablo ha tenido relativo éxito entre las personas que ya fueron bendecidas, las cuales al entrar en la Iglesia Universal lo hicieron con muchos problemas, especialmente económicos, los que fueron rápidamente resueltos. Estas personas no andando más por la fe, empezaron a dar oídos a palabras sin fundamento. Por ejemplo: “Los diezmos y ofrendas no son obligatorios delante de la institución iglesia; da quien tiene fe para recibir multiplicado; da quien tiene motivo para dar, da quien quiere...”.

Las personas que han sido atadas por las críticas diabólicas necesitan concientizarse de que no están obligadas a dar

nada en la iglesia, y menos aún a oír al pastor pidiendo, aunque sea éste un derecho de él y una obligación de él enseñar al pueblo a dar, para recibir. Al final de cuentas fue el propio Señor Jesús quien nos amonestó diciendo: “Pedid, y se os dará…” Mateo 7:7.

Cuando el pastor pide no está haciendo nada más y nada menos que obedecer la palabra del Señor Jesús. El diablo trabaja con palabras de crítica ante cualquier cosa dentro de la iglesia, con el fin de destruir a las personas con sus pensamientos y hacerlas olvidar de las bendiciones que ya alcanzaron.

Pero tampoco podemos desestimar la idea de que, si el diablo ha sacado ventajas de los fracasos en la fe de las personas es porque éstas, en lugar de llenarse del Espíritu Santo a través de un interés mayor en las cosas de Dios, están siempre con sus corazones llenos de ambición; no sólo aman este mundo sino las cosas dadas por él.

Cuando el corazón está puesto en las cosas de este mundo, se encuentra vacío de Dios o de todo lo relacionado con Él. Así es fácil ser preso de las trampas del diablo. Cuando el corazón no está lleno de fe, entonces es fácil ser derrotado por cualquier palabra; aunque ésta no tenga un mínimo de fundamento, producirá efectos catastróficos.

A veces las personas hacen verdaderas tempestades en un vaso de agua, pero esto sucede con aquellos cuyas mentes están muy ocupadas con las cosas de este mundo. Por eso el ejercicio de la fe es importante para el ser humano, porque mientras la practica, está ocupado con las cosas “de lo alto” que son verdaderas y eternas y, en consecuencia, está apto para reconocer inmediatamente la voz enemiga y rechazarla de inmediato, sin permitir que habite en su corazón.

Esto mismo sucedió con el Señor Jesús cuando Él estaba diciendo a sus discípulos que tendría que sufrir muchas cosas, sería acusado, muerto, y resucitado al tercer día. Pedro, llamándole aparte empezó a reprobarlo. Pero Jesús, que vivía con la mente ocupada en las cosas de Dios y no en su propia vida, reconoció aquella voz y la reprendió inmediatamente, diciendo:

“¡Quítate de delante de mí, satanás!, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.” (Marcos 8:33).

Cuando los hombres meditan respecto de las cosas de este mundo, pasan a tener un punto en común con satanás, y así éste consigue persuadirlos y destruirlos. Pero cuando el hombre percibe las cosas de Dios, a partir de la fe cristiana, pasa a tener más capacidad, fuerza y poder que el diablo y de ahí es fácil dominarlo en el nombre del Señor Jesucristo. ¡Amén!

La estrategia del diablo

Consciente de que el efecto de la Palabra de Dios produce fe y la fe, a su vez, produce vida, el diablo ha trabajado incansablemente para anularla a través de las dudas, para que éstas se encarguen de generar muerte. El Señor Jesús, a través de la parábola del sembrador, nos muestra cómo eso ha sido utilizado por el diablo y sus demonios:

“El sembrador salió a sembrar. Mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero cuando salió el sol, se quemó y, como no tenía raíz, se secó. Parte cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra y dio fruto, cuál a ciento; cuál a setenta; y cuál a treinta por uno”.

(Mateo 13:3-8).

El propio Señor Jesús explicó de manera clara y simple el sentido de esta parábola. El sembrador puede ser tanto el buen pastor que siembra con gran amor por las almas, como el mal pastor que sólo hace un trabajo por profesionalismo. Sin embargo, la semilla siempre es perfecta porque es la Palabra de Dios.

La primera semilla cayó a la vera del camino que representa a aquellos que oyen la Palabra de Dios y no la comprenden mientras la están escuchando; así, satanás se aprovecha de la situación. Pero para que esto suceda, es necesario que haya una palabra más fuerte que la plantada. Es necesario que haya pretextos, razones, distracciones y sobretodo mentiras para neutralizar en el corazón de la persona aquella palabra de fe que fue sembrada.

La persona queda confundida ante el bombardeo de inspiraciones diabólicas y desiste de continuar luchando. Por increíble que parezca, esto sucede más adentro de la iglesia que afuera. Durante las reuniones es muy normal oír a un niño llorar, alguien que llega apresurado pidiendo informaciones, otros manifestando demonios aún antes de

la oración; en fin una serie de cosas que ocurren para desviar la atención de las personas. En el momento más importante de la palabra clave para la comprensión del mensaje es cuando el diablo actúa para que el oyente se quede sin entender el plan de Dios para su vida.

No podemos pasar por alto la preocupación de muchos predicadores en emitir un mensaje erudito lleno de palabras sofisticadas. Pretendiendo probar a sus oyentes una sabiduría ejemplar, colocan más obstáculos en su camino dificultando el mensaje.

Satanás actúa especialmente cuando la Palabra de Dios está siendo sembrada, porque es justamente allí que nacerán las nuevas criaturas capaces de destruir sus obras. Actuando de inmediato en la fuente es más fácil anular sus efectos. Por eso, todo cuidado a la hora de plantar es poco, teniendo en cuenta el peligro de arriesgar y perder la semilla.

Entre las personas que han oído las palabras del Reino, se encuentran aquellas que son como el suelo rocoso. Oyen la palabra y la reciben con alegría. Estas son aquellas personas que llevadas por las circunstancias del momento, a través de la buena música, del ambiente de fe, de la oración y sobre todo de la Palabra de Dios, predicada elocuentemente, son llevadas fácilmente por las emociones. La verdad es que el sembrador, cuando sólo se interesa en aumentar el número de “asociados” a su “club religioso”, acostumbra a olvidar el lado “negativo” del mensaje del Reino de Dios, esto es, la cruz que la persona necesita cargar, con el fin de heredar las bendiciones prometidas.

Cuando este mundo cruel ve a alguien “cargando la cruz”, inicia las persecuciones, para que desista. Existen constantemente las luchas contra la carne y contra el

diablo. Tal vez por ese motivo el sembrador haya preferido anunciar la salvación eterna, las bendiciones físicas, económicas y las alabanzas que son los derechos de los hijos de Dios

Otra posibilidad es que la palabra no haya sido claramente anunciada. Los oyentes pueden haber menospreciado la totalidad del mensaje, reteniendo apenas parte de él. De cualquier forma, ahí también está la acción diabólica, porque es inherente al cristiano sufrir todas las persecuciones, una vez que él vive en un mundo hostil en el cual todo pertenece a Dios. El propio Señor Jesús de antemano ya nos advierte, al respecto, diciendo:

“En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

Cuando alguien se torna cristiano, empieza a sentir “en la piel” las persecuciones, no sólo por parte de los amigos, también en el trabajo, en el colegio e incluso dentro de su propia casa, especialmente de aquellos seres más queridos, que usando la palabra “fanático”, lo castigan al máximo en el sentido de desanimarlo.

Esta persona, de la misma forma que fue envuelta por las emociones para aceptar la fe en el Señor, también lo es en un sentido contrario a la fe. El desánimo va apoderándose de ella, hasta dominarla completamente.

“... pero no tienen raíz en sí y no se mantienen firmes; por eso, cuando viene la tribulación o la persecución por causa

de la palabra, tropiezan”.

(Marcos 4:17).

¡Así más de la mitad de los que oyeron la Palabra de Dios hasta ahora están en las garras de satanás! Infelizmente esto no es todo, hay más...

“Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto”.

(Marcos 4:7).

Esta “otra parte” representa un 25% más.

“El que fue sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Mateo 13:22).

Estas personas no cayeron porque la Palabra les fue robada de los corazones, ni mucho menos fueron traicionados por sus emociones; por el contrario, todo sucedió como debía ser. Fueron salvas por la fe; enfrentaron los desafíos de las pruebas, pasando por ellas victoriosamente, estaban andando según la voluntad de Dios. Sin embargo, faltó la

última gran prueba, ver la gloria de este mundo y tomar una actitud con relación a ella.

De la misma forma como el diablo llevó al Señor Jesús a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, también ha llevado a muchos cristianos verdaderos. La gloria del mundo ha segado sus vidas, fascinado sus corazones y, ahogado la semilla que estaba en desarrollo. Ésta fue aplastada por los espinos que crecieron más rápido. Es lógico que si los espinos tuvieron un crecimiento más rápido que la semilla, es porque fueron mejor alimentados. Esa caída, en verdad, surge cuando la persona le da lugar a los viejos instintos, que estaban guardados en el corazón. El cristiano que tiene alguna antigua codicia en el corazón, tarde o temprano será atado y ahorcado por ella. Por eso cuando el Señor Jesús dijo que: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Marcos 8:34), si no hubiera una renuncia total por causa de la fe, en el futuro habrá una destrucción fatal.

Pues la semilla, sea de la Palabra de Dios o de la palabra del diablo, sólo tiende a desenvolverse, para vida o muerte, dependiendo del que oye aceptarla o rechazarla. Si es del diablo, rechácela en el nombre del Señor Jesús; si es de Dios, debe no solamente aceptarla, sino también practicarla.

Concluyendo, el saldo negativo para el Reino de Dios es del 75%. En otras palabras sólo un 25% de los que oyen la Palabra de Dios la han practicado y consecuentemente tienen el derecho de heredar la vida eterna. El 75% restante, oyentes de la misma palabra, no resistieron a los ataques del diablo. Ahí está la razón por la que no podemos darnos el lujo de subestimar la acción del diablo y sus demonios en este mundo. Debemos luchar tres veces más

de lo que hemos luchado, para no permitir este gran perjuicio contra el Reino de nuestro Señor Jesucristo.

La mentira

La mentira es otro camino por el cual el diablo siempre está transitando e infelizmente no son pocos los que han sido destruidos por causa de este arma. No sólo ha afectado a aquellos que la han usado pues éstos ya forman parte de la familia satánica y viven en las tinieblas, sino mucho más por aquellos que han dado oídos a las mentiras.

Es verdad que muchas veces la mentira queda escondida por un tiempo, un año o más, pero nunca para siempre. La verdad siempre sobrepasa a la mentira y, por más que se intente esconderla, tarde o temprano ella será desenmascarada. La verdad es como el aceite sobre las aguas, está siempre por encima, en cuanto que la mentira está siempre intentando esconder un pecado. El Señor Jesús dijo a los judíos:

“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla, pues es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8:44).

Para el cristiano que vive en la luz, es fácil discernir rápidamente la mentira teniendo en cuenta que las tinieblas

y todas sus obras serán reveladas mediante la luz. Aunque muchas veces no se tenga una prueba de la mentira, esto es sólo una cuestión de tiempo. El gran problema dentro de la iglesia del Señor Jesús es que, mientras se esperan las pruebas, muchas vidas van siendo segadas diabólicamente.

A veces nos equivocamos al esperar por las pruebas; otras por precipitarnos. Por eso el diablo, de esta forma, ha sacado alguna ventaja. Si observamos bien la actitud del Señor Jesús durante su ministerio, vamos a ver que Él ya sabía que Judas Iscariote robaba de las ofrendas y que más tarde lo traicionaría. Pero, aún así, permitió que él quedase hasta el fin, no sabemos si para darle tiempo de arrepentirse o sólo para dejar que se cumpliesen las Escrituras. El hecho es que Judas no sólo fue uno de los apóstoles, sino que hasta predicó la palabra, expulsó demonios, curó enfermos, y participó de la Santa Cena.

El diablo no sólo ha usado la mentira para oponerse a la verdad, sino que también la ha usado para intentar impedir que la verdad sea aceptada y ejecutada. A través de innumerables hijos esparcidos por este mundo, especialmente dentro de las iglesias, él va distorsionando la verdad, promoviendo la discordia entre los de la familia de la fe, enfrentando a unos contra otros, difundiendo toda clase de divisiones, facciones e intrigas por la puerta de la mentira y del engaño, de forma que la iglesia quede desacreditada y los fieles, desanimados de continuar yendo a los cultos y apartados de oír la verdad, naturalmente terminan por enflaquecer la fe. Así, el campo de acción queda a merced de sus deseos de destrucción.

El único camino para quedarse inmune a los frutos de la palabra mentirosa es hacer como el salmista, y orar:

“¡Libra mi alma, Señor, del labio mentiroso y de la lengua fraudulenta!” (Salmo 120:2).

La mente del diablo

Los cristianos deben conocer los designios de satanás, para que de esta forma, él no venga a sacar ventaja sobre ellos. Es imprescindible un conocimiento más profundo de las armas más usadas por nuestro enemigo, con el fin de armarnos apropiadamente y resistirle con tal capacidad para que nunca seamos derrotados. El Señor Jesús dijo:

“... porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15:19).

El corazón es el símbolo de la mente; satanás sabe que el campo más fértil y más fácil de actuar es justamente la mente humana. Sabe que si consigue tomarla, podrá implantar todos sus designios y, consecuentemente, sus deseos serán atendidos rápidamente.

Cuando una criatura usada por el diablo no sirve más a sus propósitos, él lo pasa a sus descendientes, después de haberle dado fin. Por eso este mundo es caótico, pues el diablo ha utilizado las mentes humanas con la intención de promover el hambre, la miseria, las enfermedades, prostitución, vicios, violencia, guerra, etc. Ha usado especialmente el arte y las religiones, pues son ésos los

principales vehículos que más se mezclan con la sensibilidad humana.

Hay un dicho popular que dice “la mente vacía es la oficina de satanás”. De hecho, nosotros podemos confirmar que este dicho es una realidad, principalmente de aquellos que han ocupado sus corazones con las futilidades de este mundo, los cuales sólo han experimentado desilusiones y continuas frustraciones.

El diablo sabe llamar muy bien la atención de los corazones mediante el colorido de las fantasías de nuestra sociedad. Él conoce el corazón humano y sabe que su tendencia es amar el mundo, y las cosas que hay en él.

La codicia y la ambición humana no son desconocidas por el diablo, razón por la cual busca alimentar la visión del ser humano con las cosas impropias de este mundo. El apóstol Juan, usado por el Espíritu Santo, afirma:

“No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo -los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida- proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:15-17).

El ser humano se vuelve para lo que sus ojos ven. Nosotros juzgamos las cosas después de verlas. Esto sucede con casi todas las personas. Alguien dijo que veríamos mucho más si no tuviésemos ojos, justamente porque nuestra visión no siempre refleja la verdad. El diablo sabe bien como somos

llevados por la ilusión, simplemente por la codicia de nuestros ojos.

No debemos olvidarnos que todo aquello que nuestros ojos ven es terreno y temporario, mientras aquello que no puede ser visto es espiritual y eterno. Un buen ejemplo de cómo satanás intenta impresionar los ojos de los incautos y llevarlos a la destrucción es la tentación del Señor Jesús. El diablo lo llevó a un monte alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos: “Todo esto te daré, si postrado me adoras” (Mateo 4:9).

En estos versículos él intentó tomar al Señor Jesús a través de sus ojos, mostrándole la belleza y la gloria de este mundo. Si el Señor Jesús no hubiera tenido sus ojos controlados por el Espíritu, seguramente habría caído en la tentación, porque la belleza de la gloria de este mundo realmente impresiona.

Todo cuidado con los ojos es poco. Muchos hombres que otrora eran de Dios, hoy están en las manos del diablo, debido a la concupiscencia de los ojos y al desenfreno del deseo de satisfacer su carne hambrienta. La persona obesa, por ejemplo, no consigue adelgazar porque no controla su apetito, sus ojos son la causa de su gula. El vanidoso, de la misma forma, nunca está satisfecho con lo que tiene, simplemente, porque sus ojos no se cansan de codiciar, y como dice la Biblia:

“Como el Seol y el Abadón, nunca se sacian, así los ojos del hombre nunca están satisfechos” (Proverbios 27:20).

La mente controlada por el diablo hace a los ojos malos, incontrolables, insaciables y desesperadamente corruptos. Si conseguimos controlar nuestra mente, conseguiremos controlar nuestros ojos. Esto no es imposible, pues el cristiano tiene la mente de Cristo, según el apóstol Pablo por el Espíritu de Dios, afirma:

“... porque ¿quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido. De estas cosas hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el espiritual juzga todas las cosas, sin que él sea juzgado por nadie. ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién lo instruirá? Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo” (1 Corintios 2:11-16).

Las circunstancias oriundas del diablo

Una de las cosas de las que el diablo saca más partido son de las emociones. Él sabe que el ser humano es muy emotivo, al punto de dejarse envolver totalmente. ¡Esto es altamente perjudicial para la fe, pues fe es la seguridad de las cosas que se esperan, no la seguridad de las cosas que se sienten!

Sabiendo de esta debilidad humana, satanás genera circunstancias para llevar a las personas a un desequilibrado emocional. Cuando está tomada por las emociones, es prácticamente imposible que la persona use la razón y, como no están en condiciones de razonar bien, en consecuencia tomarán actitudes que ciertamente no tomarían si estuviesen dentro de su equilibrio emocional. Es exactamente dentro de este parámetro, que satanás viene provocando toda clase de fanatismo, especialmente dentro de la Iglesia.

Es muy fácil llevar a las personas al clima de las emociones, basta tener un poco de técnica artística, expresión corporal, facilidad de comunicarse, una música suave, y el ambiente será propicio para llevar a las personas a una fuerte emoción. Muchos hombres, dicen ser de Dios, pero en verdad son grandes artistas, instrumentos del diablo para ilusionar a las personas y mantenerlas presas de sus mezquinos caprichos. Estos hombres sólo hacen a las personas sinceras “nacer de la carne”. Nada de lo que hacen es por la fe, sino por las emociones. Esta es la razón por la cual muchas personas que se dicen “bautizadas” en el Espíritu Santo y hablan en “lenguas”, en realidad están profundamente poseídas por espíritus inmundos y engañadores, y sus vidas testifican esta verdad. Estas personas sólo fueron víctimas de las circunstancias emocionales y no bendecidas por la palabra de fe. Al respecto, el apóstol Pablo escribió:

“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi

palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

(1 Corintios 2:1-5).

El diablo ha usado sobremanera este camino para conducir a las personas hacia donde desea. A través del sonido y de la imagen, puede llevarlas muy bien a un ambiente emocional propicio para su actuación, ya que la fe en este punto es casi siempre nula. El propio Señor Jesús enfrentó ese problema e inmediatamente, tuvo que cambiarlo, para hacer el milagro. Veamos cómo sucedió: El Señor iba caminando hacia la casa de Jairo con el fin de curar a su hija, sin embargo, algunos de los que estaban con la niña vinieron al encuentro de Jairo y le dijeron:

“Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?” (Marcos 5:35).

Ciertamente estos hombres podían esperar al Señor Jesús que llegase a la casa de Jairo y, de acuerdo con la situación, dar una solución. Inspirados por el diablo, corrieron para traer el pánico a Jairo y, así, crear una situación desesperada en aquel corazón afligido. Ellos no tenían ninguna intención de honrar al Señor, al contrario, querían producir un ambiente de desconfianza e inquietud, para que el Señor fuese imposibilitado de realizar el milagro.

Aunque no fuese ésta su intención, con seguridad era de satanás. En otra ocasión el Señor Jesús, para sanar a un ciego, tuvo que sacarlo de su aldea y llevarlo a otro ambiente.

Las circunstancias de fe producen milagros y vida, las de desesperación, desastre y muerte. Si alguno desea practicar y desarrollar su fe, precisa excluirse de los ambientes contrarios a ella. Podemos verificar esto claramente dentro de la propia casa, cuando los familiares no pertenecen a la familia de la fe. Casi siempre están siendo instrumentos del diablo para intentar desestimar la fe del verdadero cristiano a través de injustos reclamos. El cristiano casi nunca puede corresponder considerando que el ambiente es absolutamente contrario a cualquier manifestación del poder de Dios.

El miedo

La Biblia afirma que el miedo produce tormento (1 Juan 4:18) y es justamente por este camino que el diablo ha provocado verdaderas catástrofes en el seno de la Iglesia del Señor Jesús. Job confesó:

“... porque me ha venido aquello que me espantaba, me ha acontecido lo que yo temía”.

(Job 3:25).

Así como la fe es un arma poderosísima para construir, también el miedo lo es para destruir; así como la fe es un síntoma del éxito, el miedo lo es del fracaso.

El miedo es una fuerte manifestación de fe negativa. Si la persona tiene miedo es porque está segura de que sus temores se volverán realidad. Esto es fe, aunque en un sentido contrario a la fe cristiana. De la misma forma como Dios, a través de Su Espíritu, alimenta la fe cristiana en el seguidor de Su Hijo, también el diablo a través de sus espíritus inmundos y engañadores, alimenta la fe negativa o el miedo en los corazones de aquellos que han rechazado la genuina fe cristiana.

El diablo usó al apóstol Pedro para hablar con el Señor Jesús e intentar disuadirlo de sus objetivos. De la misma forma viene hablando bien alto con nosotros para que “nos precipitemos y tomemos decisiones equivocadas”; y no sólo esto, sino que quiere atemorizarnos y así debilitarnos. ¿Cuántas veces tenemos este temor, por las circunstancias, por las palabras inspiradas y proferidas por las personas que más consideramos?

En este aspecto, es necesario tener mucho cuidado, porque el diablo no va a usar personas en quien no creamos, sino que buscará usar aquellas más próximas a nosotros, a quien tanto amamos y confiamos. Por eso, es preciso estar alerta a toda hora, para no permitir que el miedo o la desconfianza nazca dentro de nuestros corazones, produciendo el tormento y la muerte.

¡El cristiano no puede y no debe temer a nada y mucho menos a la muerte porque ésta ya fue vencida! Aquel que la venció la transformó en una puerta de entrada para su gloria. Para nosotros, que creemos en Él, la muerte es también la puerta de entrada para la gloria eterna con Él.

Todo síntoma de miedo proviene de satanás, y la actitud que se debe tomar inmediatamente es de tener coraje y resistir en el nombre del Señor Jesús. El apóstol Santiago nos aconseja: “... resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

Esta resistencia no debe ser sólo cuando el demonio se manifieste, sino mucho más cuando los pensamientos contrarios a la fe aparecen. Cuando el miedo sobreviene hay que enfrentarlo con palabras y seguridad en las promesas de Aquel que es mayor y habita dentro de nuestros corazones.

El miedo no solamente promueve la duda, sino que también la sustenta. Detrás del miedo hay un espíritu inmundo, que actúa en la mente de la persona, alimentando ese sentimiento. ¡Imagine un demonio hablando en el oído de alguien, las 24 horas del día, siempre una palabra de desánimo, de terror y muerte! Si la persona no está con su fe afirmada en el señor Jesús, será inevitable su caída.

Por este medio los espíritus inmundos conducen a las personas al suicidio. Acostumbran a actuar en la mente de las personas débiles con palabras como: “No sirves de nada; dale fin a tu vida porque así vas a descansar para siempre...”; “nadie se preocupa contigo, nadie te ama”; “termina de una vez con tu vida...”; “Si le das fin a tu vida, todos tus problemas se van a terminar...” y otras. Esa presión noche y día, durante un largo tiempo, es insoportable y provoca el fatídico deseo de terminar con la vida.

Cuando la persona tiene el Espíritu Santo, es guiada por Dios y no siente miedo; pero cuando alguien es poseído por un espíritu maligno, vive oprimido por el miedo. Cuando

esto ocurre, la persona se descontrola completamente, se vuelve insegura y así será fatalmente destruida.

Cada uno de nosotros tiene que vencer sus propios temores; nadie puede vencer el temor del otro. Ésta es una lucha absolutamente personal e intransferible. Lo que se puede hacer por el otro es darle coraje con palabras de fe y ánimo. La persona oprimida debe resistir a esta fuerza negativa interior con su propia fe en el Señor Jesús.

No sirve de nada querer distraerse pensando que los pensamientos diabólicos van a terminar. Ellos pueden disminuir, pero jamás desaparecerán mientras la propia persona no tome actitudes que vengan a resistirlos.

No se puede resolver un problema simplemente ignorándolo, es necesario enfrentarlo. Eso sólo es posible a partir de un desarrollo de la fe cristiana, ya que ella es el único remedio contra cualquier tipo de problema espiritual, principalmente el miedo.

El miedo tiene miedo de la fe; el pánico tiene pánico de la fe. Todo lo que tiene su origen en el infierno no soporta el poder de la fe, porque ella es una parte de la fuerza de Dios dentro de aquellos que la practican.

El diablo ha persuadido a las personas a imaginar cosas negativas para que crean en lo que no existe. En lugar de pensar positivamente, que es la definición de la fe en Dios, alimentan la fe negativa, es decir, la certeza de cosas malas que se esperan y la convicción de hechos catastróficos que no se ven. Así el miedo nace, crece y produce frutos de muerte.

Recuerdo el caso de un chico, físicamente sano, pero mentalmente oprimido por el miedo. No conseguía salir de su casa y vivía todo el tiempo prisionero dentro de su

habitación. Tenía miedo de salir a la calle, porque los espíritus inmundos penetraban en su mente, infundiéndole pánico por el mundo externo.

Por mejores que fueran los remedios, los calmantes o las palabras de estímulo y fe, no actuaban ya que había una fuerza muy grande actuando dentro de su intelecto. Solamente la oración de la fe, en el nombre del Señor Jesús, podía liberarlo de aquellos espíritus. Sin embargo, aquella oración no fue suficiente, fue necesario estar inmerso en la palabra de fe y poder para que pudiese quedar totalmente libre.

Muchos cristianos sinceros piensan que un profundo conocimiento de la Palabra de Dios es suficiente para lograr el éxito en estos casos. Pero es importante tener cuidado y no permitir que las personas oprimidas por el miedo queden nada más bien informadas con respecto a la Biblia, ya que esto puede ser utilizado por satánas para confundirlas aún más sobre lo que está escrito y que no siempre es explicado.

El diablo ha usado mucho la Biblia para confundir a aquellos que tienen sed de un profundo conocimiento de la Palabra de Dios, y ha colocado en sus mentes cuestiones absolutamente misteriosas, las cuales nadie puede responder sino el propio Espíritu de Dios. Este tipo de ataque ha ocurrido con mucha frecuencia, principalmente con aquellos que han tenido un deseo insaciable de saber todas las respuestas a todas las preguntas.

La Biblia es comparable al maná que Dios hizo descender sobre su pueblo en el desierto; cada familia tenía el derecho de recoger sólo lo necesario para aquel día. Si acaso quería reservar algo para los siguientes días, entonces se pudría. Así también es la Palabra de Dios, ella es el pan del Cielo,

para alimentar diariamente a los Hijos de Dios. No debemos ni podemos reservar para el futuro el pan nuestro de cada día.

Cada asunto de la Escritura Sagrada debe ser leído en espíritu de oración y meditación, el lector no debe querer aplicar exactamente “al pie de la letra”, todo lo que está escrito; antes, debe pedir la orientación al Espíritu Santo para saber el significado de aquello que no entendió, pidiendo la orientación sobre cómo debe actuar en función de sus problemas.

Me acuerdo de un chico que, por estar oprimido por espíritus inmundos, perforó sus ojos porque el Señor Jesús dijo: “Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego” Mateo 18:9 (él había cometido pecado con los ojos).

Cosas absurdas como éstas han ocurrido en nuestros días, debido a la falta del Espíritu de la Palabra de Dios y a la constante posesión demoníaca. En realidad, el diablo ha usado más la Biblia que los propios cristianos.

El buen pastor se esfuerza en el sentido de ser ministro del amor, de la compasión y de la salvación para todos los pueblos. Él fue llamado para transmitir la vida que se encuentra en la Palabra de Dios, y no para transmitir la letra. Es su obligación pasar a las personas que se están muriendo en este mundo, el Espíritu que viene de Dios, el Espíritu de la Palabra de Dios y no sólo la información. El apóstol Pablo afirma: “... porque la letra mata, pero el Espíritu da vida” (2 Corintios 3:6).

Por supuesto que el diablo, aprovechándose de este error en la iglesia, y con los “sabios” de la Biblia queriendo probar

sus conocimientos a los oyentes, viene actuando libremente para distorsionar el mensaje de Dios.

El corazón lleno de preocupaciones es el principal motivo por el cual las personas poseídas por espíritus inmundos tardan en liberarse. Hemos enseñado constantemente al respecto pero aún así les cuesta verse libres de sus preocupaciones. Cuando consiguen llegar al punto de no estar más ansiosas, los demonios no pueden resistir más la fe que ellas poseen y se van definitivamente.

La preocupación anula totalmente la acción de la fe. Si la persona demuestra ansiedad, es porque no está confiando, la fe no está en evidencia. Éste es el motivo de su flaqueza y debilidad. La ansiedad consigue debilitar al ser humano y, al mismo tiempo fortalece a los espíritus que estén actuando en él. Por eso fue que el Señor Jesús dijo: “No os angustiéis por vuestra vida...” (Mateo 6:25).

El Señor sabía que cuanto más la persona estuviera ansiosa o preocupada, más débil y sujeta a la acción de los demonios estaría.

Muchas madres han sido usadas por los mismos demonios que vienen actuado en sus hijos. Un ejemplo claro de eso fue una señora que se decía cristiana y que vino a pedirnos una oración por su hijo, adicto a las drogas.

Cuando impusimos la mano sobre su cabeza y tomamos con la otra la foto de su hijo, inmediatamente se manifestó en ella el espíritu que causaba la adicción de su hijo. Después de expulsarlo, aquella señora se sintió profundamente aliviada y al mismo tiempo decepcionada, preguntó la razón porque el demonio había “venido” a su cuerpo. La verdad es que aún profesando la fe cristiana, ella aún no estaba liberada de los espíritus inmundos por causa de sus

constantes preocupaciones por su hijo. Aceptaba al Señor Jesús como su Salvador, recibió el Bautismo en las aguas, era fiel en los diezmos y las ofrendas; en otras palabras, hacía todo lo que está en la Biblia; sin embargo, su corazón estaba vacío del Señor y lleno de ansiedad por su hijo adicto.

Infelizmente esto sucede seguido. Las personas se han aferrado al Señor Jesús en función de sus seres queridos. Piensan que entregándose a la fe cristiana, sus parientes automáticamente serán liberados. Como eso no sucede de la noche a la mañana, alimentan sus preocupaciones por ellos y, al final de cuentas, nadie queda libre de los demonios. Es por eso que hay muchos que profesan la fe cristiana, pero todavía están profundamente oprimidos por el diablo. Ésta también es la razón por la que muchas iglesias cristianas tienen sus fuerzas fragmentadas, ya que sus miembros son personas convencidas y no convertidas al Señor Jesucristo.

Muchas personas viven las aflicciones del pasado o las preocupaciones del futuro en el presente. Si viviesen apenas los buenos momentos, los buenos recuerdos del pasado, estaría todo bien. Sin embargo, recuerdan los peores momentos, volviéndose un verdadero infierno.

Juntan los sufrimientos del pasado con los presentes y también las preocupaciones del mañana, ¿cómo puede alguien vivir así sus días? Cuando no se da la mínima atención a las palabras del Señor Jesús, creyendo que psicólogos o analistas saben más que Él, la liberación se dificulta. El diablo se aprovecha de la ignorancia y de la estupidez de muchas personas que se consideran sabias e inteligentes para usarlas como quiere, con el objetivo no sólo de destruirlas poco a poco, sino que a través de ellas destruye a otros. El Señor Jesús dijo:

“Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal”.

(Mateo 6:34).

Es verdad que es casi imposible vivir sin preocupaciones, pues el propio mundo nos conduce a una vida tensa, nerviosa, inquieta y preocupante. Es muy difícil vivir sin una pequeña ansiedad; sin embargo, no es en lo absoluto imposible, cuando se confía en la Palabra de Dios.

Confiar en su Palabra significa confiar en el propio Dios. Él no es incoherente para sugerir que hagamos algo que no podemos hacer, porque el Espíritu de Jesús está en el mundo justamente para guiar a aquellos que se someten a Su Palabra. Con la ayuda del propio Dios, encontramos la capacidad suficiente para liberarnos de las preocupaciones que tanto han servido a los demonios para destruir millones de vidas en este mundo. No cabe la menor duda de que el remedio más eficaz contra la ansiedad es la Palabra de Dios.

La ansiedad es producida y alimentada por la palabra de duda que los demonios soplan en la mente humana. De la misma forma, la palabra de fe, oriunda de las Sagradas Escrituras, llena el corazón de la mayor confianza en Dios y en sí mismo, y da plena convicción de que el mañana será mejor que hoy.

En la iglesia, las personas débiles también tienen su fe estimulada, ya que tienen la necesidad de desarrollar y ejercitar la fe que duerme dentro de ellas. Actitudes tan sencillas como ésas, hacen cambiar completamente el

cuadro desesperante que las preocupaciones provocan. Cuanto más ejercitamos nuestra fe, en constante comunión con Dios, menos seremos afligidos por la ansiedad impuesta por este mundo vil y, consecuentemente, nos convertiremos en verdaderos y potenciales instrumentos en las manos del Espíritu Santo para ayudar a aquellos que se encuentran inmersos en las tinieblas.

CAPITULO 2

LA PALABRA QUE PRODUCE VIDA

En la tentación al Señor Jesús encontramos la mayor lección para vencer en la vida.

Los tres primeros Evangelios apuntan al hecho de que fue el propio Espíritu Santo quien guió al Señor Jesús al desierto, con el propósito de ser tentado por el diablo. Nacen en nuestros corazones preguntas: ¿Por qué motivo Dios quería que su Hijo fuese tentado por el diablo, antes de iniciar su ministerio en la tierra? ¿Cuál fue la razón de que esto haya sucedido en el desierto? ¿Si su intento era sólo probarlo, acaso Dios no sabía quién era su Hijo?

En realidad, Dios nunca hace algo sin un gran propósito. Muchas veces somos llevados por el propio Dios al desierto y, perplejos, conjeturamos sobre los objetivos. Sin embargo, allá en el desierto, lejos de todos y de todo, aparentemente sólo y abandonado, y sin que Sus ojos pudiesen ver alguna ayuda exterior, había dentro del Señor Jesús una voz muy fuerte que no cesaba de decir: ¡Yo estoy contigo! Esta voz siempre se hace presente en las horas de mayor angustia y aflicción en las que pasamos en el desierto de este mundo. A veces, por supuesto, no le hacemos caso, no nos aferramos a ella y creemos que al final de cuentas encontraremos una salida.

Después de tantos días y noches, era imposible que el Señor Jesús no tuviese hambre, ya que su naturaleza humana estaba en el límite de soportar la falta de alimento.

Aprovechándose de la necesidad física, el diablo le lanzó su primera flecha envenenada: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (Mateo 4:3). El diablo sabía perfectamente que Jesús era el Hijo de Dios, aún antes de que su naturaleza humana estuviese con hambre.

Su naturaleza divina era real, sin embargo no tenía el derecho de usarla, porque necesitaba vivir dentro de los límites humanos. No podía utilizar sus atributos divinos para traspasar las barreras de las dificultades, si así fuera, no sería Jesús, el Hijo, nacido de Dios, Cordero de Dios que estaba entre nosotros, sino el propio Dios y, su sacrifico sería invalidado, pues no sufriría en la carne, en el alma y en el espíritu, con la muerte en el Calvario, pues Dios no muere. El diablo sabía de todo esto, pero aún así, tentó al Señor Jesús llamándolo a un desafío.

Dios permitió toda esta humillación contra Su Hijo simplemente para darnos una lección, por mayor que sea la prueba o la tentación, la salida vendrá por un único camino, una única puerta que es, la Palabra de Dios. El Señor Jesús nos dio el ejemplo de cómo podemos resistir y vencer cualquier tentación traída por el diablo, o problema a enfrentar, sea físico, económico, sentimental o espiritual.

El diablo tentó a Jesús por primera vez con una palabra sugestiva, que a primera vista podría ser una buena solución. Jesús estaba hambriento. Su primer gran problema era el hambre; el segundo, la sugestión diabólica. Sin embargo, Él no cayó en tentación, no se dejó llevar por las circunstancias terribles de aquel momento.

Dejando las emociones de lado, el Señor Jesús siguió lo que la Palabra de Dios determina para todos los que creen en ella de todo corazón, y confesando, afirmó: “... Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que

sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Ante aquella situación adversa, Él no resistió con su poder ni con su autoridad suprema, ¡sino con la Palabra!

Ahí está la salida de todo y cualquier problema que suframos. No basta sólo conocer la Palabra de Dios, es necesario aplicarla siempre en el momento de la necesidad y cueste lo que cueste; pasarán los cielos y la tierra pero la Palabra que procede de la boca de Dios se cumplirá bajo cualquier circunstancia.

LA DIFERENCIA ENTRE CREER Y ESTAR SEGURO

Muchas verdades con respecto a la fe aún están escondidas para el pueblo de Dios. Creo que ésa es la razón por la que mucha gente se ha decepcionado con la propia fe. Fíjese. ¿Cuántas veces hemos sido ilusionados por una fe que realmente no existe?

La mayoría de las veces, simplemente creemos en lo que nuestros ojos están viendo, o sea, la Palabra de Dios. Creemos en ella de todo corazón. Podemos ver, a través de la imaginación, los hechos magníficos de Dios. Sin embargo, existe una gran diferencia entre creer en los milagros realizados que registran la Sagrada Biblia y estar seguros de que se repetirán hoy.

Dios es el mismo y los problemas también, sin embargo, las personas del pasado eran diferentes en la manera de creer. ¡Tal vez la falta de grandes conocimientos los hizo más inocentes y mucho más puros para aceptar la Palabra, no sólo como una verdad, sino principalmente como un hecho consumado!

Ya hemos hablado sobre eso anteriormente. Veamos un ejemplo:

“Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: ¡Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo! Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco y sé quien es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois? El hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos” (Hechos 19:13-16).

Estos siete hombres de hecho creían en la autoridad de Pablo, en el poder del nombre del Señor Jesús, pero no estaban seguros de que el nombre del Señor fuese suficiente para despedir aquel espíritu inmundo. Por eso le dijeron al demonio: “Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo”. En otras palabras: “Sale en el nombre del Señor en que Pablo cree”.

Muchas veces hacemos lo mismo cuando usamos el nombre del Señor Jesús. Ordenamos que el mal salga de la persona en el nombre del Señor, pero creyendo sólo en lo que dice la Palabra de Dios, y no asumiendo la autoridad que nos fue dada por ella. ¡Ahí está el secreto! Creemos de todo corazón que los demonios y las enfermedades no pueden resistir al poder en el nombre del Señor; sin embargo, muchas veces, en lo más profundo del alma hay una sombra de duda si aquello verdaderamente funciona o no, y lo intentamos... Si da resultado, ¡amén! Si no, ¡paciencia!

Muchos cristianos han memorizado algunos versículos de la Palabra de Dios, otros los han colgado en las paredes de su casa o en el trabajo o los llevan en sus bolsos. Están absolutamente convencidos de aquellas verdades pero nada de lo que han creído ha sucedido en sus vidas. Es el caso de aquella criatura, tan sincera, que muchas veces confiesa: “El Señor es mi pastor, nada me faltará” (Salmo 23:1).

Pero le falta empleo, salud, ropa, en fin ¡le falta todo! ¿Por qué? ¿La Palabra de Dios estará equivocada? ¿Se ha olvidado Dios de cumplir su promesa? ¡No!

¡El gran problema es que cree en todo lo que está escrito pero no tiene la más absoluta certeza de que hoy se cumpla en su vida! ¡Cuando cree y tiene seguridad de que las promesas de Dios son para ella, como lo fueron para los antepasados, entonces su actitud es de reivindicarlas de todo corazón hasta que se cumpla lo prometido! No queda esperando que algún día su vida cambie.

Nosotros nos hemos apoyado mucho en aquello que nuestra mente testifica con nuestro espíritu como una verdad, ¡y no como un hecho! Hoy no hemos visto muchos milagros, tampoco hemos logrado respuestas a nuestras oraciones, porque aún no hemos tomado posesión de la Palabra de Dios con plena certeza de fe. Simplemente creemos en ella, como creemos en cualquier otro libro de historias.

Creer en Dios es muy común y no implica una posición tomada, es sólo creer y nada más; de la misma manera también se podría no creer y ¡sería igual! Creer en Dios no es la garantía de la vida eterna, o de las bendiciones que conciernen a sus hijos, ¡no! Todas sus bendiciones vienen sólo a través de la fe, de la certeza de que Él cumplirá todo lo que nos ha prometido en su Palabra. La fe es la certeza

de cosas que se esperan, no es la certeza de algo que es verdad.

Cuando alguien cree en algo es porque ha sido bien informado al respecto. El científico cree en una nueva fórmula pero mientras no realiza una prueba su nueva fórmula no tendrá utilidad.

Creer no es nada sino sólo una teoría, mientras que estar seguro está más allá del hecho de creer en alguna cosa. Creer es bueno, ya que es el primer escalón para llegar al tope de la plena certeza. Mientras que creer es mera teoría, la certeza es el resultado real de aquello que se cree; es un hecho consumado, una acción práctica.

En el acto de creer no hay ninguna acción, mientras que en la certeza siempre hay una actitud, una acción en dirección de aquello en que se tiene convicción. Por esta razón hay resultados concretos capaces de mostrar la realidad de la fe.

El apóstol Santiago, dirigido por el Espíritu Santo, afirma:

“Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? (...) Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta (...) ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura (...) que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe. (...) también la fe sin obras está muerta”.

(Santiago 2:14-26).

Un leproso se postró delante del Señor Jesús y, con el rostro en tierra, le rogó: “Señor, si quieres, puedes limpiarme” (Lucas 5:12). Aquel hombre tenía la certeza de que el Señor Jesús tenía poder para sanarlo; pero no sabía si era su voluntad hacerlo. Este es el problema de la mayoría de los enfermos, están seguros de que Dios puede sanarlos; pero dudan que realmente sea de su voluntad. La enfermedad y cualquier otra maldición de este mundo no vienen de Dios, porque de una fuente de donde sale agua dulce no puede salir agua amarga.

Cuando el enfermo adquiere el completo entendimiento de esto, entonces la sanidad se procesa naturalmente. El Señor Jesús, antes de sanar a aquel hombre portador de lepra, sacó de su corazón aquella inseguridad con la palabra de fe, diciendo: “Quiero, sé limpio...” (Mateo 8:3).

Sólo después de esa palabra de certeza fue que la lepra desapareció completamente. Sin embargo, fue necesario que el leproso caminase hacia la certeza que tenía en su corazón acercándose al Señor Jesús para adorarlo, probando así su fe en Él.

Otro hecho que también hace la diferencia entre creer y tener la certeza de la Palabra de Dios es que cuando la persona tan solamente cree, no tiene raíces en sí misma para soportar las adversidades que vienen de la sociedad en que vive, por causa de la Palabra. Mientras que, cuando la persona tiene la plena certeza de que la Palabra se cumplirá en su vida, no hay tempestad que la haga caer, al contrario, cuanto mayor sea la persecución, más firme estará en su fe, y por supuesto, más bendiciones recibirá. Las pruebas siempre vienen; pero solo los que están basados en la certeza serán los aprobados.

Es necesario tener cuidado para no confundir la plena certeza y convicción de fe con un simple sentimiento de creer.

LOS DOS TIPOS DE FE

¿Cómo explicar la fe? ¿Es algo natural o sobrenatural? ¿En qué nivel de acción podremos situarla?

Existen dos tipos de fe: la natural y la sobrenatural. La fe natural ya nos viene de la cuna y funciona dentro de nosotros, así como los cinco sentidos naturales. Podemos constatar esta verdad fijándonos que todo ser humano, de una forma u otra, tiene en sí caracterizada una expresión de fe, a través de actitudes.

El hombre natural es el producto de sus cinco sentidos. Todas sus actitudes son tomadas solo después de que su cerebro ha recibido las debidas informaciones de sus sentidos naturales. El cerebro es como si fuese un comandante: bajo su responsabilidad está el acto de juzgar y tomar toda y cualquier decisión que mejor le convenga; pero solamente después de recibir de sus “subordinados”, los sentidos, las informaciones necesarias. Los ojos ven alguna cosa, y luego la transmiten al cerebro, con la influencia que le es peculiar. Así también, el olfato, al sentir el aroma de alguna comida, transmite al cerebro lo que sintió, influenciado así, en su raciocinio de querer satisfacer el estómago, con aquella comida.

De la misma forma sucede con los demás sentidos: el oído, el tacto y el gusto. Todos los sentidos naturales trabajan en función de transmitir informaciones al cerebro. Éste tiene el trabajo de juzgar y después tomar la debida actitud de ordenar que todas las funciones del cuerpo realicen exactamente lo indicado.

Los sentidos naturales, son dádivas de Dios para que el ser humano tenga la capacidad y libertad de decidir por sí mismo el camino a seguir. También la fe natural, un don especial de Dios, existe a fin de dar al hombre más libertad de acción, pues éste necesita de ella para desenvolver su potencial en este mundo, y así sacar mejor provecho de él.

La fe natural es el agente estimulante que hace al ser humano tener el trabajo de sembrar la buena semilla con la certeza de que va a recoger los frutos plantados. Este tipo de fe es imprescindible al ser humano para su propia vida. Veamos algunos ejemplos: ¿Puede alguien querer caminar sin que esté seguro de que sus piernas aguantarán el peso de su cuerpo? De la misma forma, ¿quién no sale de su casa para el trabajo seguro de que volverá más tarde? Nadie tomaría un ómnibus o cualquier otro transporte si no estuviese seguro de llegar a su destino. El ama de casa que decide hacer una torta, tiene que estar segura de que la receta es correcta, para que mezcle los ingredientes en la medida justa, lleve la masa al horno para estar el tiempo determinado en la receta y, entonces, poder al final tener la torta.

Sin embargo, las piernas pueden fallar, el chófer del ómnibus también y todo lo demás en lo que tenemos plena seguridad puede no funcionar bien, pues están sujetos a las leyes del mundo material. ¿Cuántas personas viven con la esperanza de que un día ganaran la lotería o cualquier otro

juego y, aún así, a pesar de la “certeza” que tienen de que van a ganar, viven perdiendo todo?

Como podemos ver, en los mínimos detalles de nuestra vida cotidiana dependemos de esta fuerza natural. Esa es la razón por la cual innumerables pasos de fe hemos dado, pero sin reconocer o valorar esta gracia de Dios dentro de nosotros.

Podríamos decir que la fe natural es un “sexto sentido” que depende de los demás sentidos para realizar sus objetivos. Es como si fuese un sentido auxiliar de los demás. Por otro lado, la fe natural está directamente conectada al mundo material, porque depende de las circunstancias naturales para efectivamente ser puesta en práctica.

Antes de que el agricultor plante la semilla, necesita estar seguro de las condiciones climáticas y del suelo apropiado para aquel tipo de semilla. De otra forma, su fe natural no funcionará. Él tiene fe, tiene certeza que la tierra le devolverá multiplicado el fruto de la semilla plantada. Sin embargo, para eso, es necesario ver si las circunstancias lo permiten, para que entonces su fe natural actúe.

La fe sobrenatural es distinta de la natural, aunque sea otro tipo de ella. La fe natural actúa en función de las circunstancias; la fe sobrenatural, a su vez, no se limita a eso. Así como la fe natural se desenvuelve en el mundo físico, la fe sobrenatural sólo se desenvuelve en un mundo totalmente espiritual, ya sea a través del conocimiento de la palabra del diablo, para una fe negativa o por el conocimiento de la palabra de Dios para una fe positiva.

La fe sobrenatural es el único canal de comunicación entre el mundo físico y el espiritual. Cuando ella es enfocada hacia el Dios Vivo, entonces es positiva y capaz de hacer

posible lo imposible. A partir de este capítulo solamente enfocaremos la fe sobrenatural desde el punto de vista positivo, o sea, la fe en la Palabra de Dios que produce vida. En otro capítulo hablaremos más al respecto de la fe sobrenatural negativa.

¿Cómo podríamos definir exactamente la fe sobrenatural desde el punto de vista positivo? En toda la Biblia sólo encontramos ejemplos de la manifestación de la fe sobrenatural, incluso su propia definición es: "... la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" Hebreos 11:1.

Según esta definición bíblica, podemos concluir de inmediato que por ser ella sobrenatural no puede ser analizada desde el punto de vista humano y natural. ¿Puede alguien tener la plena seguridad o convicción de algo que aún no sucedió, sin tener nada palpable de antemano? Es realmente muy difícil de entender este misterio, principalmente por aquellos que siendo escépticos intentan sacar conclusiones precipitadas, teniendo en cuenta la razón.

La fe sobrenatural jamás podrá ser explicada a través de la lógica o la razón, porque es un don de Dios. Las reglas establecidas por las leyes físicas son totalmente contrarias a las leyes de la fe, las que están muy lejos del entendimiento de la vida en este planeta. En otras palabras, la fe sobrenatural es la más absoluta certeza de la existencia de Dios, de la veracidad de su Palabra y del cumplimiento de Sus promesas, sin importar el tiempo que éstas demoren.

Todas las actitudes del Señor Jesús durante Su ministerio aquí en la tierra, fueron las mayores expresiones de la fe sobrenatural. Todos sus milagros, sus actitudes y palabras

sólo expresaban la realidad de la fe sobrenatural. El apóstol Juan dirigido por el Espíritu Santo afirma:

“En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito de Padre” (Juan 1:14).

Significa que el Señor Jesús era la propia encarnación de la fe sobrenatural. Cuando Pedro le dijo que la higuera que Él había maldecido estaba completamente seca, el Señor le respondió:

“Tened fe en Dios. De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: Quítate y arrójate en el mar, y no duda en su corazón, sino que cree que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Marcos 11:22-24).

Esa fe, la cual el Señor nos exhorta a tener, es la fe sobrenatural, la certeza que nos justifica delante del Dios Padre, la certeza de lo que se espera, la convicción de los hechos que no se ven. La fe que no solo hace mover una montaña, sino todas las montañas que aparezcan delante de los que la tienen en el corazón.

Esa calidad de fe era parte del carácter de Abraham y fue el cayado de Moisés, la vara de Aarón, el corazón de Josué, la

voz del profeta Elías, la doble porción de Eliseo, la espada de Gedeón, la armadura de David y ¡el poder del Hijo de Dios!

Mientras la fe natural se desenvuelve dentro de todos los seres humanos, la fe sobrenatural solamente nace, crece y se desarrolla dentro de aquellos que tienen oídos para oír la Palabra de Dios, pues:

“... la fe es por el oir, y el oir, la Palabra de Dios” (Romanos 10:17).

¿De qué forma las personas tendrán la certeza de lo que es la voluntad de Dios sin que tengan el conocimiento que viene de parte del propio Dios? Por eso es muy importante que se gaste parte de nuestro tiempo oyendo la predicación de la Palabra del Señor Jesús. Pero vea bien, la predicación de la Palabra de Dios, y no de filosofías y costumbres en ella contenidos. Muchas iglesias contemporáneas, infelizmente, están más preocupadas en presentar al pueblo una liturgia religiosa que la pureza y la sencillez del mensaje de Dios para el hombre.

Por esa razón, la Iglesia del Señor Jesús es apenas hoy, una caricatura de lo que era al principio, porque en aquella época los hombres eran sencillos. Sus conocimientos venían directamente del Espíritu Santo y no había sobre ellos la influencia de las clases sociales más favorecidas, al contrario, sembraban la Palabra por todos los lugares tanto a ricos como a pobres. No había ningún tipo de preocupación en presentar un mensaje erudito para los

“señores” y otro más sencillo para la plebe, ¡no! El apóstol Pablo hace mención de eso cuando afirma:

“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría, pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

(1 Corintios 2:1-5).

Este es el carácter del mensaje que produce la fe sobrenatural, el cual crea en el corazón del oyente de la Palabra de Dios una fuerza inmensa, capaz de superar y suplantar todo y cualquier ataque satánico. El mensaje elocuente y basado en la sabiduría humana sólo produce fe natural, la cual no tiene capacidad de soportar los días de adversidad.

Al diablo no le preocupa la fe natural porque ella no afecta su campo de acción. Pero con la fe sobrenatural la situación es muy diferente, porque ella ha liberado a muchas personas de las garras de satanás, por ser ésta una fuerza mayor que la de él.

Es increíble como el diablo y sus demonios han sido humillados y derrotados por aquellos que profesan y actúan con esta calidad de fe, pues el Espíritu de Dios ha

acompañado y honrado la fe sobrenatural de aquellos que en Él confían.

Como ya lo hemos demostrado, la fe natural tiene mucho que ver con la razón. La fe sobrenatural omite completamente la razón, porque ella es una fuerza energética del Espíritu Santo dentro de nosotros y entonces, cuando liberamos esta fuerza, lo imposible se hace posible.

El Espíritu Santo es la Persona que ilumina, aclara y aviva la Palabra de Dios en nuestros corazones. Cuando alguien oye el mensaje de Dios y lo aplica en su vida, entonces, está actuando automáticamente la fe sobrenatural. Eso es porque el simple hecho de que la persona quiera tomar cualquier actitud en función del mensaje de Dios, al que le dio oídos y creyó, ya es una señal de que el Espíritu Santo se mueve dentro de ella, "... porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2:13).

La fe sobrenatural nunca actúa por sí sola, sino que depende del Espíritu Santo y de la persona que la tiene. Primero depende de que la persona la acepte y luego la coloque en práctica; después viene la parte restante, que sólo podrá ser efectuada por el propio Dios, en la Persona del Espíritu Santo.

La Biblia está llena de extraordinarios milagros que reflejan el inmenso poder de la fe sobrenatural. El caso de Josué, por ejemplo, es uno de los más notables. Por su coraje y bravura, por causa de su fe sobrenatural, provocó el milagro deseado.

Es importante notar que fue Josué quién provocó el milagro.

Es claro que el Espíritu Santo fue quien colocó en su corazón aquel deseo de orar y determinar que su deseo sea

realidad. Fue Josué quien osó hablar al Señor en la presencia de los israelitas que el sol se detuviese exactamente en el mismo lugar donde él luchaba contra cinco reyes amorreos:

“Y el sol se detuvo, y la luna se paró, (...) en que el Señor haya obedecido a la voz de un hombre...” (Josué 10:13-14).

La fe sobrenatural es algo extremadamente valioso e interesante. ¡A través de ella el ser humano puede hacer posible lo imposible, los montes pueden salir de sus lugares, los vientos y las tempestades pueden cesar en un abrir y cerrar de ojos, se puede caminar sobre las aguas como si fuese por tierra firme, el sol puede detenerse en el espacio por el tiempo que se quiera!

Todos los milagros narrados en la Sagrada Escritura empezaron con la participación primeramente del hombre y después de Dios. En el caso de Josué, el Espíritu Santo estaba con él, alimentando su fe, pero él tuvo que dar impulso a aquella fe sobrenatural existente dentro de él.

Cada milagro que deseamos que sea realizado en nuestras vidas depende exclusivamente de cada uno de nosotros. Yo diría que en cada milagro procedente de la fe sobrenatural, un 50% tiene que ser realizado por la persona. La parte restante la hará Dios. En otras palabras, lo que tenemos que hacer para que el milagro que deseamos acontezca, nadie puede hacerlo por nosotros, tampoco Dios. La otra mitad que no podemos hacer sólo Dios podrá hacerla.

La razón porque muchas personas no consiguen ver los milagros en sus vidas se debe a que aún no han hecho su parte, quedando en la expectativa de que Dios haga todo.

Veamos por ejemplo, los milagros de la naturaleza. El hombre, usando la inteligencia y la capacidad que Dios le dio, está obligado a plantar la semilla del fruto que desea recoger en la tierra previamente preparada por él. Ésa es su parte. La tierra a su vez, auxiliada por la lluvia y el calor del sol, hace el milagro de la multiplicación. Todo esto sucede porque fue determinado por Dios:

“Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en él, sobre la tierra...”

(Génesis 1:11).

“Mirad, os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, así como todo árbol en que hay fruto y da semilla. De todo esto podréis comer” (Génesis 1:29).

De la misma manera Dios ha colocado dentro de nuestros corazones la capacidad de efectuar el mismo milagro hecho por la tierra con la semilla dada por Él. Con la semilla de la Palabra de Dios, nuestros corazones pueden producir en forma multiplicada los milagros porque de una sola fuente viene la semilla, tanto para la tierra como para nuestros corazones.

La única diferencia está en el hecho que la semilla de la tierra es visible, palpable y concreta, mientras que la semilla que produce la fe sobrenatural y, consecuentemente el milagro, es la Palabra de Dios y esta es invisible, impalpable y abstracta.

Observemos con atención en la Biblia, la vida de los héroes de la fe, cuando por la fe en el Dios Vivo, conquistaron reinos, cruzaron el Mar Rojo y el Río Jordán a pie en seco, practicaron la justicia, obtuvieron grandes promesas, cerraron bocas de leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, de la flaqueza sacaron fuerza, se hicieron poderosos en la guerra, hicieron correr ejércitos mucho más numerosos y fuertes, y aún permanecieron firmes bajo las más adversas circunstancias, porque veían lo invisible y creían en lo imposible. Por eso también Dios fue exaltado en gran forma a través de la fibra y el coraje de esos hombres, que supieron utilizar la fe en Dios, como el secreto de la victoria.

La fe sobrenatural tiene el carácter activo. Es semejante a un volcán que está listo para entrar en erupción en cualquier momento, siempre que sea necesario o requerido. Probablemente, sea ésta la razón por la que los héroes de la fe de la Biblia tenían un carácter agresivo delante de los problemas que surgían, especialmente de aquellos causados por los enemigos de la fe y, naturalmente, enemigos de Dios.

Eran hombres llenos de coraje, impetuosos y valientes. No se acobardaban delante de las circunstancias, al contrario, enfrentaban cualquier tipo de situación, porque tenían la más absoluta certeza de que había Alguien con ellos, garantizándoles la victoria. David fue un ejemplo. Cuando los filisteos reunieron sus tropas para enfrentar al ejército de Israel, vino el gigante Goliat, de parte de ellos y lanzó un desafío, que hizo temblar no sólo al rey de Israel, sino a todo su ejército, con el siguiente insulto:

“Escoged de entre vosotros un hombre que venga contra mí. Si él puede pelear conmigo y me vence, nosotros seremos vuestros siervos; y si yo puedo más que él y lo venzo, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis. Hoy yo he desafiado –añadió el filisteo- al campamento de Israel; dadme un hombre que pelee conmigo. Al escuchar Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron mucho miedo”.

(1 Samuel 17:8-11).

El rey Saúl estaba tan asustado que prometió para aquel que venciese a Goliat, no solamente grandes riquezas, sino también a su propia hija como esposa, además de exentarlo de impuestos.

Habría sido muy fácil para él si sus hombres hubiesen sido fuertes físicamente, porque podría elegir al más fuerte y enviarlo a pelear con Goliat. Pero no había ninguno que pudiera enfrentar a aquel gigante. El tiempo pasaba y no aparecía nadie para la pelea. ¡Podemos imaginar cómo Goliat y sus compañeros se burlarían del ejército de Israel!

Cuando David tomó conocimiento del hecho y de la humillación que su pueblo estaba sufriendo (pues todos sin excepción mostraban un carácter cobarde), por ser él un joven de fe sobrenatural, valiente e intrépido, hizo la siguiente pregunta:

“... ¿quién es este filisteo incircunciso para que provoque a los escuadrones del Dios Vivo?”.

(1 Samuel 17:26).

En ese ínterin, podemos ver cómo Saúl y todo su ejército, hasta ese momento, sólo veían a Goliat con los ojos de la fe natural; o sea, por su tamaño, espada y armadura, por las circunstancias que los rodeaban. Tal vez porque eran guerreros y fueron instruidos para luchar usando apenas la fe natural del soldado. ¡Pero David no! Él era diferente. No tenía ninguna experiencia militar porque era muy joven para eso. Sin embargo, dentro de él había algo mucho más importante que cualquier enseñanza o entrenamiento militar, más fuerte que todas las fuerzas de este mundo y más sabio que cualquier sabiduría de este siglo: ¡El poder de la fe sobrenatural! ¡La plena certeza de que hay un Dios Vivo que dirige y controla todas las cosas en todo el universo, y que sostiene a todos los que en Él confían!

David sabía que el Dios a quien servía era mucho más grande que aquel gigante insolente; "... sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es" (1 Corintios 1:27-28). El simple hecho de que el hombre tenga coraje para asumir la fe en este Dios Todopoderoso, aún sin verlo, sentirlo o tocarlo, ya es suficiente para hacer de él un verdadero instrumento en Sus manos, para Su exclusiva gloria.

Recuerdo un hecho ocurrido en los Estados Unidos. Un niño de aproximadamente ocho años, hijo de una familia cristiana, comenzó a sentir fuertes dolores de cabeza. Luego de haber sido orientados por los médicos, los padres comenzaron a cuidar al niño con el medicamento apropiado para aquella enfermedad. Sin embargo, el mensaje de fe del pastor de aquella familia provocó dudas al respecto del tratamiento.

Luego de una serie de vigilias y oraciones en las cuales aquella familia participó con el pastor, y otras sin él, los padres del niño decidieron abandonar completamente el tratamiento médico.

Inspirados por una “fe natural” en la palabra del pastor, en la de otros cristianos y en la Palabra de Dios principalmente, un día llegaron a su casa absolutamente “convencidos” de que aquella enfermedad había sido sanada por el Señor Jesús. Tiraron el medicamento que no sólo aliviaba los fuertes dolores del niño, sino que paulatinamente lo estaba curando.

El niño volvió a tener aquellas crisis y dolores insoportables, que fueron aumentando, sin una forma de atenuarlas. El niño gritaba cada vez más fuerte de dolor, mientras sus padres continuaban clamando a Dios, convencidos de la sanidad Divina, aquella desesperación fue creciendo hasta que el niño murió.

Aún muerto, los padres no se desesperaron e incluso rechazaron los pésames de los amigos y familiares, porque estaban seguros de que el niño resucitaría. Lo llevaron a la Iglesia, donde reunidos junto con otros hermanos, oraron una noche entera, creyendo que al día siguiente el Señor lo traería a la vida.

El hecho es que el niño fue sepultado, los padres casi fueron linchados por la población y terminaron presos y procesados. No comprendían absolutamente nada respecto de la fe, que habían puesto en el Señor Jesús, en Su Palabra y en el pastor, la que no había producido ningún resultado, según se debía esperar, de acuerdo con la Biblia. Lo que debería ser para la gloria de Dios se transformó en deshonra, vergüenza y sobre todo dolor.

Después de este triste episodio, las preguntas que nos vienen a la mente son: ¿No debería Dios haber honrado la fe de aquellos padres y curar al niño? ¿Por qué Dios permitió que todo esto sucediera? ¿Será que su Palabra no es perfecta en un cien por ciento?

Realmente, a primera vista, nos quedamos frustrados; sin embargo, tenemos que observar que hay una diferencia muy grande entre la fe natural y la fe sobrenatural, y que es fundamental reconocer sus diferencias.

Aquellos padres estaban absolutamente convencidos de que tenían la fe sobrenatural de la Palabra de Dios; lo que no sabían es que la fe que suponían tener, era solamente el producto de la razón. La mente de ellos estaba absolutamente convencida de lo que está escrito en la Biblia, y que se cumple en la vida de los que creen.

En otras palabras, es posible convencerse de cualquier cosa de este mundo sin convertirse a ella. Por ejemplo: yo particularmente estoy convencido de que Flamengo es el mejor equipo de Brasil; sin embargo, aunque eso sea verdad, continúo “hinchando” hace casi 40 años por Botafogo.

Así también es la fe. A veces la persona es convencida por la razón y por la inteligencia, en cuanto a la veracidad de lo que está escrito en la Biblia; pero ella no está convertida a esa verdad.

Es bueno reafirmar que la fe sobrenatural no está disponible para todo el mundo, sólo es dada a aquellos que han colocado al Señor Jesús en primer lugar en sus vidas. De otra forma, todos los hijos del diablo también podrían beneficiarse por el poder de la fe sobrenatural, y no sería justo de parte de Dios dejar que eso suceda.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA FE

Durante toda la trayectoria del Señor Jesús, desde Su nacimiento hasta Su bautismo en las aguas del Río Jordán por Juan el Bautista, Su manifestación de fe estaba apenas dentro de los límites de la fe natural. Él no hizo ningún milagro, apenas tuvo una educación como la de los niños de Su edad y trabajó como carpintero para ayudar a su “padre” adoptivo.

Él hacía lo mismo que los demás niños y jóvenes de su edad, naturalmente, dentro de los rigores de la Ley Judaica, con la excepción de ser Él el más sincero en el celo de la Ley de Dios. Por eso tuvo Su vida absolutamente reservada a la pureza y a la santidad, teniendo en vista Su misión en este mundo.

Sin embargo, cuando fue bautizado en las aguas, el Espíritu de Dios vino sobre Él en la forma física de una paloma, y lo consagró con la capacidad de realizar la voluntad de Dios, justamente a través de la fe sobrenatural. A partir de este momento, Él dejó de vivir dentro de los límites de la fe natural para vivir dentro del ilimitado poder de realización de la fe sobrenatural.

Todos sus actos milagrosos tuvieron el total apoyo del Espíritu Santo. Toda Su manifestación de poder, que resultó en las mayores maravillas de la fe, fue inspirada, dirigida y concretada por el Espíritu que en Él estaba. El Señor Jesús tan sólo tuvo el coraje de confesar y ordenar lo que Su Espíritu le inspiraba que dijera. ¡El milagro ocurría naturalmente! Es como Él mismo dijo:

“Tened fe en Dios. De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: Quítate y arrójate en el mar, y no duda en su corazón, sino que cree que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.” (Marcos 11:22-23).

¿Qué hizo Él entonces? Apenas obedecía la voz audible, fuerte y real del Espíritu Santo. Cuando fue a resucitar a Lázaro, primeramente ordenó a sus discípulos que quitasen la piedra que estaba delante de la tumba. Marta, hermana del muerto, usando su fe natural, le dijo: “Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días” (Juan 11:39). En otras palabras: ¡Señor, no sirve de nada! Él murió hace cuatro días y ahora ¿qué se puede hacer? ¡Nada!

Pero la voz de la fe natural muchas veces es inspirada por el diablo, para intentar bloquear la voz del Espíritu Santo y, por supuesto, el impulso de la fe sobrenatural. El Señor Jesús, absolutamente convicto de la voluntad de Dios, les dijo: “¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?” (Juan 11:39). Prevaleció Su autoridad y Su fe sobrenatural sobre aquella fe natural.

Entonces, dio gracias a Dios, antes de ver al muerto resucitado. Y habiendo dicho eso, clamó en voz alta, significando la fuerza que emanaba de Él: “¡Lázaro, ven fuera!” (Juan 11:43). Cuando habló de esta manera al muerto, el Espíritu Santo inmediatamente entró en acción, penetrando en aquel cuerpo descompuesto y haciendo volver el espíritu de vida.

¡El Espíritu Santo acompañó la voz de la fe sobrenatural, tornando posible lo imposible! La voz del Señor Jesús era tan convincente, que Él tuvo que pronunciar el nombre de

Lázaro, porque si Él dijese apenas: “¡ven fuera!”, ¡seguramente todos los muertos de aquel sepulcro habrían resucitado!

El Espíritu Santo no ha venido con el propósito de hacernos solamente hablar en otras lenguas, expulsar demonios o tener poder para hacer algunos milagros. ¡El vino sobre los Hijos de Dios para realizar las mismas obras y aún mayores, que Su Primogénito realizó! Es como el Señor Jesús dijo:

“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre”.

(Juan 14:12).

¡Es exactamente por esto que el Espíritu de Dios vino sobre los seguidores de Su Hijo!

El Espíritu Santo es el responsable por la fe sobrenatural. ¡Él usó al Señor Jesús para realizar grandes maravillas y también a los apóstoles para hacer lo mismo! En aquella ocasión, Él usó a los hombres que tenía en Sus manos. Hoy, también quiere hacer lo mismo con aquellos que quieren ser usados para continuar realizando los mismos milagros y maravillas, y así manifestar la gloria de Dios en este mundo.

Todos los que hicieron maravillas en el pasado, como Moisés, Elías, Eliseo, David y otros, estaban poseídos por el Espíritu de Dios y, naturalmente, por el poder de la fe sobrenatural. Todos aquellos que recibieron el bautismo con el Espíritu Santo tienen la misma capacidad y condiciones de realizar los hechos del Señor Jesús y aún mayores,

porque el Espíritu Santo es el mismo, la Palabra es la misma y la voluntad de Dios también es la misma, pues está escrito:

“Porque los ojos de Dios contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen un corazón perfecto para con él”.

(2 Crónicas 16:9).

La única dificultad para que las maravillas de Dios se repitan hoy en medio del pueblo es que el hombre está dividido entre servir a Dios y a su propia codicia. Por eso, el canal de manifestación del poder de la fe sobrenatural queda bloqueado e inoperante. Cuando este canal se destapa permitiendo la acción del Espíritu Santo, el mundo pasa a conocer al Dios Verdadero, el Creador de los Cielos y de la Tierra.

El apóstol Pablo orienta al respecto de los dones espirituales:

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de actividades, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos” (1 Corintios 12:4-7).

¿Cuál es la conclusión a la que se llega, mediante esa instrucción? La conclusión natural es que el Espíritu Santo necesita del ser humano, con el fin de realizar Su santa voluntad. Pero es necesario que esté totalmente inmerso en la fe sobrenatural.

No es admisible que la persona bautizada en el Espíritu Santo continúe viviendo dentro de los límites de la fe natural, o dentro de las condiciones naturales de este mundo tenebroso. Es natural que ella, siendo ignorante respecto a Dios y a Sus dones espirituales, viviese dentro de los parámetros de la fe natural; ¡pero no ahora, después de haber sido sellada con el Espíritu de Dios!

Todos los que han recibido esta gracia están aptos para la manifestación del Espíritu Santo, en cualquier momento, bajo cualquier circunstancia, pues Él es el dueño de los dones y usa a cada uno según Su voluntad. Todos pueden ser usados con uno, dos o todos los dones espirituales, porque éstos son atributos del Dios-Espíritu, los que manifiestan de acuerdo a las necesidades.

La fe sobrenatural engloba a todos los dones espirituales, incluso el propio don de la fe, y se encuentra dentro de aquellos que fueron sellados por Dios. Queda entonces sometida a los que viven dentro del universo de la fe natural. Cabe a cada uno desenvolverla dentro de sí, a través del ejercicio constante de la fe, ejecutando con coraje aquellos impulsos que vienen de lo alto.

En una ocasión, cuando comenzaba mi ministerio, estaba en una plaza pública, listo para iniciar una campaña de fe. El número de personas era muy reducido, teniendo en cuenta que el tiempo era malo y estaba pronto por desatarse la lluvia.

En medio de la reunión comenzó a llover. En aquel momento, movido por las circunstancias y por el sentimiento de fe natural, osé orar alto, para que la lluvia cesara. Pero no paso nada, sino que llovió aun más, y tuvimos que cancelar la reu-nión inmediatamente.

Yo aún no sabía la diferencia entre la fe natural y el poder de la fe sobrenatural; sabía apenas que había un poder en la fe capaz de hacer que aquella lluvia cesara. Aunque me quedé un poco triste con lo ocurrido, tuve una gran experiencia: el hecho de haber tenido coraje de hacer aquel tipo de oración delante de aquellas personas.

Creo que es así que debemos iniciar el ejercicio y el desarrollo de la fe sobrenatural, porque el simple hecho de colocar la fe en acción, sea natural o sobrenatural, es bueno para que la persona abandone su timidez o cobardía espiritual. Al mismo tiempo, activa su coraje. De repente ya no se intimida ante los problemas y los enfrentará con el coraje que la fe sobrenatural le aporta.

Cuando alguien se llena del Espíritu Santo, al mismo tiempo, se llena de fe sobrenatural. En esas circunstancias, no se deja influenciar por ningún tipo de acción de este mundo o de las tinieblas. El Espíritu de Dios le da capacidad para ver con los ojos del Señor Jesús; oye con Sus oídos; siente con su corazón; pasa a ser un testimonio real de la resurrección del Señor Jesucristo. Naturalmente, su manifestación en este mundo es la propia expresión del carácter del Señor, no apenas en lo referente a los milagros, sino por lo concerniente a Sus frutos. El apóstol Pablo dijo:

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son de Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede

entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Esto significa decir que los actos y hechos nacidos de la fe sobrenatural son locura para los que están inmersos en el mundo de los actos y los hechos de la fe natural.

Las circunstancias del mundo natural, que dan origen a la fe natural, son alimentadas por la naturaleza. El sol y la lluvia, por ejemplo, producen un determinado clima capaz de hacer a la semilla nacer y producir los frutos deseados. Las circunstancias del mundo espiritual, las cuales dan origen a la fe sobrenatural, son producidas y dirigidas por el Espíritu Santo. En este caso, el responsable por el clima del milagro sobrenatural es el propio Espíritu de Dios.

Es comprensible que las personas comunes no entiendan el espíritu de la fe sobrenatural, ya que viven en un mundo de cosas naturales. Sólo las personas que se someten a las leyes de Dios, tienen oídos para oír la voz del Espíritu Santo, pueden entender y discernir las cosas espirituales, incluso el poder de la fe sobrenatural.

Es justamente dentro del plan espiritual que el Espíritu de Dios tiene Su campo de acción y para comprender las leyes que rigen el mundo espiritual, sólo con la fe sobrenatural, que es absolutamente distinta de la fe natural.

LA MENTE DE CRISTO

El Espíritu Santo es también el responsable por darnos la misma mente que colocó en Su Hijo Jesús, exclusivamente con el objetivo de realizar, a través de nosotros, lo que realizó a través del Señor Jesús. En realidad la única forma de conocer a Dios y Su plan de salvación, es a través del trabajo desarrollado por el Espíritu Santo en nosotros. ¿Pero cómo podrá usarnos sin nuestra mente? ¡Imposible! Él necesita llenarla con Sus pensamientos, a fin de que podamos saber cuál es Su voluntad.

Fue con ese propósito que el Espíritu de Dios inspiró a hombres santos para que escribiesen la Biblia y, a través de ellos, instruir a todos los seres humanos en el camino de la vida.

Es importante resaltar que la Biblia, sin la unción del Espíritu Santo, es apenas un simple libro de Historia. Para poder servir a los propósitos de Dios, tiene que ser leída bajo la orientación del Espíritu de Dios; de otra manera, será apenas letra, “... porque la letra mata, pero el Espíritu da vida” (2 Corintios 3:6).

Su interpretación no podría ser de otra fuente, porque era necesario que el mismo Autor ejemplificase exactamente lo que Él quiere decir, porque si cada uno la interpretase a su manera, ¿cómo se podría conocer la interpretación verdadera? Es por esta razón que hay muchos falsos profetas, falsos pastores, falsas iglesias y muchas religiones; pues inspirados por espíritus engañadores y mentirosos han interpretado la Biblia a su manera, sacando provecho para sí mismos y llevado las almas al infierno.

¿Cómo podremos saber la interpretación correcta? Es justamente por eso que el Espíritu Santo nos ha sido enviado, para guiarnos hacia toda la verdad, según lo prometido por el Señor Jesús:

“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...” (Juan 16:12-13).

La Biblia es una colección de sesenta y seis libros que contiene la revelación de Dios para los hombres. Ellos fueron escritos por lo menos por treinta y seis hombres durante un período de mil quinientos años. Esos hombres, cuando escribieron sus respectivos libros, fueron poderosamente inspirados por el Espíritu Santo de tal forma que todas las palabras quedaron perfectamente colocadas, dentro de la exacta expresión de la mente de Dios. Tanto que el propio Señor Jesús las utilizó en los mínimos detalles dentro de Su ministerio terrenal.

Entre aquellos hombres que fueron dirigidos por el Espíritu de Dios para escribir la Biblia, había reyes, agricultores, pastores, abogados, pescadores, un médico y un recaudador de impuestos. Aunque habían sido personas simples, en su mayoría, la inspiración divina es incuestionable: no hubo, no hay y jamás habrá alguien capaz que pueda probar lo contrario de lo que afirma la Biblia. El propio Señor Jesús dijo:

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35).

Mucha gente ha rehusado aceptar la Biblia como la Palabra de Dios, otras la aceptan como que es una parte de la

Palabra de Dios, por el simple hecho de que la escribieron hombres, y a pesar de estar inspirados por Dios, aún así eran hombres y por lo tanto, estaban sujetos a errores.

El hecho es que estas mismas personas, seguramente desprovistas de la fe sobrenatural, están siempre listas para aceptar, por ejemplo, “los mensajes enviados” por uno o más espíritus que se han manifestado en todo este mundo, sin hacer objeción alguna.

Hay “autores espiritistas” que, aunque sean casi iletrados tienen libros editados en varios idiomas. Estos hombres, aunque estén padeciendo con toda clase de molestias, son venerados y respetados. ¿Será que este mundo o esta sociedad no se fija que los frutos de la vida de estos autores, y sus testimonios de fe en estos espíritus son los más infelices y desgraciados de toda la Tierra? Si ellos, con todos sus innumerables libros de mensajes del “más allá”, no consiguen ayudarse a sí mismos, entonces, ¿cómo podrán ayudar a otros?

Por ejemplo, el Señor Jesús no estaba enfermo y no murió con ninguna enfermedad; fue humillado y cobardemente asesinado. No se acobardó delante de la muerte, sino que la enfrentó como un valiente soldado y, después de todo, probó que Sus palabras eran y son dignas de total aceptación, pues Él resucitó al tercer día, presentándose delante de más de quinientas personas y, a muchas otras, probando así ser el Hijo real del Dios Altísimo. En Él sí podemos confiar nuestras vidas, nuestras mentes y principalmente nuestros destinos, aceptando Su verdad.

Su Palabra prueba por sí misma que es la única verdad capaz de llevar al ser humano a la libertad que le ha sido negada, por causa de la falta de conocimiento del Dios Vivo. Las personas que han negado la autenticidad de la Palabra

de Dios o han cuestionado su perfección, proceden así porque aquellos espíritus en los cuales han confiado, les han cegado el entendimiento, al punto de no conseguir ver que sus propias vidas son la mayor evidencia del gran engaño que es la mente espiritista.

La mente de Cristo o la Palabra de Dios no solamente crea una unidad de fe sino que nos hace participantes de la naturaleza divina, permitiéndonos tener el derecho de pensar y actuar libremente según nuestra propia voluntad.

La mente de Cristo no nos impone ninguna restricción, ni nos obliga a cualquier actitud contraria a la nuestra. Al contrario, nuestra voluntad y nuestro placer pasan a ser la voluntad de Aquel que nos liberó del imperio de las tinieblas y nos ha llevado a Su maravillosa Luz, y a través de una fe pura y simple, como la fe sobrenatural.

La mente de Dios no nos esclaviza al punto de quitarnos la libertad para hacer lo que quisiéremos. En realidad, nos deja aún más libres para que tomemos nuestra propia decisión, sea a favor o en contra de Dios; y Él, bajo ninguna hipótesis, nos impedirá de hacer algo que le sea contrario. Es este amor inmensurable que el ser humano no tiene capacidad de entender a no ser por una convicción muy fuerte dentro de él: La fe sobrenatural.

LA VIDA POR LA FE

Cuando Dios creó la vida la creó con tres grandes propósitos. El primero fue para que ella fuese vivida en abundancia, esto es, con todos sus derechos y privilegios sin ningún tipo de aflicción, angustia o preocupación. En el

plan de la creación de Dios, “vivir la vida” significaba automáticamente vivir la felicidad. El propio Señor Jesús afirmó eso:

“... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

El segundo gran propósito fue para que la vida no tuviese ningún tipo de interrupción, provocada por enfermedades, dolores o cualquier tipo de sufrimiento o muerte. Por esta razón, Isaías, profetizando la razón de la venida del Señor Jesús, dijo:

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4-5).

También en Romanos 6:23 leemos:

“... la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Finalmente, el tercer gran propósito, y el principal, fue para que a través de ella, manifestásemos Su gloria por toda la eternidad, empezando por aquí en la tierra, según el salmo de David:

“Cantad al Señor cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra (...) Anunciad de día en día su salvación; proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas, porque grande es el Señor y digno de suprema alabanza...” (Salmos 96:1-4).

De la misma forma que el padre usa su fe natural para ganar mejor el pan de cada día, también enseña a su hijo la forma simple de usar la fe natural, para que él también recoja los frutos. Es verdad que, a veces, los padres dejan todo preparado para los hijos, y así no les dan el derecho de aprender la ley natural de la vida y cuando los hijos crecen y son adultos, no sabiendo enfrentar las dificultades de esta vida, se desesperan ante un pequeño problema.

Dios también piensa en Sus hijos y quiere lo mejor para ellos. El no es semejante a un padre insensato, al contrario, a través de Su Palabra y de Su Espíritu conduce a su familia para un buen desarrollo a través de la fe sobrenatural. Es por medio de ella que los hijos de Dios toman posesión de la plenitud de vida, según dijo el Señor: “Mas el justo vivirá por fe...” (Hebreos 10:38).

En otras palabras, el cristiano sólo tendrá vida abundante, como el Señor Jesús prometió, si tuviera el coraje de asumir la fe sobrenatural y ponerla en práctica en su propia vida.

¡Dios nos ha prometido Sus bendiciones, sin embargo, nosotros jamás tomaremos posesión de ellas mientras no obremos de acuerdo con la fe sobrenatural que Él ya nos otorgó! No existe otra alternativa. Es el caso de aquel joven rico, el que no estaba seguro de la vida eterna, y preguntó al Señor:

“Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo (...) si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le preguntó: ¿Cuáles? Y Jesús le contestó: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre. Y amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?” (Mateo 19:16-20).

Hasta este momento el joven rico estaba usando su fe natural. El Señor le contestó la última pregunta, diciendo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme” (Mateo 19:21). La fe natural del joven no pudo soportar el peso del sacrificio que tenía que hacer para alcanzar la plenitud de vida, porque solamente la fe sobrenatural tiene la capacidad de pagar el precio de la vida que Dios ha preparado para aquellos que Lo aman.

Dios no está en contra de las riquezas porque Él mismo es rico en gloria y majestad; sin embargo es contrario a los que ponen su corazón en las riquezas. Cuando fue requerida la fe sobrenatural de aquel joven, él sólo vio la riqueza incalculable que poseía, la cual podía tomar, ver y usar a voluntad. Era su fe natural en oposición a la fe sobrenatural y, por causa de eso: “Al oir el joven esta palabra, se fue triste...” (Mateo 19:22).

Cuando la persona vive por la fe natural, la Palabra del Señor es una verdadera barrera, un obstáculo que causa tristezas, pero cuando ella vive por la fe sobrenatural, entonces es un manantial de alegría. Por más desfavorables

que sean las circunstancias, sabe que tarde o temprano la respuesta vendrá y borrará completamente de la memoria los días pasados, días de sufrimiento y dolor. Por eso mismo, no mide sacrificios para colocar esa fe en práctica.

Hace mucho tiempo que me preguntaba a mí mismo y a Dios por qué nosotros los cristianos tenemos días felices, cuando todo va bien, y de repente parece que el mundo se cae sobre nuestra cabeza. No podía comprender por qué los hijos de la Luz tenían que sufrir las mismas consecuencias que los hijos de las tinieblas.

Entonces, el Espíritu Santo me enseñó que no se puede querer vivir la vida cristiana por la fuerza de la fe natural, pues ella es una vida espiritual y necesita de una fe mucho más fuerte y consistente que ésta. Es necesario una fe sobrenatural para asumir el carácter del propio Señor Jesucristo.

Mientras no nazcamos de nuevo a través de la fe sobrenatural en el Señor Jesucristo, viviremos una vida sujeta a las limitaciones de nuestros sentidos. Creamos nuestro propio mundo, vivimos en él y somos limitados por él. Tenemos que ver para creer, tenemos que probar para poder decir si nos gusta o no, tenemos que oír para tomar una actitud. Éste es el mundo en el que las sociedades crecen y se desarrollan.

El mundo cristiano es completamente distinto, porque fue creado por la fe en el Señor Jesús. En el mundo físico, las reglas se apoyan en el ver para creer; en el mundo de la fe cristiana, de manera contraria se sustentan, en el creer para ver. De ahí podemos observar que estos dos mundos son opuestos entre sí. Al mundo físico, el Señor Jesús lo llamó “este mundo”; al mundo de la fe lo llamó “Reino de Dios”.

Al leer Mateo 17:14-20, podemos verificar que las palabras del Señor vienen a confirmar nuestra premisa de que, cuando estamos viviendo por la fe, en el mundo de la fe, nuestro querer tan sólo se realiza por la confesión de nuestra boca, ¡porque todo es posible para aquel que vive en el mundo de la fe sobrenatural! Para éste no hay límites de realizaciones, pues toda la naturaleza queda subordinada a la autoridad de quien vive en el Reino de Dios.

Es en este espíritu de fe exactamente que el Señor desea que andemos, a fin de que presentemos al mundo un Dios verdaderamente poderoso y vivo.

La actitud que debemos tomar en relación con la Palabra de Dios es una demostración de la acción del Señor Jesús dentro de nosotros. La posesión de aquello que determinamos es una cuestión apenas de tiempo.

¿Quién, hasta hoy, ha demostrado con sus actitudes la veracidad de la Palabra de Dios? ¿Quién tuvo la capacidad de determinar alguna cosa y, al mismo tiempo, no dudar de lo que había dicho? Bueno, la Única Persona que hizo eso fue el propio Dios. Él dijo: “Sea la luz. Y fue la luz” (Génesis 1:3). La luz, que no existía, se hizo. ¿Y por qué? Porque cuando Él determinó la luz, creyó que la luz habría de existir, pues no había dudas en su corazón. Dijo también Dios: “Haya un firmamento en medio de las aguas, para que separe las aguas de las aguas” (Génesis 1:6). De la misma manera, el Señor Jesús, cuando fue a ver a la hija de Jairo que estaba muerta, después de pedir que todos saliesen:

“... tomó al padre y a la madre de la niña y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. Tomó la mano de la niña y le dijo: ¡Talita cumi! (que significa: Niña, a ti te

digo, levántate). Inmediatamente la niña se levantó y andaba...” (Marcos 5:40-42).

Quiere decir que el texto bíblico de Marcos 11:23 nuevamente se cumple ahora en la Persona del Señor Jesús. ¿Y no será este mismo ver-sículo que debe ser aplicado por cada uno de nosotros, cristianos, que tenemos como base la fe, la orden del propio Señor Jesús? ¿No es la voluntad de Dios que nosotros ocupemos Su posición aquí en este mundo sucio, para hacer valer Su Palabra que habita en nosotros?

El Señor dijo claramente: “De cierto os digo...” ¿Tendría que decir eso? ¿No son todas Sus palabras verdaderas? Naturalmente Él quería llamar la atención de todos sus seguidores sobre el secreto y funcionamiento de la fe, a través de esta importante declaración, la cual es un legado riquísimo colocado en nuestras manos, con el objetivo de glorificarlo, para difundirlo por todo el mundo, en toda Su plenitud, según Su Santa Voluntad.

Dios nunca hará nada por nosotros mientras no ocupemos la posición en la cual Él nos colocó; los milagros de la fe jamás funcionarán en nosotros mientras no demos el primer paso hacia ellos. Fue exactamente eso lo que aconteció con Moisés en el Monte Horeb; también llamado Monte Sinaí, cuando Dios le habló, encargándole una misión importante: liberar al pueblo de Israel de la esclavitud egipcia.

Respecto de todas las señales realizadas por Dios delante de Moisés, aún éste le dijo:

“¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes ni desde que tú hablas con tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Dios le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, el Señor? Ahora, pues, ve, y yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar. Y él dijo: ¡Ay Señor! envía, te ruego, a cualquier otra persona. Entonces el Señor se enojó contra Moisés, y dijo: ¿No conozco Yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien? Él saldrá a recibirte, y al verte se alegrará en su corazón. Tú le hablarás y pondrás en su boca las palabras, y yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo; será como tu boca, y tu ocuparás para él el lugar de Dios. Y tomarás en tú mano esta vara, con la cual harás las señales”.

(Éxodo 4:10-17).

Moisés sólo precisaba determinar, ya que la inspiración y la orientación le venían del propio Dios, quien había prometido enseñarle lo que debería hacer. Para Aarón, la autoridad de Moisés era como la del Señor y cuando él hablaba, era como si Dios estuviese hablando.

Es interesante observar que la primera persona que manifestó exactamente lo que Jesús demostró en Marcos 11:23, fue el propio Dios Padre, cuando determinó la creación de todas las cosas apenas con Su Palabra. El segundo fue el Señor Jesús; durante Su ministerio en la tierra también hizo prevalecer Su voluntad, exclusivamente a través de Su Palabra. Queda una pregunta en el aire: ¿cuándo es que el Espíritu Santo hará también prevalecer Su Santa Voluntad por Su Palabra?

Es ahí que nosotros, los cristianos, entramos en escena cuando damos una palabra de fe y no dudamos ante ninguna hipótesis, que el Espíritu Santo, que vive en nosotros guiándonos a toda la verdad y enseñándonos todo lo necesario para nuestro desarrollo espiritual, ejecutará la misma obra del Padre y del Hijo a través de cada uno de nosotros.

Ésa es la Divinidad Trina manifestándose en este mundo vil a través de Sus hijos, ésta es la razón por la cual el Señor Jesús, en Su ascensión determinó:

"... pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Ser testigo del Señor Jesús no es sólo decir a las personas: ¡Jesús es el Salvador!, o ¡acepta a Jesús! ¡Nada de eso! Es manifestarse en este mundo de la misma manera como Él se manifestó, y su manifestación aquí no queda sólo en palabras sino en palabras seguidas de actitudes, de obras, para que el mundo pudiese ver en Él al Hijo de Dios.

Ser Su testigo es realizar las mismas obras, y mayores aún: "... porque yo voy al Padre", dijo en Juan 14:12. Es mostrar al mundo que Dios es real y está vivo a través de nuestra propia vida; y no sólo de palabra, porque si ésta no es acompañada de hechos reales no tiene sentido y pasa a ser filosofía vacía.

Ser un verdadero testigo del Señor Jesús es asumir Su carácter y personalidad, haciendo prevalecer Sus actitudes

durante todo el trayecto de nuestra vida; éste es el poder de la fe sobrenatural en evidencia, el Espíritu de Dios actuando en nosotros y por nosotros, con la finalidad de glorificar a Su Hijo Jesús con hechos incuestionables.

Dios está más interesado en que el mundo pueda verlo en nosotros, de que pueda oírlo por nosotros; pues si el mundo no puede verlo en nosotros, tampoco Lo oirá a través de nosotros. Eso sólo será posible por la fe firme y fuerte, capaz de mover los montes y cualquier obstáculo que venga o surja ante nosotros.

Nuestras palabras tienen que ser seguidas de hechos; de la misma manera como las palabras de Dios, porque el Espíritu que habita en el Señor Jesús es el mismo que habita en nosotros. Los milagros que tanto glorificaban al Señor en el pasado deben ser realizados hoy, pues nuestro Dios no vive de la gloria del pasado, sino la del presente.

Los cristianos sólo tendrán derecho a la vida en toda su plenitud a través de la fe sobrenatural, ¡no hay otra alternativa! Está escrito: “Más el justo vivirá por fe” (Hebreos 10:38).

Sin embargo ¿qué ha sucedido realmente? Los cristianos han caminado con la fe natural, y no por la fe sobrenatural, mezclando la fe cristiana con este mundo físico. Han creído que el Señor Jesús cargó sus pecados en la cruz del calvario, y que también “... llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores...” Isaías 53:4. Están seguros de que en el sacrificio del perdón de los pecados está la curación Divina. Pero cuando cometen algún pecado y lo confiesan sinceramente, creyendo en el perdón recibido, no creen lo suficiente para sanarse también de sus enfermedades.

¿Por qué? Porque para que la persona pueda creer en la curación de sus enfermedades es necesario que después de la oración “¡no sienta más nada!” Y así deja de vivir por la fe y pasa a caminar con fe. A partir del momento en que pasa a valorizar sus sentimientos, en el caso dolores, reprenden la fe para dar lugar a la razón. Salen del mundo de la fe y entran en el mundo materialista de los sentidos.

En verdad cuando el cristiano camina con la fe natural y no con la fe sobrenatural, se arriesga a tener su fe destruida por las circunstancias de este mundo, pues quien anda con fe natural está viviendo en un mundo natural, mientras que quien anda por la fe sobrenatural está viviendo en el Reino de Dios, aunque esté en este mundo. Fue por eso que el Señor Jesús consiguió sobrepasar todas las barreras que el diablo le puso, porque Él vivía en el mundo de la fe sobrenatural.

La razón por la que muchos cristianos a veces están bien y otras mal, se debe exclusivamente al hecho de no permanecer continuamente en el mundo de la fe sobrenatural, porque de tanto en tanto, por no decir casi siempre, recaen en el mundo material.

Un ejemplo muy simple es cuando un cristiano va a visitar a sus amigos o parientes no cristianos; siempre hay en medio de la conversación una especie de provocación de parte de quien no vive en la fe. El cristiano, para “no quedar abajo” comienza a defenderse. A partir de ese momento, baja rápidamente al mundo materialista, al mismo nivel de aquella persona incrédula, la cual ha sido vínculo de satanás para provocar una discusión y, consecuentemente quitar la paz de aquel cristiano.

Mi amigo lector, aquel que vive en el mundo de la fe sobrenatural vive en otro nivel de vida, y con sabiduría,

busca sus amistades. El Señor Jesús sanaba enfermos, liberaba oprimidos y comía con publicanos y pecadores; sin embargo, Él se mantenía siempre apartado del nivel materialista en que las personas convivían. En Su tiempo libre, se retiraba a un lugar desértico, a fin de abastecer Su alma y Su Espíritu a través de la oración y comunión con el Padre, para mantenerse en el nivel del mundo de la fe.

Al vivir en este nivel de fe y no estar condicionado por las circunstancias de la vida material, Él pudo realizar grandes hazañas en medio del pueblo de Israel. La mayoría de los cristianos piensan que el Señor Jesús hizo tantos milagros y maravillas porque era el Hijo de Dios. ¡Nada de eso! Cuando estuvo en este planeta, tuvo que despojarse de toda Su gloria y majestad, y vivir como un hombre natural, sujeto a todas las circunstancias de la vida, según está escrito al respecto:

“No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

El Señor Jesús estaba sujeto a los mismos problemas que nosotros y de ninguna manera cayó en pecado. Los poderes milagrosos que Él poseía provenían de su fe; Él vivió en el mundo de la fe sobrenatural, por eso fue victorioso en todos los aspectos.

Cuando el Señor Jesús vino, fue justamente con el propósito de abrir una puerta por la cual podamos entrar y alcanzar la verdadera vida. Esa puerta es la fe sobrenatural; ella nos da condiciones de vencer todas las barreras creadas por esa

sociedad injusta, amiga de satanás. Ella es la autoridad del propio Dios para someter a las fuerzas demoníacas que, dígase de paso, han actuado en este mundo con total libertad y llevado a muchos al infierno.

Si nosotros, los cristianos, no tomamos una posición de asumir la fe sobrenatural, la cual nos fue dada para contra atacar los “principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”, continuaremos siendo atacados y humillados con derrotas incalculables. Dios no puede hacer nada más de lo que ya ha hecho para impedir la acción demoníaca en este mundo; sin embargo sólo puede honrar nuestra fe sobrenatural con respuestas a las peticiones de nuestros corazones, con maravillas sobrenaturales, de manera que toda la gente sepa de Su existencia y de Su poder.

Dios, en Su justicia y bondad, además de no hacer acepción de personas en cuanto a color, sexo, religión, nacionalidad, apariencias, cultura, grado de instrucción y otros aspectos; tampoco nos exige algo de nuestra capacidad de realización. Él primeramente nos llena de condiciones, libertad y dirección a través de Su Espíritu, para que cada uno venga a promover su propia plenitud de vida, mediante su propio esfuerzo en ese sentido.

Es por el ejercicio constante de nuestra fe sobrenatural que vamos alcanzando, poco a poco pero continuamente, las victorias prometidas por Dios. El apóstol Juan, dirigido por el Espíritu de Dios dijo:

“... porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1

Juan 5:4).

No podemos culpar a Dios por nuestros fracasos, pues Él ya nos ha capacitado para vencer este mundo; si no lo vencemos, la falla es totalmente nuestra. Así también es la vida que Dios creó. Ella existe, es un hecho, pero tenemos que hacer nuestra parte para conseguirla. Existen algunas particularidades en nuestras vidas que son absolutamente personales e intransferibles; que nadie, ni el mismo Dios, puede hacer por nosotros. Por ejemplo: ¿Puede el padre comer o beber por su hijo que tanto ama? ¿Puede el hijo casarse por el padre? ¿Puede Dios practicar mi fe sobrenatural? ¡No! Él puede mostrarnos lo que tenemos que hacer para alcanzar lo que necesitamos. Aún así, yo tengo que obrar mi propia fe.

La verdadera vida de cada cristiano, en realidad, está en sus propias manos, pues está escrito:

“El Espíritu de Dios me hizo y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4).

El Espíritu de Dios nos ha hecho cristianos y Su soplo de vida permanece en nosotros; ahora, es nuestra tarea desarrollar esta gracia divina a través del ejercicio constante de nuestra fe. El propio Dios dijo a Su pueblo:

“Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos de ti. No está en el cielo, para que digas: “¿Quién subirá por nosotros al cielo, nos lo traerá y nos lo hará oir para que lo cumplamos?”.

(Deuteronomio 30:11-12).

De la misma forma, el Espíritu Santo afirma que la vida traída por el Señor Jesús no está en los cielos, sino que está aquí y ahora, a disposición de todos los que creen, de todos los que están dispuestos a pagar Su precio usando el coraje y la determinación para poner la fe sobrenatural en acción.

El Reino de Dios, sobre el cual Su Hijo tanto predicó, no es más que la plenitud de vida deseada por Él para todos Sus seguidores:

“Preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El Reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: “Helo aquí”, o “Helo allí”, porque el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:20-21).

En otras palabras, la vida está dentro de nosotros, pero es necesario cultivarla correctamente para que ella venga a producir sus frutos, los cuales no sólo nos traerán gozo, sino también glorificarán a Dios, según está escrito:

“Pues el Seol no te exaltará, ni te alabará la Muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, este te dará alabanza...” (Isaías 38:18-19).

EL TAMAÑO DE LA FE SOBRENATURAL

Muchos, por desconocer el real poder de la fe sobrenatural, piensan que el tamaño de la fe hace a la diferencia en la realización del milagro, y prueban un total desconocimiento de las Sagradas Escrituras, cuando en sus oraciones piden una porción mayor de fe. La fe no se consigue a través de oraciones, vigilias y mucho menos de ayunos. Ella sólo puede fortalecerse a través del oír la Palabra de Dios, de acuerdo con lo ya determinado:

“Así que la fe es por el oir, y el oir, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Pedir más fe es una incoherencia. Es lo mismo que la persona pida a Dios que le dé la certeza de que Su Palabra es verdadera y que se cumple cualquiera sean las circunstancias. Si deseamos tener una fe inquebrantable no hay otro camino a seguir: tenemos que permitir que la Palabra de Dios alimente nuestro espíritu con Su fuerza y poder. Ella es la única fuente de fe, pues a través de ella captamos la mentalidad de Dios y Su carácter.

Es ella quien nos da la luz, con el fin de que podamos ver cuál es la voluntad Divina para nuestras vidas, además de

fortalecer nuestra confianza en Dios. Cada vez que leemos la Biblia es como si el propio Dios estuviese hablándonos personalmente, inyectando más y más certeza en nuestros corazones en cuanto al cumplimiento de todas Sus promesas.

El Señor nunca realizará Su Santa voluntad aquí en la Tierra sin que haya una participación efectiva de Sus hijos. Por ejemplo, cuando Dios quiso abrir el Mar Rojo para que Su pueblo pasase fue necesaria la participación de Moisés. Y le dijo: “tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el Mar, y divídelo...” Moisés obedeció la Palabra de Dios y éste cumplió Su promesa. Josué rodeó Jericó trece veces y entonces Dios hizo que las murallas se derrumbaran. Jesús dijo: “... Quitad la piedra...”, los discípulos obedecieron, y Él resucitó a Lázaro.

¿Cómo obedeceremos la Palabra de Dios o haremos Su voluntad si ignoramos Sus pensamientos? Por eso es necesario tener un pleno conocimiento de aquello que el Señor ya determinó y nos otorgó. Para tener fe, ¡es necesario saber en qué! ¿Cómo podríamos creer en Jesús como Salvador si no hubiese quien nos lo predicase? El apóstol Pablo hace esta seria advertencia cuando afirma:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?” (Romanos 10:14-15).

En general, el pueblo de Dios, ha subestimado su propia fe y no tiene idea de cuán poderosa es ella. Naturalmente eso viene sucediendo por que hay “voces extrañas” que hablan

a las personas y le dicen que su fe no es suficiente para realizar el deseo de su corazón. Además, por ejemplo, creen que el tamaño de la fe que sana un pequeño dolor de cabeza es distinto de la fe que cura un cáncer.

Ése es un camino más por el cual el diablo y sus demonios han desanimado y desestabilizado la fe sobrenatural que posee el pueblo de Dios, que necesita ser puesta en acción para la manifestación de la gloria de Dios en este mundo. La Biblia revela el tamaño y la calidad de la fe necesaria para la realización de milagros. Por ejemplo: cuando un padre afligido llevó a su hijo poseído por un demonio delante del Señor Jesús y le dijo:

“Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático y sufre muchísimo, porque muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua. Lo he traído a tus discípulos, pero no lo han podido sanar. Respondiendo Jesús dijo: ¡Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Entonces reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora. Se acercaron entonces los discípulos a Jesús y le preguntaron aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Jesús les dijo: Por vuestra poca fe. De cierto os digo, que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: “Pásate de aquí a allá”, y se pasará; y nada os será imposible” (Mateo 17:15-20).

A primera vista parece que no tiene sentido el hecho de que el Señor Jesús mencionase la “poca fe” de ellos, para después afirmar que si tuvieren fe como un grano de

mostaza, la menor de todas las semillas, podrían transportar los montes. Pero si analizamos el texto en general, observaremos que el Señor primeramente los censuró por su incredulidad y hasta por su perversidad.

En realidad, la fe que ellos poseían era suficiente para expulsar a aquel demonio; sin embargo, aquella pequeña fe no era absoluta en sus corazones. Había mezclada en ella no sólo la incredulidad sino también la perversidad. Judas Iscariote estaba entre ellos, y después resultó ser el traidor; los demás apóstoles también abandonaron al Señor Jesús en la hora de su prisión. Finalmente, aquella generación, incluyendo a los propios discípulos, también era incrédula y perversa.

En conclusión: ellos no pudieron expulsar al demonio, no por el tamaño de la fe sino por la incredulidad y la perversidad que existía en sus corazones. Cuando el Señor Jesús mencionó la fe del tamaño de un grano de mostaza, se refirió a que la fe no tiene que ser grande para realizar grandes hechos, y destacó su fuerza y poder inconmensurables.

La verdad es que una gran fe mezclada con una pequeña duda no funciona de ninguna manera; sin embargo, una pequeña fe, sin ningún tipo de duda es capaz de realizar lo imposible.

Así como el espíritu no tiene color, sexo o tamaño, la fe sobrenatural tampoco tiene dimensiones; puede ser medida apenas por su calidad y pureza. En la Biblia, todos los hombres y mujeres que fueron usados por Dios tuvieron una calidad de fe irreprensible. Por esa razón, obtuvieron las respuestas de Dios a sus oraciones.

La calidad de nuestra fe es estimada por el comportamiento de cada uno de nosotros delante de nuestras necesidades. Cuando el ciego de Jericó fue llevado a la presencia del Señor Jesús, después de haberlo llamado por dos veces consecutivas, el Señor le preguntó: “... ¿Qué quieres que te haga?...” Jesús sabía que él era ciego, pero en realidad quería estar seguro de la calidad de su fe, pues él podía pedir algo de menor valor. Sin embargo, la grandeza de su petición confirmó la calidad de su fe. Nuestros pedidos definen exactamente la calidad y fuerza de nuestra fe.

La única manera de probar nuestra fe y demostrar su grado es a través de las insistentes peticiones que hacemos a Dios, en el nombre del Señor Jesús. El ciego Bartimeo tuvo que insistir dos veces para ser oído y atendido. ¿Por qué? El Salmo 139:4 dice: “... aún no está la palabra en mi lengua, y ya tú, Dios, la sabes toda”, ¿cuál es el motivo para orar, pedir y clamar? Porque nuestros pedidos a Dios definen exactamente el carácter de nuestra fe.

Bartimeo podría haber pedido al Señor Jesús dinero o una casa para el resto de sus días, porque realmente la necesitaba. Pero fue justamente lo imposible, humanamente hablando, lo que Le pidió, demostrando el carácter de su fe.

“Jesús le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Al instante recobró la vista, y seguía a Jesús por el camino”

(Marcos 10:51-52).

Encontramos en la Sagrada Biblia muchos ejemplos de personas que tuvieron el valor de la fe y la aplicaron en sus vidas, provocando así las grandes maravillas, las cuales precisan ser renovadas para la gloria de Dios. Sin duda, Josué fue uno de los grandes héroes de la fe. No se limitó a usar su fuerza personal, sus talentos, y mucho menos su autoridad gubernamental. Él sabía que si dependía de sus recursos naturales el fracaso sería inevitable, pero si aplicaba los recursos procedentes de Dios, la fe sobrenatural, nada le sería imposible. Así dio un ejemplo de vida y de fe para el pueblo de Israel y para todos sus enemigos. Dice la Escritura respecto de Josué:

“Entonces Josué habló a Dios, el día en que el Señor le entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón, y tú, luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo, y la luna se paró, hasta que la gente se vengó de sus enemigos”

(Josué 10:12-13).

Vea que Josué primero habló con el Señor. La Biblia no entra en detalles de lo que habló con Dios, pero podemos concluir que en esa oración hubo un derramamiento de su alma en favor del pueblo de Israel. Enseguida, después de estar lleno de convicción y fe, Josué, en un acto de coraje delante de los hijos de Israel, con voz audible, ordenó al sol y a la luna que se detuviesen en los lugares determinados por él. ¡No fue Dios quien mandó al sol y la luna detenerse, sino Josué! ¡Esa actitud de fe provocó el milagro!

Sin embargo, alguien podría decir: Josué lo ordenó pero fue Dios quien detuvo el sol y la luna. Pero esto no es verdad,

porque la voz de Josué fue acompañada por fe, y esa fe no es más que el poder de Dios fluyendo a través de Josué. Por eso el Señor Jesús afirmó: “De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: “Quítate y arrójate en el mar”, y no duda en su corazón, sino cree que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.” (Marcos 11:23), aquí es donde se concluye que la fe es expresada a través de nuestras palabras.

Si nuestro corazón estuviera viviendo en la plenitud de la presencia de Dios, entonces nuestras palabras expresarían exactamente eso. Si él estuviera lleno de confianza, nuestras palabras determinarían lo imposible, bastando sólo tener el coraje de expresarlas.

Josué ordenó al sol que parase en Gabaón y la luna en el valle de Ajalón, y fue obedecido, porque su fe sobrenatural era de calidad. Su palabra no sólo identificaba su fe sino, por sobre todo, su audacia y coraje. El sol estaba a ciento cincuenta millones de kilómetros. Además de eso, cuando Josué se refirió al sol y la luna no se escondió en algún lugar lejos de su pueblo, para no correr el riesgo de no ser atendido y en consecuencia caer en el descrédito; por el contrario, habló en presencia de los israelitas, absolutamente consciente de lo que estaba haciendo, y sin ningún tipo de recelo. El Señor no tenía otra alternativa que no fuera honrar aquella fe y coraje, atendiendo la voz de Josué.

La grandeza del milagro depende de la calidad de la fe y no del tamaño propiamente dicho. Los cristianos han confundido la fe natural con la sobrenatural. Incluso piensan, que por el hecho de tener una fe natural muy bien basada, pueden usarla en lugar de la fe sobrenatural. Ése es un error muy grave y peligroso, pues el milagro sólo es realizado a través de la fe sobrenatural. Si intentaran usar la

fe natural para la realización de un determinado milagro sobrenatural, es obvio que éste no va a ocurrir en ningún caso, y la gente puede decepcionarse y quedarse frustrada, hasta el punto de abandonar la fe cristiana.

La fe natural produce milagros naturales, solamente la fe sobrenatural puede producir milagros sobrenaturales encontrados en la Sagrada Biblia. Cuando el Señor Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará, y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12). ¡Estaba queriendo decir que la creencia sobrenatural en Su persona es suficiente para realizar todos los milagros que Él hizo, y aún muchos más!

Esta creencia sobrenatural es mucho más que un deseo sincero de querer servirle de todo corazón; en realidad, significa una fuerte y absoluta convicción de asumir Su propio carácter, por medio de la unción de Su Espíritu, que ya existe dentro de los que se entregaron al Señor Jesús, para entonces hacer prevalecer Su Voluntad, a través de obras como las que Él realizó.

Dios tiene interés en realizar más grandes milagros entre nosotros, de los que tenemos necesidad; pues cuantos más milagros son realizados en el Nombre del Señor Jesús, más glorificado Él es.

La fe positiva y la fe negativa

“Es pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

A partir de esta definición, nosotros podemos comprender que la fe puede ser dirigida tanto positiva como negativamente, y en ambas situaciones puede ser activa o pasiva. ¿Qué significa esto? Cuando la persona cree piadosamente en alguna cosa, cuando tiene la certeza de que algo sucederá en su vida, sea esa cosa buena o mala, está manifestando una actitud de fe. Esta fe será positiva si lo que ella cree que va a acontecer es bueno o será negativa si lo que ella creyere fuera malo.

Si la persona siente un pequeño dolor y enseguida imagina que aquel síntoma es de una enfermedad incurable, y además, después alimenta esa fe negativa con charlatanerías de otras personas con problemas y fe semejantes.

La verdad es que esas otras personas siempre tienen un "caso" para contar de alguien poseedor de algún dolor igual y que terminó muriendo de cáncer.

La tendencia de esas criaturas es verdaderamente contraer aquella enfermedad en la cual ha puesto su fe. Eso es fe negativa y activa.

En esos casos es muy importante que tales personas busquen a alguien de fe positiva, conocedora del Dios Vivo, que hable siempre cosas positivas según el carácter de Dios. Cuando el Señor Jesús vino a este mundo, dijo:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad

a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18).

El sentido literal de este versículo es que cuando el Espíritu del Señor está sobre nosotros, entonces somos ungidos para anunciar cosas buenas a los pobres, proclamar palabras de liberación a los cautivos de satanás; restaurar la visión a los que han sido cegados por la ignorancia, debido a la falta de conocimiento del Dios Vivo, y así poner en libertad por la fe a los oprimidos.

El mejor camino a ser tomado por los pesimistas o por los poseedores de una fe activa hacia lo negativo, es relacionarse, lo máximo posible, con aquellos que tienen la fe hacia el lado positivo. Por esa razón, el Espíritu Santo, a través de Pablo, instruyó a los cristianos en Filipos:

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8).

La fe negativa tiene el mismo poder que la fe positiva porque son lo mismo; ambas siguen siendo fe. Aunque una es en el sentido opuesto, continúan siendo “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). El diablo trabaja con la fe negativa, porque él es la fuente de la misma; Dios trabaja con la fe positiva, porque Él es su fuente.

El diablo y sus demonios han usado a las personas de su reino en este mundo para distribuir su mensaje negativo, con el intento de producir una fe negativa y, consecuentemente, la destrucción a través de ella.

Dios, en la Persona del Espíritu Santo y en el nombre de Su Hijo Jesús, a través de las Sagradas Escrituras, ha anunciado las buenas nuevas del Reino de Dios para la difusión de la fe positiva y, consecuentemente la liberación de los cautivos de satanás, es decir la restauración de la vista a los ciegos, “para poner en libertad a los oprimidos”. Es ésa la visión y el entendimiento de la Iglesia Universal del Reino de Dios para el mundo perdido.

La fe negativa puede ser activa o pasiva, la fe positiva también. La fe negativa es dirigida hacia lo que es malo y está en desarrollo, se encuentra en actividad y en contra de todo lo que proviene de Dios o que Le pertenece.

La fe negativa pasiva se mantiene fuera de acción; aunque exista, aún así, es inactiva y naturalmente incapaz de nada. El trabajo del diablo es empujar esta pasividad haciéndola activa para la realización de sus deseos.

Es bueno recordar que el diablo no puede hacer nada contra nadie, hasta que este alguien concuerde con él, directa o indirectamente; y es exactamente a través de la fe negativa activa que él encuentra las puertas abiertas para actuar con libertad. Por ejemplo: imaginemos una persona que sale de su casa y recibe una inspiración diabólica, creyendo que va a chocar con su auto. Si tuviera miedo, y no rechaza esa idea inmediatamente de su corazón por la fe positiva y activa, en el Nombre del Señor Jesús, entonces la posibilidad de que ocurra un accidente será muy grande.

Esa fe es negativa y activa, por dos razones: primero, porque hay certeza de que alguna cosa mala va a ocurrir; segundo porque hay un alimento de esta fe negativa, a través del temor, y eso es acción. Quiere decir: la fe negativa es activa porque el temor está incrementando la fe en el mal.

Cabe destacar que la fe negativa, como instrumento de satanás, siempre ha sido usada en este mundo, desde la rebelión de Adán y Eva.

“Y echó Aarón su vara delante del faraón y de sus siervos, y se convirtió en una culebra. Entonces llamó también el faraón a los sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; pues cada uno echó su vara, las cuales se volvieron culebras, pero la vara de Aarón devoró las varas de ellos” (Éxodo 7:10-12).

La fe negativa también produce “milagros” y “maravillas” a los ojos del mundo y nosotros, cristianos, no podemos menospreciar su poder de acción, si lo hiciéramos, fatalmente seríamos atados por ella. Hay que reaccionar contra ella por el poder de la fe positiva, la única fuerza capaz de vencer todo ataque de la fe negativa.

La vara de Aarón, transformada en serpiente, devoró las otras varas de los sabios de Egipto, las que también se habían transformado en serpientes. Dios permitió eso para que Sus seguidores tengan los ojos abiertos y coloquen la fe positiva en acción, a fin de destruir las obras del diablo.

El propio Señor Jesús hizo mención a la fe negativa cuando, al hablar de la gran tribulación, advierte:

“Y si aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. Entonces, si alguno os dice: “Mirad, aquí está el Cristo, o “Mirad, allí está”, no lo creáis, porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos”.

(Mateo 24:22-24).

¿Cómo pueden falsos cristos y falsos profetas hacer grandes señales y prodigios sin que tengan poder para tamaña hazaña? Realmente eso sólo es posible cuando existe la fe sobrenatural negativa en funcionamiento, por parte de aquellos que han resistido al Espíritu Santo, para servir y seguir al diablo y sus demonios. ¡Pero gracias a Dios, por el nombre del Señor Jesús y Su Espíritu, que nos han dado la victoria sobre el poder de las tinieblas, sobre toda la potestad del infierno, a través de una fe simple, pero sobrenatural, positiva y activa en las promesas de Dios!

La fe positiva es pasiva, cuando no sé tiene la certeza de que es buena, cuando no se toma una actitud de coraje sobre aquello en lo que se cree. Por ejemplo, el cristiano tiene certeza que el Señor Jesús resucitó de los muertos y está vivo para hacer cumplir Sus promesas en la vida de aquellos que lo invocan de todo corazón. Sin embargo, cuando vienen las lluvias y las tempestades sobre su vida, en lugar de luchar contra aquello que podría destruirlo, se deja llevar por las circunstancias, creyendo que es la

voluntad de Dios que él sea arrastrado por esas circunstancias adversas.

Es impresionante la cantidad de cristianos que, por cualquier motivo, se mantienen pasivos ante los ataques del diablo. Sin hablar de los que prefieren acobardarse ante las luchas, en lugar de usar sus derechos en Cristo Jesús y contraatacar con la fe sobrenatural que ya tienen dentro de sí.

¡Es por causa de la fe positiva y pasiva que la Iglesia del Señor Jesús es hoy apenas una caricatura de la Iglesia Primitiva! Los cristianos de hoy prefieren mantenerse enclaustrados dentro de sí mismos, alimentando su egoísmo y orgullo espiritual, a través de la búsqueda incesante del conocimiento bíblico, para que puedan ser considerados "grandes conocedores de las Sagradas Escrituras".

¡Es la fe positiva y pasiva también la principal responsable por el "fariseísmo" dentro de la Iglesia cristiana! Si sólo fuera esto no sería tan malo, la verdad es que los fariseos además de no entrar en el Reino de Dios, intentan impedir que los que se esfuerzan entren, a través de sus fábulas filosóficas, religiosas y cargas superiores a sus fuerzas.

Un ejemplo de eso son las costumbres pasadas. La verdad, Dios nunca ve nuestro exterior, ni podría hacerlo, porque en ese caso Él tendría que deshacerse de aquellas ovejas que son feas por naturaleza, de las flacas, enfermas o inútiles. No, mi amigo lector, Dios está preocupado por nuestro corazón; es justamente ahí, en lo más profundo de nuestro ser donde Él está mirando.

El fariseo, a pesar de tener una fe positiva en Dios, por su creencia pasiva se transforma en un potente auxiliar del diablo dentro de la propia Iglesia. El fariseo es identificado,

justamente, por su manera sutil de aparentar una religión fiel y justa delante de los demás. Es riguroso al observar la letra, especialmente delante de los hombres, con la finalidad de ser elogiado o glorificado por ellos y, por causa de esto, no quiere quedar mal con nadie, ni con los hombres, ni con Dios, y mucho menos con el diablo.

Su fe, a pesar de ser positiva, es pasiva en forma venenosa y caracteriza perfectamente su “fariseísmo”. Él está siempre buscando en mostrar su exterior, esto es, que es un hombre bueno, que busca ayudar a las personas, etc. Fue en este espíritu que en una ocasión uno de ellos invitó al Señor Jesús a comer en su casa, y el Señor lo aceptó, pues Él no hace acepción de personas, por peores que sean, está siempre dispuesto a atenderlas. Cuando el fariseo vio que el Señor Jesús no había lavado sus manos antes de comer quedó admirado. Entonces el Señor le contestó:

“Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y maldad. ¡Necios!, el que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio. Pero ¡ay de vosotros, fariseos!, que diezmáis la menta, la ruda y toda hortaliza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin dejar aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos!, que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y las salutaciones en la plazas. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, que sois como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan por encima no lo saben. Respondiendo uno de los intérpretes de la ley, le dijo: Maestro, cuando dices esto, también nos ofendes a nosotros. Él dijo: ¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley!, porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un

dedo las tocáis. ¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres! (...) ¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley!, porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis" (Lucas 11:39-52).

CONCLUSIÓN: EL FARISEO ES EL AUTÉNTICO EJEMPLO DE LA FE POSITIVA Y PASIVA.

Otro factor muy peligroso respecto a ese tipo de fe es el hecho de que las personas que la tienen corren el riesgo de ser tentados siempre que haya una oportunidad, porque el diablo sabe de su condición en Cristo Jesús. Cuando no ejecutan o no colocan en acción la Gracia Divina que está sobre ellas, que es la fe activa, entonces el diablo usa todos los medios posibles para desanimarlas, y no continuar en la fe, a través de los pecados.

Un día cometen un "pecadito", al otro día otro y cuando menos lo esperan sus corazones están totalmente insensibles y el Espíritu Santo se apaga de sus vidas; y de allí hacia la posesión de los espíritus inmundos es un paso fácil.

En realidad, nuestra fe es como un músculo, si no tiene ejercicio, quedará atrofiado. De la misma forma, la fe positiva, si no fuera activada, se atrofiará transformándose en una fe negativa pasando a ser un instrumento del mal.

Es muy fácil que la persona peque, mientras su fe no estuviera en actividad; pero es casi imposible que alguno caiga en tentación mientras su fe positiva está en acción.

La fe positiva y activa se caracteriza por la lucha constante de los que se han negado a sí mismos, tomando su cruz y han seguido realmente al Señor Jesucristo. Ella es positiva porque está dirigida hacia el Autor y Consumador de la fe viva; es activa por estar en desarrollo constante. Cuando el Señor Jesús dijo: “Velad y orad para que no entréis en tentación...” (Marcos 14:38), estaba queriéndonos exhortar al respecto del ejercicio constante de nuestra fe o de su actividad, ya que ella es la responsable por nuestras victorias y, consecuentemente, por nuestra vida eterna.

Realmente, cuando la persona es llamada por Dios, es imposible que sea un cristiano de fe pasiva, porque el propio Espíritu Santo mantiene viva la llama de la fe activa, y ahí los beneficios por su actividad espiritual son constantes. Por ejemplo: es el caso de aquella criatura cristiana, víctima de una fatalidad en su vida, que en lugar de quedarse triste con aquel hecho, o comentar con todos sus amigos, parientes o vecinos lo ocurrido, a fin de ser considerada digna de lástima; va a la lucha con la fe que tiene en su corazón y mientras no consigue salir de aquella triste situación, continúa luchando hasta alcanzar su objetivo.

El hecho es que muchas personas, por no decir la mayoría, cuando sufren cualquier adversidad en sus vidas buscan la compasión de otros. Es increíble cómo a la gente le gusta oír la palabra: “pobrecito”. ¡Parece que les proporciona una sensación de bienestar pero esto no agrada a Dios en lo absoluto! No es eso lo que Dios espera de aquellos a quienes concedió el poder de la fe sobrenatural positiva y

activa. ¡Al contrario, nos ha capacitado para la lucha, por eso nos dio su Espíritu y el Nombre de Jesús!

Con esta armadura, cabe a cada cristiano accionar la fe a través de actitudes de coraje, y hacer la parte que le es debida, porque la otra parte la hará Dios, a través del Espíritu Santo, en el nombre del Señor Jesús.

RESUMIENDO, EXISTEN DOS TIPOS DE FE:

I.–La fe natural, que ya nace con todos los seres humanos y es parte de su vida; es la certeza colocada en la fuerza de la naturaleza.

II.–La fe sobrenatural, que es la certeza colocada en las fuerzas de lo sobrenatural. Es nace de las fuerzas de las tinieblas o del poder de la luz.

La fe puede ser dirigida de la siguiente forma:

LA RAZÓN DE LA FE

Muchas veces quedamos perplejos delante de tanta maldad en este mundo, perplejos por tanta violencia, desamor y

todo lo demás. A veces llegamos a pensar si es que existe un infierno peor que este mundo. Es muy duro ver, por ejemplo, tantos niños abandonados, rechazados y hambrientos, caminando por las calles de la ciudad, buscando en la basura con la esperanza de encontrar algo para comer. Es muy duro saber que dentro de los hospitales muchos pacientes gimen de dolor, no solamente físico, sino también por la desesperación de saber que sus días están contados.

Sabemos de aquellos que se encuentran en manicomios, leprosarios o aún dentro de sus propios hogares gozando de buena salud, pero completamente confundidos y desesperados por la situación de sus seres queridos. Sin hablar de los encarcelados, homosexuales, prostitutas, asesinos, ladrones, asaltantes, políticos, en fin, toda clase de personas sufridas y causadoras de sufrimiento en la faz de la Tierra. ¡Ciertamente si fuéramos a mencionar todas las clases de desgracias que han sucedido en este planeta, ni siquiera todo el papel existente en el mundo sería suficiente para relatarlas!

Entonces, surgen algunas preguntas: ¿Existe realmente Dios? Si Él existe, como hemos creído de todo nuestro corazón, ¿puede Él quedarse sin hacer nada ante tanta miseria, hambre, enfermedad, destrucción, guerra, caos y muerte en esta Tierra? ¿No podrá tomar una medida para disminuir el sufrimiento del pueblo? ¿Qué estará esperando Dios para tomar una actitud respecto de tantos problemas? ¿Qué piensa sobre todo esto? ¿Qué espera de aquellos que efectivamente creen en Él y que han caminado por el camino de Su Hijo Jesús?

Por supuesto, no podemos acusar a Dios por los problemas creados por nosotros mismos, aunque estos problemas estén alcanzando a tantos niños inocentes. Si ellos están

sufriendo con hambre, con enfermedad y toda la miseria del mundo, no podemos olvidarnos de que aquellos políticos que tienen el poder en las manos y que podrían resolver estos problemas, han sido puestos en el poder por nosotros mismos. Si ellos son deshonestos y corruptos nosotros los hemos ayudado con nuestros votos.

De la misma manera cuando vemos a un joven padeciendo con Sida, tampoco podemos culpar a Dios por eso. La mayoría de las veces, los enfermos de Sida se han envuelto en relaciones sexuales ilícitas o se han pinchado con jeringas contaminadas. Consecuentemente son drogadictos; muchas veces porque no han tenido en sus casas padres que asumieran el matrimonio con responsabilidad, al contrario, han sido egoístas por pensar más en sí mismos que en el fruto de su amor.

En fin, si analizamos todos los problemas que han afligido a las personas, ciertamente llegamos a la conclusión de que han sido provocados, en su mayoría, por nosotros mismos. Eso sólo confirma lo que la Palabra de Dios ha enseñado: que el pecado entró en el mundo por causa de la desobediencia del hombre y a partir de entonces vino la muerte. El Espíritu Santo afirma:

“No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará, porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”.

(Gálatas 6:7-8).

La verdad es que el enemigo número dos del hombre ha sido el propio hombre, porque ha rechazado al Señor Jesús como único Dios y Salvador, siguiendo a dioses de madera, piedra o metal, creados por el arte y la imaginación humana. Por causa de eso, el diablo, su enemigo número uno, ha sacado ventaja y ejecutado sus deseos.

Negar la existencia de Dios porque hemos visto una tierra en completo desorden y destrucción sin que aparentemente Él no haga nada, no tiene ningún sentido: es como si negásemos la existencia de aquellos padres que un día fueron traicionados por sus hijos desobedientes y rebeldes, que dejaron sus casas y se fueron a vivir lejos de sus cuidados y tutela, porque querían ser absolutamente libres.

Cuando estos hijos rebeldes comenzaron a recoger los frutos de las semillas plantadas por ellos mismos, como enfermedades incurables, vicios y muchas otras desgracias, ya era tarde para que sus padres pudiesen hacer algo por ellos. ¡Es la misma situación!

Sí, mi amigo lector, Dios existe y no ignora la destrucción patente de este planeta. Pero, así como aquel padre se ha quedado impotente delante del sufrimiento del hijo que insiste en rehusar su ayuda, Dios jamás podrá hacer algo por nosotros mientras no haya un mínimo interés de nuestra parte. Él siempre estuvo al lado de todos los que sufren en este mundo; pero sólo si hubiese un clamor sincero por parte de los sufridos Él tendrá condiciones de extender Sus manos y librarlos.

El padre no puede obligar a su hijo adulto a oír y seguir su orientación; el hijo es quien tiene que querer someterse al padre para, entonces, ser ayudado por él. Dios actúa de la misma manera.

En toda la Sagrada Escritura existen innumerables invitaciones por parte de Dios para librar al hombre. Veamos algunos ejemplos:

“Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Salmo 50:15).

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Dios ha ordenado la liberación de todos los que tienen oídos para oírlo, a través de la prédica de Su Palabra por Sus siervos distribuidos en todo el mundo. Aquellos que escuchan sus consejos han sido liberados, como Él mismo prometió en Su Palabra.

Hemos visto con nuestros propios ojos los testimonios de los que han tenido una experiencia con Él. Por ejemplo, se puede sentir Su carácter y preocupación en querer librarnos a través de los textos bíblicos:

“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados”.

(Isaías 57:15).

“Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y lo glorificaré. Lo saciaré de larga vida y le mostraré mi salvación” (Salmos 91:14-16).

Todo lo que Dios espera de los que creen en Él de todo corazón es simplemente una actitud de fidelidad hacia su llamada, es decir, no creo que el Espíritu Santo nos haya hecho hijos de Dios para que disfrutemos de esa riqueza en este mundo y en el mundo venidero. ¡No! Si Dios, por su Espíritu nos reveló su plan de la salvación a través del Señor Jesucristo, fue para que tomásemos esa revelación, lo más rápido posible, por todos los lugares de la Tierra, para que aquellos que están en las tinieblas puedan ver la Luz, de la misma forma que sucedió con nosotros.

Es justamente ahí que entra la razón de la fe positiva activa, porque ella es la propia energía divina en nosotros, para producir luz en este mundo tenebroso. Dios realizó todo lo debido en el plan de redención del ser humano que había sido expulsado de Su presencia. El Señor Jesús vino a este mundo para ser sacrificado, a fin de poder salvar a los que han aceptado Su sacrificio en su favor de sus vidas.

Cuando Dios creó a Adán y Eva, los colocó en un jardín de abundancia, donde encontrarían todo lo que necesitaran, pero les advirtió que no comieran el fruto del árbol que estaba en el medio del jardín, porque si no morirían. Podemos, entonces, preguntar: ¿Por qué puso Dios aquel árbol exactamente en medio del jardín? ¿No podía haber

evitado la caída del hombre si hubiera arrancado aquel árbol?

Pero Dios, efectivamente no creó robots, Él nos hizo a Su imagen y semejanza, por esto, no podría anular nuestro derecho de elegir, el libre albedrío. Aquel árbol tenía que estar allí, y ellos no debían desobedecer a Dios comiendo del fruto, ya que no lo precisaban. Pero movidos por la maldita curiosidad y sugestionados por el diablo, terminaron desobedeciendo a Dios.

Como la Palabra de Dios no podía dejar de cumplirse, ellos perdieron el derecho a la vida eterna. De allí, para que Dios pudiese traerlos de nuevo con los mismos derechos de antes, el Señor tuvo que proveer un sustituto para morir en lugar de ellos. En aquella ocasión, el Señor mató un animal del cual hizo túnicas para ambos. El sacrificio de aquel animal sirvió para abrir una puerta, mediante la cual pudiesen volver a tener comunión con Dios.

Aquel animal fue apenas un símbolo de la muerte del Señor Jesús por toda la humanidad, permitiendo así que todos los que Lo aceptan como Salvador tengan el derecho de ser llamados Hijos de Dios y, en consecuencia, tengan los mismos privilegios de Adán y Eva.

Decir que Dios no toma ninguna actitud ante todo lo que está sucediendo en esta Tierra es una total falta de conocimiento. ¡El único problema es que Él no puede hacer lo que los cristianos tienen que hacer!

Ahora el cristiano tiene la oportunidad de vestir la armadura concedida por Él, para luchar en favor de los que están perdidos y desesperados; y solamente a través del poder de la fe sobrenatural, positiva y activa, eso será realidad.

Dios no está físicamente en este mundo para defendernos de los ataques del diablo y sus demonios; pero cuando usamos la fe sobrenatural en Sus promesas y en Su Santo Nombre tenemos Su Espíritu confirmando Su Palabra. La fe sobrenatural positiva es la certeza de las cosas que se esperan en Dios, y la convicción de los hechos que no se ven. La conclusión es que esta fe es una fuerte e indestructible relación del hombre con todo lo que Dios ha expresado en Su palabra.

Podemos compararlo con el matrimonio, dos personas aceptan caminar juntas por el resto de sus vidas; éste es un tipo de fe que una delega a la otra. La sociedad entre dos o más personas, también es un ejemplo de fe, pues hay confianza entre ellas. Naturalmente en estos ejemplos no estamos entrando en el mérito propiamente dicho de la fe sobrenatural, sino que ellos nos dan una idea de por qué Dios exige de nosotros una fe sobrenatural positiva y activa. Su objetivo es poder manifestar Sus grandes milagros y maravillas y, así poder salvar a los que sufren en este mundo tenebroso.

La fe sobrenatural es la certeza de que Dios cumplirá Sus promesas. Para que el cristiano pueda beneficiarse con esta convicción precisa estar absolutamente en comunión íntima con Dios, para saber con seguridad que Dios quiere que reciba lo que pidió con fe, porque la mínima duda impedirá la acción de la fe.

Veamos un ejemplo que aclara esto: un enfermo jamás será curado por la fe, si no estuviere absolutamente seguro de lo siguiente:

a) Que aquella enfermedad es del diablo, aunque esto no significa que esté poseído por los demonios. La persona puede o no estar poseída por un espíritu inmundo; depende la forma de cómo contrajo la enfermedad.

b) Dicha enfermedad no es una prueba de Dios, ni mucho menos es Su voluntad.

c) Dios quiere sanarlo, como sanó a aquellos que Lo invocaron en el pasado, porque Él no cambió su manera de ser, Él es el mismo ayer, hoy y lo será siempre.

Una cosa bien clara debe quedar en nuestra mente: la fe sobrenatural en Dios es tener fe en Su Palabra y viceversa, pues Su Palabra expresa exactamente Su carácter, Su voluntad y Su propio Yo. Cuando la persona se afirma en aquello que está escrito en la Biblia Sagrada, ella está creyendo absoluta e irrestrictamente en el propio Dios. Es como si ella diese las manos a Dios y ambos caminasen juntos en la misma dirección.

EL CORAJE Y LA COBARDÍA

Si observamos atentamente el perfil de todos los hombres usados por Dios en el pasado y los hechos de cada uno de ellos, no sólo encontraremos una expresión de fe, sino también el coraje para poner en práctica la obediencia a

Dios. La fe, si no está asociada al coraje, se convierte en ineficaz, improductiva y muerta, como lo afirma el apóstol Santiago en su epístola:

“Hermanos míos ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?” (Santiago 2:14).

¿Qué significa no tener obras, sino una actitud de coraje en aquello que se cree? Cuando Moisés envió doce espías a la tierra de Canaán, después de cuarenta días volvieron y relataron a Moisés, a Aarón, y a toda la congregación de Israel lo que habían visto:

“Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; éstos son sus frutos. Pero el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; también vimos allí a los hijos de Anac. Amalec habita en Neguev; el heteo, el jebuseo y el amorreo habitan en el monte; el cananeo habita junto al mar y a la ribera del Jordán” (Números 13:27-29).

Éste era el relato de las condiciones de la tierra recibida por el pueblo de Israel como promesa de Dios. Había realmente leche y miel en aquella tierra, pero desde el punto de vista humano era casi imposible que los israelitas la poseyeran, debido a las condiciones en que se encontraba; superpoblada por hombres poderosos. Ese cuadro aterrorizó a diez de los doce espías que fueron. Éstos desanimaron a

todo el pueblo israelita a no proseguir su trayecto hacia la Tierra Prometida. Es exactamente así como actúan los cobardes, además de desistir, también buscan llevar el mismo espíritu cobarde a los demás, según continúa el texto:

“Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella, porque más podremos nosotros que ellos. Pero los varones que subieron con él, dijeron: No podemos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. Y hablaron mal entre los hijos de Israel de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra que recorrimos y exploramos es tierra que se traga a sus habitantes. Todo el pueblo que vimos en medio de ella es gente de gran estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes. Nosotros éramos, a nuestro parecer, como langostas, y así les parecíamos a ellos” (Números 13:30-33).

Vea la sutileza de la fe acobardada: mientras Caleb intentaba empujar al pueblo hacia la posesión de la tierra por la fe, los demás, excepto Josué, comenzaron a predicar el mensaje negativo de acuerdo con sus ojos naturales que sólo veían las dificultades. Aquel mismo pueblo cobarde ya estaba acostumbrado a ver milagros y maravillas por parte de Dios, los cuales ningún otro pueblo había visto. Aún así continuó impidiendo la manifestación de la gloria de Dios, resistiendo la acción de la fe sobrenatural positiva y prestando atención a la cobardía impuesta por los sentidos naturales.

La situación se había agravado para Moisés y Aarón, porque habían dejado Egipto en dirección de aquella tierra, estaban caminando por un desierto cruel día y noche, también estaban sujetos a todo tipo de dificultades, pues no sólo había adultos, sino jóvenes, niños, mujeres embarazadas, viejos, animales, en fin, una verdadera nación ambulante en el desierto.

“Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Todos los hijos de Israel se quejaron contra Moisés y contra Aarón, y toda la multitud les dijo: ¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡Ojalá muriéramos en este desierto! ¿Por qué nos trae el Señor a esta tierra para morir a espada, y para que nuestras mujeres y nuestros niños se conviertan en botín de guerra? ¿No nos sería mejor regresar a Egipto? Y se decían unos a otros: “Designemos un capitán y volvámonos a Egipto”.

(Números 14:1-4).

Podemos ver que, si bien había una gran de-sesperación en medio de más de tres millones de personas; nada, absolutamente nada era real, pues no había sucedido nada. El pueblo apenas había tomado conocimiento de las condiciones de la Tierra Prometida y se desesperó. ¿Cuántas veces eso sucede con nosotros? ¿Cuántas veces nuestras suposiciones nos llevan al martirio de la desesperación? ¡El pueblo no había sido atacado por aquellos gigantes! ¡Ni una sola persona dentro de aquel pueblo había sufrido algo! ¿Por qué entonces todo aquel sufrimiento? Apenas por una cuestión de fe negativa. El corazón de aquel pueblo fue

envuelto simplemente por una convicción negativa de unos pocos.

“Entonces Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros delante de toda la multitud de la congregación de los hijos de Israel. Y Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos, y dijeron a toda la congregación de los hijos de Israel: La tierra que recorrimos y exploramos es tierra muy buena. Si el Señor se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará; es una tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra el Señor, ni temáis al pueblo de esta tierra, pues vosotros los comeréis como pan. Su amparo se ha apartado de ellos y el Señor está con nosotros: no los temáis. Entonces toda la multitud propuso apedrearlos. Pero la gloria de Dios se mostró en el Tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel, y Dios dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no creerán en mí con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” (Números 14:5-11).

Tal hecho se ha repetido durante toda la historia del cristianismo. No son pocos los que un día dejaron su “Egipto” particular, su mundo de esclavitud y comenzaron a caminar por el desierto de este mundo hacia la “Tierra Prometida”; pero de repente, al observar las circunstancias que los rodeaban inmediatamente se desesperaron y perdieron la fe con la cual habían salido de ese “Egipto”. Dieron la espalda a la fe en Dios y se inclinaron ante las dificultades que presentó el diablo. En otras palabras,

despreciaron las promesas y se sometieron a las amenazas del diablo. A Dios no le gusta la cobardía y para que podamos caminar con Él, tenemos que ser valientes, pues la fe exige actitudes de total coraje.

La cobarde actitud del pueblo de Israel les hizo perder la oportunidad de, al menos, ver la tan soñada Tierra Prometida, pues el Señor no lo permitió y los penó:

“... que ninguno de los que vieron mi gloria y las señales, que he hecho en Egipto y en el desierto, los que me han tentado ya diez veces y no han dado oído a mi voz, verá la tierra que juré dar a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá. (...) En este desierto caerán vuestros cuerpos, todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años para arriba, los cuales han murmurado contra mí. A excepción de Caleb hijo de Jefone y a Josué hijo de Nun, ninguno de vosotros entrará en la tierra por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella. Pero vuestros niños, de los cuales dijisteis que se convertirían en botín de guerra, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis” (Números 14:22-31).

Efectivamente, al día siguiente el pueblo volvió al desierto, por el camino del Mar Rojo, y durante cuarenta años se quedaron en el desierto, hasta que murió toda la generación cobarde, según la Palabra de Dios.

El coraje es imprescindible para la manifestación del poder de Dios en la vida de los cristianos. Nosotros hemos tenido esa experiencia dentro del trabajo de la Iglesia Universal.

Las personas que demuestran más coraje en sus actitudes de fe son también las más bendecidas.

Cuando Gedeón convocó a todo el pueblo de Israel para luchar contra los madianitas, treinta y dos mil hombres se dispusieron a ayudarlo:

“El Señor dijo a Gedeón: Hay mucha gente contigo para que yo entregue a los madianitas en tus manos, pues Israel puede jactarse contra mí, diciendo: “Mi mano me ha salvado”. Ahora, pues, haz pregonar esto a oídos del pueblo: Quien tema y se estremezca, que madrugue y regrese a su casa…” (Jueces 7:2-3).

Para sorpresa de Gedeón veintidós mil hombres volvieron a sus casas. Con este ejemplo queda probado que Dios no acepta la timidez o el miedo, y mucho menos puede contar con los tímidos o miedosos para hacer lo que tiene que ser hecho en este mundo: salvar a las personas que se encuentran en las garras de satanás.

Mientras haya timidez o miedo delante de los problemas y dificultades, éstos serán aún más difíciles de solucionar. Dios no puede hacer nada para cambiar esta situación, pues depende de nuestra intrepidez y coraje para efectuar Sus maravillas.

“El Señor dijo de nuevo a Gedeón: Aún son demasiados; llévalos a beber agua y allí los pondré a prueba. Del que yo te diga: “Vaya éste contigo”, irá contigo, pero de cualquiera que yo te diga: “Que éste no vaya contigo”, el tal no irá.

Entonces Gedeón llevó el pueblo a las aguas, y el Señor le dijo: A cualquiera que lama las aguas con la lengua como lo hace el perro, lo pondrás aparte; y lo mismo harás con cualquiera que doble sus rodillas para beber" (Jueces 7:4-5).

Aquellos que se agacharon y doblaron sus rodillas para beber agua no tenían condiciones para aquella gran batalla, pues buscaban beber agua de la manera más fácil y cómoda. Gente así no tiene condiciones de servir a Dios y tampoco de ser victorioso en su vida cristiana, pues son como las aguas que descienden de las montañas, siempre buscan el camino más fácil en la vida.

Este es el carácter de todos los que tienen una fe positiva pero pasiva. Sin embargo, los otros trescientos no. Mientras bebían agua como lo hacen los perros, todavía estaban de pie, curvados pero no de rodillas y, por lo tanto, listos para cualquier eventualidad. Su posición era la del verdadero soldado que, mientras come o bebe está alerta. En el mundo en que vivimos, bajo constantes adversidades, persecuciones e injusticias, si nuestra fe no viene acompañada de actitudes de coraje, si no tiene un carácter valiente, jamás podrá sobrevivir. Por eso, el Señor Jesús hizo una gran advertencia:

"Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apocalipsis 21:8).

¡Lo que se entiende de esa Palabra muy explícita es que justamente los cobardes, sean cristianos o no, sufrirán la muerte segunda! Es lógico, porque si la persona es cristiana y cobarde, eso la califica dentro de ese contexto.

El coraje es tan importante que el propio Dios, cuando llamó a Josué para guiar a Su pueblo a la Tierra Prometida en lugar de Moisés, por tres veces consecutivas, lo animó diciendo:

“‘Esfuérzate y sé valiente (...) Solamente esfuérzate y sé muy valiente (...) Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente” (Josué 1:6-9).

¡Podemos sentir, en el propio espíritu, que de esta calidad de carácter depende hasta nuestra propia salvación eterna! Sí, porque no basta sólo confesar con la boca que Jesucristo es el Señor para que seamos salvos, porque eso cualquiera lo puede hacer. Esa confesión tiene que estar acompañada de actitudes en función de lo que se confiesa. Además, hay que asumir el propio carácter del Señor Jesús, a través de actitudes valientes delante de este mundo y principalmente delante de Dios.

Si un individuo afirma ser cristiano y es mentiroso, ¿de qué le sirve a Dios su fe cristiana? ¡De nada! Si él quiere ser cristiano, está obligado a dejar la mentira y asumir su fe cristiana, aunque eso le cueste el sobrenombre de “creyente”, “Biblia” o “fanático”. Si él está acostumbrado a robar, pero desea seguir los pasos de Jesús y así vivir su fe, tiene que tener el coraje para dejar de robar inmediatamente, aunque esto le cueste vivir modestamente.

Eso es fe y coraje asociados, caminando juntos, en la misma dirección. Es como si la fe representase a Dios y el coraje representase al hombre; es Dios diciendo al hombre: “ve.,.”, y éste, obedeciendo a Dios, comienza a andar en la dirección determinada por Él. Podemos también comparar a la fe con el espíritu de coraje: ella no puede hacer la parte del coraje, y el coraje tampoco la parte de la fe. La fe dice para el coraje: “ve, que yo te ayudo”; entonces el coraje, lleno de la fuerza que viene de la fe, inicia su caminata. Podemos recordar cuando el Señor Jesús dijo al paralítico: “Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”, Lucas 5:24.

¿Cómo obtener las bendiciones por la fe?

No es difícil tomar posesión de las bendiciones de Dios por la fe. En realidad, si existe alguna dificultad, es creada por nosotros mismos, por que Dios tiene más interés en bendecirnos que nosotros necesidad de recibir Sus bendiciones. ¡Eso hasta puede parecer un tanto exagerado, pero no lo es! ¡Lo que pocos saben es que, nosotros, los cristianos tenemos por obligación ser la gloria de Dios en este mundo! En los Cielos, Su gloria es vista por los ángeles; pero aquí en la Tierra, somos nosotros o deberíamos ser, los testimonios vivos de la gloria de Dios delante de aquellos hombres, que han despreciado al Creador.

Cuando Dios nos bendice, inmediatamente queremos compartir Sus maravillas con to¬dos nuestros conocidos. Eso no se da sólo en el sentido de glorificarlo, sino también porque es una cosa natural del ser humano contar sus alegrías con otras personas. ¡Cuánto más alcanzamos Sus

favores, más glorificado nuestro Señor Dios será! Además, aquellos que descienden a las sepulturas no pueden glorificarlo, sólo aquéllos que salen de ellas.

a) ¿Cómo recibir la bendición financiera?

Uno de los mayores problemas entre las personas de la clase menos privilegiada es la situación financiera. Es muy difícil que ellas alcancen un espacio dentro de la sociedad en la que vivimos. Siempre existen aquellas barreras impuestas por la clase más favorecida, por ejemplo, la mayoría de los ricos en Brasil vive de la miseria de los pobres.

Si el pobre no encuentra el camino propio por el cual pueda escalar en la vida, independientemente de quien sea, será muy difícil para él poder alcanzar una mejor posición en nuestra sociedad. Es justamente ahí que entra la fe sobrenatural positiva y activa.

Debemos considerar ciertos aspectos al respecto de la fe para que la podamos colocar en práctica y alcanzar sus frutos. Primeramente es preciso tener certeza de que es la voluntad de Dios que tengamos plenitud de vida, no solamente espiritual y física, sino también financiera. El Señor Jesús afirmó esto cuando dijo:

“El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”.

(Juan 10:10)

Dios quiere darnos vida abundante y nosotros queremos tenerla. Solamente el diablo y aquellos que le pertenecen no quieren que nosotros seamos bendecidos.

La persona oprimida por la situación económica tiene que comenzar una verdadera batalla espiritual contra aquellos que se oponen a su éxito material; y la fe en las promesas de Dios es el único camino por el cual conseguirá alcanzar su victoria.

El segundo paso es aplicar todos los consejos de la Palabra de Dios en su vida, esto es, seguir fielmente aquellos pasos en los cuales Dios ha prometido bendecirnos económicamente.

“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa: Probadme ahora en esto, dice el Señor de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos, y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice el Señor de los ejércitos. Todas las naciones os dirán bienaventurados, porque seréis tierra deseable, dice el Señor de los ejércitos” (Malaquías 3:10-12).

Obedeciendo esa Palabra, debemos dar el diezmo de todo lo que viniera a nuestras manos, sea del salario bruto, de la venta de una propiedad, del interés de un dinero invertido,

de una herencia, en fin, de todo el dinero que llegue a nuestras manos.

Por supuesto que en la Iglesia Universal del Reino de Dios nadie está obligado a cumplir esta ley, aunque sea una aplicación de una ley física, es mucho más espiritual, y cabe a cada miembro de la Iglesia ser fiel a este mandamiento, por libre y espontánea voluntad. Si la persona no diera los diezmos que pertenecen al Señor, es su problema con Dios; en cuanto a nosotros, los pastores, tenemos que enseñar al pueblo la verdad.

Por supuesto, los que son fieles en los diezmos tienen el privilegio de exigir de Dios el cumplimiento de Sus promesas en sus vidas y, obligatoriamente, el Señor tendrá que cumplirla.

El diezmo significa la fidelidad del pueblo cristiano hacia Dios; mientras que las ofrendas representan su amor. Los diezmos son relativamente obligatorios y previamente determinados: diez por ciento de todo lo que viniera a nuestras manos. Las ofrendas son espontáneas, la persona da si quiere, si su corazón así lo desea.

Cuando la persona da los diezmos con fidelidad, está demostrando un carácter genuinamente cristiano. Cuando la persona no tiene nada que ver con el Señor Jesús, ninguna afinidad, entonces, no se preocupa con este tipo de obediencia. Al contrario, se queda disgustada al saber que hay personas que así proceden.

El diezmista muestra a Dios que realmente lo reconoce y lo pone en primer lugar en su vida, ya que el diezmo es el primer fruto de nuestro trabajo. Es un tipo de impuesto que sólo le interesa pagar a los ciudadanos del Reino de Dios, por libre y espontánea voluntad y amor.

Dios no necesita nada, ni dinero, ya que Él es el Señor de todas las cosas; pero, así como alguien un día contribuyó para que el Evangelio del Señor Jesús pudiera alcanzarme, por ejemplo, yo también tengo la obligación moral y espiritual de hacer todo lo posible para que nada falte en la Casa del Señor, a fin de brindar a otros la misma oportunidad que yo tuve.

Creo más que justa la contribución, sea de diezmos o de ofrendas, porque Dios nos los devuelve multiplicados, como el Señor dijo:

“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:38).

La tercera actitud que debemos tomar para ser bendecidos financieramente es no poner el corazón en cosa alguna de este mundo: aunque las bendiciones de Dios no deben ser jamás objeto de adoración.

En realidad, es muy natural que, cuando la persona comienza a prosperar financieramente, automáticamente y casi sin percibirlo, comienza a valorar más lo que sus ojos ven, las cosas materiales en detrimento de sus valores espirituales. Es común que no tenga tiempo para ir a la Iglesia a buscar la presencia de Dios, porque sus negocios están creciendo y tiene que darles atención. Los domingos por la mañana eran sagrados, cuando tenía que tomar un tren, o un ómnibus u otro medio de transporte, pero ahora, con el coche en la puerta de casa, es mejor irse a la playa y por la noche participar de la reunión “porque es la misma

cosa”. Esto quiere decir que el primer amor va enfriándose...

Veamos lo que dice la Palabra de Dios:

“El que fue sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Mateo 13:22).

“Si aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas” (Salmo 62:10).

A veces Dios permite que nuestro tiempo de cosecha se prolongue sólo porque nuestro corazón no está preparado para recibir tantas bendiciones. Él es como aquel padre que jamás colocará mucho dinero en las manos de su hijo de siete años, ya que sabe que el niño va a gastarlo todo en chocolates, caramelos, helados, etc. Es necesario que aquel niño madure para saber administrar lo que su padre le ha reservado.

Dios también nos ha reservado muchísimo para nosotros, pero Él nunca nos concederá todo de una vez, sino paulatinamente, según nuestra capacidad de recibir y administrar lo que Él pone en nuestras manos. Así, la persona debe ser paciente y perseverante al mismo tiempo con respecto a la “cosecha”, tarde o temprano tendrá que acontecer, pues la Palabra de Dios no puede fallar. Aunque tarde, es necesario seguir confiando.

b) Cómo recibir la salud por la fe.

Así como por la fe se recibe la bendición económica, también por la fe se recibe la curación divina y la bendición espiritual. La única diferencia entre las dos es que la fe debe ser dirigida en sentidos distintos. La Palabra de Dios es la misma, el sacrifico del Señor Jesús es el mismo y la fe también es la misma, esto es, sobrenatural positiva y activa

Aunque el grado de fe sea el mismo para alcanzar cualquier tipo de beneficio de Dios, las actitudes con respecto a lo que nosotros deseamos son diferentes. Por ejemplo, jamás podemos esperar recibir la curación divina a cambio de las ofrendas que regularmente damos en la Iglesia, de la misma forma que no podemos esperar la bendición económica sólo por haber tenido fe para expulsar los demonios.

Una cosa es independiente de la otra, aunque la fe sea sólo una. Hay que tomar actitudes por la fe, en dirección de aquello que queremos. Es lo mismo con respecto a la oración; si queremos pan, oramos a Dios pidiendo pan; si acaso queremos la liberación de una persona querida, entonces nuestra oración tiene que ser dirigida a Dios en favor de aquella persona. Nuestras oraciones tienen que ser específicas y expresar exactamente lo que realmente deseamos.

Como hemos visto en el párrafo anterior con respecto a la bendición financiera y a las actitudes que hay que tomar, de la misma manera tenemos que actuar en función de la curación divina.

Todos los beneficios procedentes de la fe tienen un precio y es lógico; cada milagro tiene su propio valor. El gran problema es que las personas no siempre están dispuestas a pagar el precio real para tomar posesión de aquello que desean. La fe siempre exige ciertas actitudes de coraje y, casi siempre, son difíciles de tomar. Pero cuando alguno tiene el carácter perseverante y se lanza de cuerpo y alma, con todo el coraje, buscando aquello que está seguro que va a recibir, entonces definitivamente recibe la respuesta positiva.

En mi opinión, el precio del milagro de la curación divina, es uno de los más altos, porque las actitudes del enfermo deben ser de gran coraje, ya que es su vida la que está en juego. Si la fe no estuviera bien fundamentada en la Palabra de Dios y existiera alguna duda con respecto a lo que ella cree de todo corazón, entonces puede perder su vida.

En realidad, cuando la fe está apoyada en la Palabra de Dios y la persona no se deja influenciar en ningún caso por cualquier palabra de duda, síntomas externos u otras circunstancias será imposible que ella no sea curada.

Existen aquellas personas que acostumbran a dudar de sus propias dudas. Éste es el gran secreto de las personas victoriosas. Cuando surge una duda, inmediatamente dudan de la misma y no la aceptan como verdadera, entonces la duda desaparece.

Cuando alguien pide oración o un consejo con respecto a su enfermedad, por regla general, hacemos la oración de fe, según las Escrituras; sin embargo, siempre buscamos mostrar dos alternativas: la primera sería buscar la sanidad a través de los médicos que, dependiendo de la enfermedad, podrán curarla o no; la segunda alternativa es buscar la curación a través de la fe sobrenatural.

Cualquiera que sea el camino a seguir, sea por la medicina o por la fe, la decisión es exclusiva del enfermo, especialmente si el camino a seguir fuera por la fe; porque nadie puede hacer por él lo que él tiene que hacer por sí mismo. Escogiendo el camino de la fe, tendrá obligatoriamente que tomar decisiones de absoluto coraje y muchas veces será considerado de loco o fanático, por sus familiares, pero el resultado siempre es positivo, porque la Palabra de Dios, el nombre del Señor Jesús y el Espíritu Santo no pueden fallar.

Si alguien tiene por ejemplo un cáncer y está desahuciado por la medicina, o su caso es irremediable, ¿cuál debe ser la actitud de la persona delante de Dios ante lo que le pasa?

Considerando que su fe está sólo en la Persona del Señor Jesús, si Él está en primer lugar en su vida, y es lo más importante del mundo, entonces podrá rasgar su corazón delante de Dios diciendo: “El Señor es realmente mi Salvador, Señor y Dios. Tú eres el primero en mi vida”. Así estará en condiciones de exigir de Dios una solución para su caso.

A partir de esa convicción de fe, ella comienza a tomar posesión de todas las promesas de Dios y apoyarse especialmente en la sanidad Divina, diciéndose a sí misma, “Sí, el Señor Jesús tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, entonces Él llevó mi cáncer. Como la Palabra de Dios no puede mentir, entonces este cáncer es una mentira del diablo en mi vida, ¡yo no lo acepto más en el nombre del Señor Jesús!”

Desde ese momento, absolutamente convencida de que ya ha sido sanada por la fe en las promesas de Dios y en el nombre de Jesús, ella comienza a despreciar todos los síntomas de aquella enfermedad.

Pasa a hacer todo aquello que no podía realizar, porque está segura de que no tiene nada más. Su única certeza está puesta en lo escrito en la Biblia, y de eso no se mueve.

Aunque las personas más queridas intenten convencerla de que la enfermedad existe, los exámenes sigan dando "positivo", aún así ella no cree en ningún síntoma, sino en las promesas de Dios. Entonces, ¡eso es fe en acción! ¡Por supuesto, la persona debe estar absolutamente segura de que la Palabra de Dios no va a fallar, y el Espíritu Santo tiene que confirmar Su Palabra!

Ella se mantiene luchando tenazmente contra todos los síntomas exteriores y, especialmente, contra aquella palabra sutil y diabólica venida de los labios de aquellos que dicen tener fe, pero que en realidad no la tienen. Son instrumentos del diablo dentro de la propia familia, para debilitar la convicción de la fe de los que han desarrollado la real fe cristiana. La mayoría de las veces, los parientes o amigos quieren en verdad ayudar y tienen buenas intenciones.

Éste tal vez, sea el mayor problema, porque el enfermo, naturalmente, se sensibiliza con la manifestación de cariño de esas personas y entonces no quiere desagradarles usando una fe agresiva y así resistir a aquellas palabras. La persona jamás debe dejarse llevar por cualquier consejo o palabra que venga a desanimarla en su fe. Si el enfermo resiste todos esos obstáculos, con certeza verá aquellos síntomas desaparecer instantánea o paulatinamente.

Otra actitud muy importante que la persona debe tomar durante su batalla espiritual es rechazar toda preocupación. Sus pensamientos deben estar totalmente sustituidos por los pensamientos de Dios, por la Palabra de Dios, porque sólo ella es capaz de estimular la fe sobrenatural positiva y

activa. Sólo ella es capaz de llenar nuestro corazón de confianza y certeza de que Dios es real y cumplirá todo lo que prometió.

c) Cómo recibir la bendición espiritual

Cuando nosotros nos referimos a la bendición espiritual, estamos hablando del estado de gracia del cristiano, cuando la plenitud del Espíritu Santo es derramada sobre él, cuando es el foco de la atención de Dios para un servicio especial. Hay una infusión de las virtudes divinas y una inmediata transformación en su ser, al punto de que él no se reconoce a sí mismo, pues el carácter del Señor Jesús pasa a ser parte de él. Hay un cambio completo en su modo de actuar ante cualquier circunstancia, su cuerpo pasa a ser el templo e instrumento de uso particular del Espíritu de Dios.

De todas las bendiciones de Dios, la más expresiva, la más significativa y la más importante, es el bautismo con el Espíritu Santo. Sin Él es prácticamente imposible seguir al Señor Jesús, o sea, con o sin Él podemos amar al Señor Jesús, aceptarlo como Señor de nuestras vidas; en fin, teóricamente acatar toda Su Palabra.

Sin embargo, asumir posturas según Su voluntad como “perdonar setenta veces siete”, “dar la otra mejilla”, y otras frases como éstas, es muy difícil de cumplir sin Su Espíritu.

El bautismo en el Espíritu Santo da la capacidad necesaria para que el cristiano tenga condiciones de hacer lo que nunca haría, si no tuviese la plenitud de Dios actuando en su interior, porque no es fácil tener que perdonar a la misma persona todas las veces que ella se equivoque contra nosotros, sólo el bautismo con el Espíritu Santo puede hacer eso posible. Además, este bautismo significa el

Sello de Dios en nuestras vidas, y que somos propiedad exclusiva de Dios, como el apóstol Pedro afirma:

“Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

A partir de este bautismo, que es personalmente realizado por el Señor Jesús, el cristiano comienza a gozar de derechos y privilegios, como por ejemplo, orar en lenguas extrañas para su propia edificación, la manifestación de la fe viva y poderosa delante de las fuerzas del mal, condiciones de sobrepasar cualquier barrera o dificultad, por el poder que Dios le concede en aquel instante, y tantas ventajas que solamente después de esta bendición se pueden comprender.

La actitud de fe en ese sentido es esforzarse al máximo en la búsqueda de la Presencia de Dios, a través de oraciones, ayunos, lectura de la Biblia y principalmente por la participación regular en las reuniones, en especial en aquellas donde los cultos son dirigidos con esta finalidad.

Durante la búsqueda del Espíritu Santo el candidato debe abstenerse de cualquier preocupación o pensamiento sutil que lo distraiga y debe buscar ocupar su mente con alabanzas al Señor Jesús. Por supuesto, en el momento en que él se propone buscar el Sello de Dios para su vida, encontrará un millón de obstáculos diabólicos para desanimarlo en su objetivo.

El diablo sabe que, cuando alguno recibe el bautismo con el Espíritu Santo, su fe se torna implacable y, consecuentemente, en un soldado habilitado para vencerlo en el nombre del Señor Jesús en cualquier momento. Mi amigo lector, durante su búsqueda jamás se calle delante de Dios, en la expectativa que algo suceda. Dirija sus pensamientos a través de oraciones y palabras que expresen su cariño y amor por Su Señor.

El libro de los Salmos está lleno de oraciones de alabanza a Dios y sería muy bueno para el candidato conocer bien la manera de glorificarlo, expresando Su gloria por palabras. Cuando la persona hubiera honrado a Dios de todo su corazón, entonces la manifestación de la presencia de Dios envuelve todo su ser, haciéndola sentirse renovada en sus fuerzas y con una profunda sensación de paz. En seguida se inicia la oración en lenguas extrañas. En ese punto realmente la persona pasa a ver todos sus problemas de una forma insignificante, tamaña es la capacidad que el Espíritu de Dios le da.

En el momento exacto en que la persona estuviera buscando alabar a Dios y envolverse en el clima de alabanza, es normal que le dé una picazón en la espalda, un niño llore, o alguien trate de llamar la atención en lugar de buscar a Dios. Siempre pasa alguna cosa, para desviar su atención. Si eso sucede realmente, la persona debe ponerse feliz, ya que significa que ella está en el camino correcto, y que el bautismo tan deseado está a punto de ocurrir. ¡Gracias a Dios! Aquellos “disturbios” no son sino una actividad de los demonios, con el objetivo de desviar la atención de las personas de Dios hacia las situaciones de alrededor, y consecuentemente, impedirles seguir buscando al Señor de todo corazón.

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá...”

(Lucas 1:35).

CAPITULO 3

LOS OBSTÁCULOS AL REINO DE LA FE

La compasión

Una oración fervorosa en favor de alguien enfermo u oprimido nunca surtirá el efecto deseado mientras esté acompañado de un sentimiento de compasión. Éste o cualquier otro sentimiento está directamente ligado al mundo físico, y la oración de la fe está vinculada al mundo espiritual. ¡Por lo tanto, no se puede mezclar la fe con los sentimientos, ya que ella es independiente de los sentidos, ella es la certeza de las cosas que se esperan y nada más! Afirmo esto por experiencia propia. Muchas veces, movido por un sentimiento de amor y compasión, fui a orar por personas que me habían sensibilizado con sus grandes problemas, como por ejemplo, enfermedades incurables. Sin embargo, no sólo las decepcioné a ellas, sino que yo también quedé decepcionado, por no haber conseguido éxito en aquellos casos.

¡Hasta en mi propia casa, muchas veces oré en favor de mi esposa y mis hijos y nuevamente sumé más frustraciones! Y ¿por qué? ¿Se habría desvanecido mi fe? ¿Estaba en pecado como para que Dios no respondiese a mis súplicas? ¡De ninguna manera! La verdad es que cuando vemos el sufrimiento de alguien, quedamos tan sensibilizados que nuestra oración deja de ser de fe para ser de compasión.

La oración de fe resulta ineficaz debido a nuestra sujeción a las circunstancias de aquel momento. Para que haya efectivamente un resultado positivo en la oración de fe es imprescindible que ésta sea hecha en la plenitud de la certeza de que, después de terminar la oración, la persona estará totalmente sanada, no importando cuáles sean los síntomas que ella pueda presentar. No podemos en ningún caso analizar o verificar si la persona quedó (o no) sanada, porque esto ya es un síntoma de duda y por supuesto anulará el efecto de la fe.

Otro aspecto nocivo para la operación de fe es cuando el pastor u obrero quiere saber exactamente el estado clínico del “paciente”, como si fuese un médico. ¡Eso es absurdo! Cualquiera que sea la valoración de la enfermedad, no servirá en nada para la realización de la Sanidad Divina, ya que ésta acontece a través de la fe. La obligación del pastor, o quien vaya a hacer la oración de fe, es solamente determinar la curación por la fe a través de la palabra fuerte y autoritaria, sobre la enfermedad.

La fe es parte de otro mundo distinto a éste. Si intentamos utilizarla por los pronósticos conocidos, entonces estaremos sometiéndonos al reino científico de este mundo, y esto no tiene relación alguna con el ministerio de la fe cristiana sino con la medicina.

Recuerdo una niña de seis años que fue traída por sus padres a la Iglesia Universal del Reino de Dios desde una ciudad lejana. Tenía leucemia y los médicos le habían dado poco tiempo de vida. Cuando tomé conocimiento de su estado clínico me conmoví, porque inmediatamente me vino a la cabeza mi primera hija, que tenía casi la misma edad, y entonces me puse en la situación de aquellos padres, y sentí su dolor.

Motivado por un profundo sentimiento de amor y compasión, oré por aquella niña, con tanto fervor que me puse a llorar con sus padres. Cuando terminé de orar, tuve la impresión de que estaba realmente curada, y hasta cambió su fisonomía. Un mes más tarde, recibí noticias suyas. Los nuevos exámenes no habían presentado ningún tipo de anormalidad, lo que me hizo sentirme espiritualmente realizado.

Un año después, recibí noticias de que estaba internada en un hospital de Río de Janeiro. Al visitarla no pude evitar llorar otra vez, ni sentirme decepcionado conmigo mismo y con Dios.

A pesar de saber por sus padres que desde que ella había vuelto a su tierra había sido curada por la fe, los demás parientes no creyeron en su sanidad y otros factores contribuyeron para que aquella oración de fe no tuviera efecto. Aún así, no acepté ningún pretexto, y verdaderamente me quedé frustrado. Para aquellos que hacen de la fe una opción de vida, o que viven por la fe, no hay límites de realizaciones. Para ellos es lo mismo orar por un canceroso como por quien tiene una simple jaqueca. La fe que cura un cáncer es la misma que cura un dolor de cabeza o que mueve montañas.

La fe proviene del mundo invisible del Reino de Dios y alcanza al mundo visible, haciendo posible los imposibles de este mundo. Cuando alguno usa el poder de la fe para hacer cualquier cosa en este mundo, está nada más y nada menos que haciendo uso de la autoridad suprema de Dios, como si Él estuviese aquí obrando Sus maravillas “en carne y hueso”. El propio Señor Jesús afirmó:

“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre”.

(Juan 14:12).

El Señor no diría eso por que sí, ya que ninguna palabra salió de Su boca sin tener un propósito determinado. ¿Entonces, por qué no hemos visto a nadie realizar obras iguales a las Suyas? Nos hemos hecho esta pregunta a nosotros mismos y aún no tenemos respuesta. La fe es la certeza de las cosas que se esperan, es un don de Dios, una energía producida en la “usina nuclear de la Palabra de Dios” y está disponible para todos los que simplemente creen en Dios, según la Sagrada Escritura. Cuando se ministra la oración de la fe, es como si un poco de Dios, que nosotros tenemos, fuese puesto en lo que uno quiere. ¡Entonces tiene que funcionar!

En un domingo del mes de mayo, una señora y su hija me buscaron en la iglesia. La señora comenzó a contarme su problema, y antes de hablar media docena de palabras, la interrumpí y le dije: Señora, vamos a ser más directos, ¿cuál es el problema de su hija? Por su fisonomía, se la vio un tanto decepcionada, pero tomó valor y me respondió: “Mi hija tiene lepra. Tiene la espalda y el pecho lleno de horribles heridas. ¡Por favor ayúdeme!”

Inmediatamente, sin darle mucha importancia al estado crítico de su hija, le dije: “Cierre sus ojos y vamos a orar”. Al imponer las manos en ellas, manifestó un espíritu malo en la madre. Luego de reprenderlo en el nombre del Señor Jesús, yo le dije a la niña: ¡Mi hija, usted está curada! Todo esto no tardó más de cinco minutos. El 8 de junio, dos

semanas más tarde, aquella señora trajo a su niña de nuevo a la Iglesia, ¡totalmente curada de aquella lepra!

¿Por qué no quedaron todos curados a través de mis oraciones particulares, si mi fe ha sido la misma? Como dije anteriormente, cuando sabemos los detalles del problema, nos sensibilizamos y consecuentemente nuestra fe se mezcla con el sentimiento, y así no pasa nada porque la fe tiene que funcionar sola, independientemente de cualquier cosa. Ésta es la gran razón de por qué no apruebo oraciones particulares ni siquiera en la atención pastoral, excepto para aconsejar, sacar alguna duda o dar algún tipo de orientación bíblica. De lo contrario, las personas buscarán sensibilizarnos siempre, y la oración de fe mezclada con la sensibilidad no surte ningún efecto positivo.

La oración de fe da mayores resultados en las personas cuando éstas concentran la fe durante las reuniones, en esos momentos donde nosotros, los ministros de Dios estamos absolutamente desprendidos del mundo físico y totalmente inmersos en predicar al pueblo la Palabra y la voluntad de Dios. Mientras predicamos, estamos bajo la unción del Espíritu Santo, el cual nos inspira en lo que debemos hacer para ayudar a Su pueblo afligido. Nuestras oraciones están totalmente desprovistas de cualquier sentimiento humano y llenas de fe.

Los cristianos no han utilizado bien la Palabra de Dios, ni su propia palabra. Ése es el motivo principal de la fe cristiana en los días actuales, no estar tan afinada con la fe de los cristianos primitivos. Los apóstoles del Señor no perdían su tiempo haciendo largas oraciones del tipo: ¡Señor, ten misericordia de esta pobre criatura, que hace tanto que sufre, por favor cúrala! ¡No, nunca! Pedro, cuando vio al cojo de nacimiento que pedía limosna en la puerta del templo le dijo:

“Míranos. (...) No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hechos 3:4-6).

Eso sí es fe viva y activa. Efectivamente hubo autoridad y coraje para ponerla en práctica. La palabra de Pedro hizo al cojo caminar, por causa de la garantía del nombre del Señor Jesucristo. Un hombre llamado Eneas hacía ocho años que se encontraba en cama porque era paralítico, Pedro, otra vez usando de sus prerrogativas de testigo del Señor Jesucristo, de la fe en Sus promesas y en Su nombre, le dijo: “Eneas, Jesucristo te sana; levántate y haz tu cama” (Hechos 9:34). Y él inmediatamente se levantó.

Quedo pensando en los seguidores del Señor Jesús, que ciertamente movidos por un profundo sentimiento de compasión, querían consolar a Eneas con palabras dulces y cariñosas, prometiéndole ayunar y orar por él todos los días. ¿No será esa una actitud de disculpa para esconder nuestra cobardía delante de los problemas graves?

Realmente, la Palabra está en nuestra boca, la fe en nuestro corazón, el nombre de Jesucristo también y como si fuera poco, aún tenemos al Espíritu Santo que siempre confirma la Palabra de Dios, ya sea de la boca de un obispo, pastor o de cualquier persona. A partir del momento en que “alguien”, como dijo el Señor Jesús, dijere esto o aquello, sin dudar en el corazón ¡así acontecerá! Éste es el secreto de la fe que funciona; es así que realiza lo imposible.

Cuando un enfermo llega hasta nosotros, en lugar de tener compasión, nosotros debemos ordenar que quede curado en ese momento, usando apenas el nombre del Señor Jesús. La

sanidad quedará en manos del Espíritu Santo, que desde luego, acompañará nuestra determinación.

La curación por la fe depende de la palabra que el enfermo oye. ¿Cuándo el enfermo va a conseguir oír la Palabra que viene de la boca de Dios? Cuando nosotros la pronunciamos para él. Fue así que el cojo fue sanado por Pedro, como Eneas y tantos otros.

La fe que funciona es más una cuestión de obediencia a la Palabra de Dios que otra cosa. Cuando alguien trata de obedecer a la palabra del Señor Jesús, está ejercitando su fe y haciendo posible lo que antes era imposible. Si no hubiere dudas, la palabra se cumplirá automática y naturalmente.

Por lo expuesto, podemos entender las instrucciones del Señor Jesús, primeramente para los doce discípulos:

“Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios...” (Mateo 10:8).

Después para los 70: “En cualquier ciudad donde entréis, (...) y sanad a los enfermos que en ella haya” (Lucas 10:8-9).

Hoy, Él nos envía a cada uno de nosotros que creemos en Su resurrección a hacer lo mismo. ¡Notemos que el Señor no mandó que orásemos por los enfermos y necesitados, sino que los curásemos! Es muy importante observar que el Señor nunca instruyó a Sus discípulos para que orasen en favor de los necesitados, sino para que resolvieran los

problemas espirituales de éstos. Por supuesto, el Señor nunca mandaría a los discípulos o a nosotros a que hiciéramos algo que estuviese más allá de nuestra capacidad, ya que Él nunca exige algo que no podemos realizar. Si Él ordenó que curásemos a los enfermos, tenemos que obedecerlo. De la misma forma que la fe funciona para la curación y la liberación de alguien o de muchos, también funciona para todo lo que deseamos que sea hecho según la plena voluntad de Dios.

LA DUDA

Los cristianos tienen informaciones suficientes para andar "por la fe" todos los días de su vida. No hay ninguna razón por la cual el cristiano no pueda caminar y vivir en el Reino de la fe; sin embargo, esto ha ocurrido con poca frecuencia. La fe ha funcionado con relativa facilidad mientras el cielo está limpio, los problemas son insignificantes y no hay una prueba más dura, en fin cuando no se exige tanto de ella. Pero, cuando vienen las tempestades, los problemas son difíciles y hay una prueba muy dura, se verifica si ella existe de verdad, o si es apenas una fuerte emoción.

¿Por qué en los momentos más necesarios para la manifestación de la fe activa, ella no funciona como lo deseamos? ¿Por qué se debilita delante de una montaña aparentemente "inamovible"? ¿Por qué? El Espíritu Santo, a través de Santiago, afirma:

"Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le

será dada. Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor, ya que es persona de doble ánimo e inconstante en todos sus caminos".

(Santiago 1:5-8).

En el texto mencionado encontramos la principal razón por la cual la fe se torna inoperante: la duda. ¿No es la duda una incertidumbre sobre la realidad de un hecho, un sentimiento de inseguridad, de desconfianza o temor? ¿No es el miedo o temor de que alguna cosa pactada no salga, el mayor y más fuerte obstáculo contra la fe en acción? Cuándo existe la incertidumbre, ¿qué se puede esperar? Por eso la Biblia compara a quien duda con la onda de mar, impulsada y agitada por el viento, de la misma forma que viene y va sujetada por los caprichos de los vientos. Las ondas no tienen un carácter propio, así también son las personas que dudan, no tienen personalidad, son como niños que no saben lo que quieren, no tienen determinación propia, y están siempre sujetas a las circunstancias de la vida, tomando decisiones inapropiadas o mirando para atrás.

¿Cómo podrá el seguidor del Señor Jesús seguirlo sin determinación, carácter o personalidad? Jesús dijo: "Ninguno puede servir a dos señores..." (Mateo 6:24). Él es el Señor. "El Autor y Con-sumador de la fe..." (Hebreos 12:2). Satanás es el señor de la duda, de la incertidumbre, del miedo, autor y consumador de la duda.

¿Por qué surgen las dudas que impiden la acción de la fe? Cuando estamos listos para usar el poder de la fe con el objetivo de beneficiar a alguien o a muchos y con eso glorificar a Dios, como por ejemplo ayudar a un enfermo que está sufriendo, tenemos la certeza en el corazón para librarlo de aquella enfermedad, pero cuando vamos a ministrar la curación divina, a través de la oración de fe, surgen casi inmediatamente las dudas, a través de una voz inaudible proveniente del diablo.

Esa inspiración maligna, comienza a hablar a nuestro subconsciente: “Ya no sirve más orar por él, porque otras personas ya lo hicieron, los médicos dicen que esta enfermedad no tiene cura, ya que nadie ha conseguido escapar. Ya fueron hechos varios ayunos y oraciones por él, y su estado cada vez es peor”.

La Palabra de Dios determina: “... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:18). Si andamos en el mundo por la fe en las promesas de Dios, no podemos dar oídos a las circunstancias que envuelven al afligido y nosotros no debemos dejarnos llevar por las “inspiraciones satánicas”, las cuales son radicalmente opuestas a la Palabra de Dios. Si nos dejamos llevar por las circunstancias de cada caso, estaremos perdiendo una gran oportunidad de ayudar a alguien, e incluso cometiendo un pecado grave contra Dios, al dejar de obedecer Su Palabra.

Además, cuando permitimos aquellos “pensamientos diabólicos”, ciertamente el diablo nos dice: “si después de la oración de fe, la persona no quedase curada ¿qué van a pensar los parientes del enfermo? Van a decir que creen mucho en nuestra oración pero nuestra fe no funcionó. Voy a quedar desmoralizado”. Tememos tener nuestra reputación espiritual desprestigiada por comentarios futuros, y al hacer la oración por el enfermo, ésta ya no es

más con una fe pura, porque está mezclada con dudas e inseguridades. Así no puede haber ningún resultado positivo.

No podemos permitir ninguna duda cuando se está ejercitando la fe, tanto en la oración por un enfermo como en todos los aspectos de nuestra vida. La fe no puede, bajo ninguna hipótesis, ser desdibujada por cualquier sentimiento de duda. El diablo, nuestro archienemigo, siempre intentará bloquear el ejercicio de la fe a través de pensamientos dudosos, los que deben ser reprendidos inmediatamente, porque cuanto más tarde, más difícil será hacerlo. El Espíritu Santo nos da la sensibilidad y el discernimiento cristiano, para rechazar todos los ataques satánicos contra la Palabra de Dios.

Cuando el Señor Jesús fue bautizado en las aguas del río Jordán, recibió la unción del Espíritu Santo y una voz del cielo, dijo: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Después de su debida preparación espiritual para comenzar a ejercer la fe, Él fue llevado al desierto por el propio Espíritu Santo, para ser tentado por el diablo. Fue tentado tres veces consecutivas y aún así no pidió que el Espíritu Santo lo quitase de aquel lugar desértico, al contrario, enfrentó al diablo usando exclusivamente la convicción absoluta en aquello que ya está verdaderamente determinado y que tiene que suceder: la Palabra que sale de la boca de Dios.

Pero, ¿por qué eso sucedió con el Señor Jesús? Sencillamente para dejarnos un ejemplo vivo de cómo debemos resistir los ataques satánicos, cuyo objetivo es destruir la fe y la esperanza en las promesas depositadas en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Sabemos que no podemos ejercitar nuestra fe si nos dejamos llevar por las palabras o inspiraciones que la sofocan, cada uno de

nosotros debe tener mucho cuidado, esto se logra a través de la oración y la vigilancia constante, para reprender inmediatamente, en el nombre del Señor Jesucristo, cualquier síntoma de duda e inseguridad.

El diablo sabe que quien habla siembra y quien escucha recoge. El ser humano vive entre las dos palabras: la de Dios y la del diablo. La palabra a la cual él diera crédito, lo hará siervo de quien la profirió. Si él oye la Palabra de Dios, será Su siervo; pero si oye la palabra del diablo... De esta comprobación podemos concluir por qué este planeta se encuentra en la miseria y el dolor. La filosofía diabólica ha hecho al hombre andar inseguro, temeroso y absolutamente perdido dentro de sí en el mundo.

La Palabra de Dios, distinta a la del diablo, ha llevado al ser humano a una libertad espiritual, dándole conciencia para determinar lo que es mejor para sí mismo. Lo torna seguro en sus actitudes, le da valor y lo hace absolutamente poderoso para la realización de la voluntad de Dios aquí en la Tierra, sirviendo como Su embajador y cooperador en el desarrollo de la creación de Dios. Sin embargo, esto nunca ocurrirá mientras no tengamos la fe absoluta.

EL AMOR AL MUNDO

Otro factor que se opone frontalmente al Reino de la fe es el amor al mundo. El Espíritu Santo, orientando a la Iglesia, dijo a través del “apóstol del amor”, Juan:

“No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo, -los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida- proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:15-17).

Si analizáramos honestamente nuestra vida espiritual, constataríamos cuántas veces hemos perdido oportunidades de practicar nuestra fe y, consecuentemente, glorificar a Dios por intermedio de ella, simplemente por haberla desviado a causa de nuestros caprichos y los incontrolados deseos contrarios a los del Señor.

Dios está siempre probándonos, a veces permite que pasemos por tribulaciones económicas, para ver las actitudes que tomamos. Si apelamos de inmediato a la fe, entonces la solución viene a nuestro encuentro, para su entera gloria. Pero si buscamos en nuestras propias condiciones, entonces nos decepcionamos y nos quedamos irritados con Dios, por no tener el dinero para solucionar todos nuestros problemas, cuando en realidad, la provisión en Cristo Jesús, por la fe, es suficiente para suplir todas nuestras necesidades.

La civilización moderna peca por evitar el ejercicio de la fe. El cuerpo se desarrolla mediante los constantes ejercicios físicos, que capacitan al atleta para la competición deportiva. El cerebro desenvuelve su capacidad de creación a través del ejercicio intelectual. De la misma forma la fe sólo podrá agigantarse por su ejercicio constante en las actividades diarias, por la lectura y meditación de las

Sagradas Escrituras, y la ocupación constante en los pensamientos “de las cosas de lo alto”.

Ése es el punto central del mensaje del Espíritu Santo a la Iglesia del Señor Jesús, cuando nos amonesta a no amar al mundo porque, si desviamos nuestros ojos del Trono de Gracia, esto se debe exclusivamente a la acción que este mundo impone, a la concupiscencia de la carne y de los ojos.

Veamos un ejemplo claro de cómo el diablo consigue desviar nuestra fe de las cosas espirituales y eternas. Los cristianos, en su mayoría, son como niños que están distraídos jugando con algún juguete. De repente viene alguien sonando un sonajero colorido y ruidoso. ¿Cuál es la reacción de aquel niño? Instantáneamente e inconscientemente desvía su mirada para fijarla en aquel objeto y luego desea alcanzarlo. Pero, ¿no es exactamente eso lo que hemos presenciado?

Cuántas veces la persona tiene un plan de actitudes de fe, con el objetivo de crecer espiritualmente y comportarse como los grandes héroes de la Biblia; pero de repente, el diablo la atrae con un sonajero cualquiera, que puede ser un auto nuevo, una casa mejor o alguien que toca el corazón despertando un nuevo amor. Por supuesto, que todo eso no significa un pecado, sin embargo, debemos observar que cuanto más nos volcamos a Dios, más “oportunidades” repentinas surgen para desviarnos de lo Alto.

El diablo sabe perfectamente que cuando colocamos toda nuestra fe en Dios, sumada al deseo ardiente de hacer Su voluntad y servirlo de todo nuestro corazón, le nace un potente enemigo que lo combatirá feroz y victoriosamente, causándole pesadas bajas en su reino demoníaco. Por eso el diablo hará todo para intentar destruir al cristiano fervoroso.

Él utilizará armas del tipo “sonajero colorido” llenos de belleza y ostentación.

Muchas personas de fe, que en otro tiempo fueron muy usadas por Dios y demostraron una fe y una innegable presencia de Dios en sus vidas, por un descuido fatal se dejaron engañar por un sencillo “sonajero colorido y diabólico”. Algunos, llevados por lo que sus ojos veían, se han casado con otros llenos de dotes visuales y después han percibido el pésimo matrimonio contraído. Otros tenían continuidad en la iglesia, participaban en las vigilias, con la Biblia siempre en mano. Pero el corazón era siempre el mismo, no había cambiado, no hubo el nacimiento del Espíritu Santo. Entonces vino el caos. ¿Cuántos jóvenes sinceros son llevados por las emociones que confunden con la fe?

De esta manera, el diablo busca desvirtuar la fuerza espiritual de la juventud cristiana, que es la fe, utilizando al compañero o compañera en el matrimonio. Muchas veces envía personas con el intento de atrapar al joven lleno de fe con el objetivo de llevarlo al fracaso.

Cualquier cosa que vayamos a hacer, debe ser hecha con fe. Porque “... todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23). Cuando nuestras actitudes no reflejan una certeza absoluta, consecuentemente fracasan.

LA ESPERANZA

Otro enemigo feroz de la fe es la esperanza. La mayoría de las personas, después de tomar actitudes de fe, quedan con la esperanza de que lograrán sus objetivos. Hay una

confusión entre esperanza y fe. La esperanza que nosotros, los cristianos, debemos tener en nuestros corazones, y sin la cual no podemos vivir, es la que un día heredaremos el Reino Celestial y viviremos eternamente con nuestro Señor Jesucristo. Esta esperanza se basa en el futuro, el cristiano debe caminar y vivir por la fe, con la esperanza de que un día podrá ver con sus ojos el cumplimiento de todas las promesas hechas por el Salvador. Pero la fe es diferente. Ella es la certeza de las cosas que se esperan hoy. La esperanza mira hacia el futuro, mientras que la fe mira para atrás, hacia una obra ya consumada. Muchos cristianos se decepcionan en su “fe”, porque ésta se apoya en la esperanza, y no en la convicción de una obra ya consumada.

EL ORGULLO Y LA VANIDAD

El orgullo y la vanidad son dos grandes obstáculos para el desarrollo de la fe. Me acuerdo de un joven predicador que había marcado una concentración de fe, con el objetivo de liberar a los oprimidos del diablo y sanar a todos los enfermos y decidió por sí mismo dedicarse a la oración y al ayuno, a fin de realizar su gran deseo. Después de mucha propaganda entre el pueblo de Dios, para que trajesen todos los enfermos y necesitados llegó el gran día cuando, según él, Dios daría una clara demostración de poder.

Muy confiado, seguro de su preparación espiritual, aquel joven, al final de la reunión, constató una decepción inmensa, porque no había ocurrido nada de lo que él esperaba. La fe nunca puede funcionar mientras el orgullo domine, aunque éste sea espiritual, que es aún peor. La

supuesta preparación con oraciones y ayunos dejó al predicador muy altivo, haciéndole pensar que, gracias a aquella preparación, su fe tendría obligatoriamente que funcionar. Equivocado. La fe no tiene nada que ver con el ayuno o la oración, ella es el resultado exclusivo de oír la Palabra de Dios.

LAS ILUSIONES DE LOS SENTIDOS

Hay un gran riesgo de pérdida de la propia salvación por parte de aquellos que se dejan llevar por las ilusiones de los sentidos. El diablo ha aprovechado las ocasiones en las cuales las personas sinceras han permitido que las informaciones de sus sentidos naturales las envuelvan, actuando como si aquel sentimiento proviniese de Dios. Llegan, entonces, al desequilibrio emocional, y se comportán como fanáticas.

Es así que nacen los “profetas”, los que provocan toda clase de disturbios espirituales en medio de la congregación, destruyendo vidas recién nacidas en la fe, a través del “terrorismo profético” denigrando la imagen del cristianismo auténtico. ¿No son acaso, los que se envuelven por las emociones momentáneas los que más distorsio-nan el mensaje del Evangelio, permitiendo interpretaciones carnales y demoníacas? Dice la Palabra de Dios:

“Mas el justo vivirá por la fe; pero si retrocede, no agradará a mi alma”.

(Hebreos 10:38).

Cuando la persona permite ser llevada por las emociones, deja el principio cristiano que es la fe, para comportarse según sus sentimientos. La fe es la certeza de las cosas que se esperan, no de las que se sienten; la convicción de lo hechos que no se ven, y no de los hechos que se sienten.

A partir del momento en que alguien se atreve a caminar por lo que siente, ya está contrariando la voluntad de Dios, ya que el justo vivirá por fe, si retrocediere a la voluntad de los sentidos, entonces el Señor no tendrá más placer de él, porque si tomamos actitudes según nuestros sentimientos, anulamos la fe cristiana.

Las sociedades de este mundo son llevadas por las emociones, fruto de todas las artes demoníacas difundidas como por ejemplo: películas, teatro, deportes, literatura, etc. Ahí surgen las respuestas del pueblo consumidor, a través del comportamiento. Pero, si eso ocurre también en los cristianos, o sea, si ellos se dejan llevar por las emociones que surgen dentro de la iglesia, y no por la fe en la Palabra de Dios, se crea una igualdad de situaciones entre los cristianos y los no cristianos, surgiendo así los religiosos y fanáticos. Si los cristianos se dejan llevar por las ilusiones de los sentidos, ¿cuál será la diferencia entre ellos y los no cristianos? Debemos mantener una posición firme e inamovible en nuestra fe cristiana, no dejando que nuestros sentidos o sentimientos vengan a regir nuestras vidas. A través de ellos, nunca conseguiremos tener vida, ésta sólo existe a través de la fe.

El Espíritu Santo, a través de Pablo, nos exhorta:

“Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1).

Pero, ¿no será ese culto racional un compromiso de nuestro intelecto en el desarrollo de la fe pura, pues Dios es un Ser de inteligencia suprema y exige que nuestra relación con Él sea en un nivel inteligente y real? ¿Cómo podríamos vivir una relación con un Ser totalmente espiritual, sin dejarnos llevar por emociones fuertes, que casi siempre apartan a la gente de la fe racional e inteligente? No veo otra alternativa sino a través de la fe viva e inteligente.

Por ejemplo: Cuando pronunciamos la palabra ¡aleluya!, que significa gloria a Dios, debemos estar absolutamente conscientes de lo que estamos hablando, caso contrario, no es más que una expresión común, como lo hace el loro que repite las palabras sin percibir lo que ellas significan. ¡No seamos así! Cuando pronunciamos “aleluya”, nuestra inteligencia nos lleva a glorificar a Dios, teniendo conciencia de que estamos expresando lo más hondo de nuestra alma, en la certeza de agradarlo. Esto es fe racional, o culto racional, que suma la inteligencia a la fe, sin las distorsiones emocionales que llevan al fanatismo y a la fe ciega.

Los desequilibrios emocionales surgen del celo excesivamente religioso e intolerante, frutos de una fe ciega y no inteligente. ¿Cómo Dios podría soportar una relación con un hijo que no usa la inteligencia para expresar sus sentimientos? Primero es necesario pensar para después hablar, ya que quien habla sin antes pensar, apenas está siendo dirigido por las emociones del momento. Un ejemplo clásico entre los que trabajan sin cesar en la obra del Señor,

es que mientras el pastor está en actividad espiritual dentro de su iglesia, desarrollando su fe, hay inspiración del Espíritu Santo, crecimiento espiritual en el conocimiento de la voluntad de Dios para su vida ministerial, fuerza espiritual contra los ataques demo-níacos, y más amor por las almas perdidas, etc. Sin embargo, cuando él sale de aquel ambiente fervoroso, para ejercer cualquier otra actividad, comienza a vaciarse de aquella energía espiritual que lo envolvía en la iglesia.

¿Por qué? Simplemente porque está actuando estrictamente dentro del nivel material. Por algún tiempo, quedará con su fe "desactivada". Imaginemos que él llegue a su casa y su esposa comienza a lamentarse de la enfermedad de su hijo; con sus argumentos conseguirá instantáneamente hacerlo pensar que hay que llevarlo de forma inmediata al médico. Si él estuviese dentro de la iglesia y alguno trajese a su hijo con el mismo problema, impondría las manos sobre el niño y expulsaría al espíritu de enfermedad. En casa, lejos del ambiente de fe y movido por los sentidos, su comportamiento es muy distinto.

La discrepancia de ideas siempre provoca confusiones que, a veces, son fatales, principalmente en la vida ministerial del pastor. Pero, si los efectos de los sentidos provocan caídas en pastores, que casi siempre están en actividad espiritual, imagine las personas que pasan todo el tiempo de sus vidas en el mundo material. Fue exactamente por este motivo que el Señor Jesús dijo:

"Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mateo 26:41).

En realidad, lo que caracteriza la debilidad de la carne son las actitudes provocadas por los sentidos. Cuando el Señor Jesús exhortó a “vigilar y orar”, ¿qué estaban haciendo los discípulos? ¿Estaban en pecado? ¡No! Estaban apenas durmiendo. Por supuesto el diablo los había inducido a una “pequeña siesta”. El Señor Jesús había dicho

“Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo” (Mateo 26:38).

Podemos imaginar que luego que el Señor se apartó, el diablo había entrado en acción, sugiriendo en forma de “buena inspiración para los sentidos”, que podrían recostar el cuerpo cansado de tantas caminatas. Los discípulos deben haber pensado que podrían vigilar estando bien acomodados. Fue suficiente para que el Señor los encontrase durmiendo.

Las inducciones de nuestros sentidos nos hacen acomodarnos respecto al verdadero propósito de la fe, que es la acción. Por eso debemos mantenernos en una constante vigilancia, para que nuestras emociones no nos impidan el desarrollo de la fe, en toda su plenitud. Debemos estar conscientes para saber separar el trigo de la cizaña, el sentimiento de los sentidos, que lleva a la fe natural; del sentimiento del Espíritu, que lleva a la fe sobrenatural. El nivel de la fe debe estar por encima de las emociones. Exactamente eso es lo que el apóstol Pablo afirma:

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño”.

(1 Corintios 13:11).

Aquellos que son llevados por los sentimientos de las emociones o de los sentidos, son como niños; todo su comportamiento está directamente relacionado con las emociones fuertes de sus sentidos. Esto no quiere decir que las emociones no tengan lugar en la vida del cristiano. Ellas son importantes e impulsan la verdadera fe, pero deben ser controladas de forma que no ejerzan dominio sobre la personalidad del cristiano.

La inmadurez espiritual se caracteriza por las actitudes propias de quien pasó por las primeras experiencias de la conversión sin la debida orientación, y que dio como resultado el entusiasmo desenfrenado, que puede ser llamado fanatismo; la credulidad ingenua e imprudente y el temor a Dios que más parece miedo. Se juntan así ciertos conceptos radicales y un juzgar precipitado que tanto entorpecen el perfeccionamiento de la vida cristiana.

En cuando a la madurez espiritual, podemos asociarla al amor, el principal fruto del Espíritu:

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Corintios 13:4-7).

CAPITULO 4

EL DESPERTAR DE LA FE

La fe inteligente, racional y absolutamente infalible es sostenida por la ley del Espíritu Santo. Ésa es la fe que funciona aunque todo esté en contra y que las apariencias sean contrarias.

“... aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza” (Salmos 46:2-3).

Hay una puerta, siempre abierta para todos los que apoyan la fe en las promesas de Dios. La certeza absoluta de que “...todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7), garantiza que las buenas semillas plantadas hoy traerán buenos frutos mañana, cueste lo que cueste.

Sabiendo esto, ¿qué hombre inteligente no se empeñará hoy en sembrar lo bueno, sabiendo que mañana tendrá los frutos de su buena semilla? Entonces, la fe comienza a funcionar perfectamente para traer todos los beneficios inherentes al propio hombre, por su propio esfuerzo y capacidad de sembrar, totalmente independiente de

quienquiera que sea, sino que sólo de sí misma y de Dios que, naturalmente, bendecirá a aquellos que creen y toman actitudes de acuerdo a Su Palabra.

Es imposible que la fe bíblica no funcione, pues es la Palabra de Dios que está determinada y ella no puede fallar. Sin embargo, el gran problema y pienso que el mayor, no se refiere a tener fe o no, (aunque la fe de la humanidad esté desvinculada de la fe racional e inteligente de la Palabra de Dios), sino al hecho de colocarla en evidencia y hacerla funcionar como determina la Biblia.

Éste ha sido un gran problema, "... ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo?" (Santiago 2:14).

La fe sin obras es muerta, ¿y cómo conseguir la "fe con obras", o sea, producir frutos, trayendo a la existencia las cosas que no existen?

El propio Señor Jesús sabía que entre la fe y las obras de la fe hay un gran obstáculo, una barrera casi insuperable. ¿Qué ha hecho Él para quitarnos este obstáculo? Usó apenas la técnica revolucionaria del desprendimiento y despertar de la fe, a través del mundo físico, el mayor obstáculo para que la fe funcione.

Los científicos han utilizado el propio veneno para hacer un antídoto y luchar contra él. Es el caso de aquella persona a la que se le aplica una vacuna hecha del veneno de la víbora, para combatir aquella picadura mortal.

Desde luego, son nuestros ojos el tribunal supremo, porque en ellos están apoyados todos nuestros razonamientos; siempre juzgamos después de ver. Hay personas que tienen que ver para creer. Esto es un impedimento, ya que la fe no tiene nada que ver con lo que sentimos. Para ellas, es muy

difícil colocar la fe en funcionamiento, ya que no pueden ver nada y apenas creer en la Palabra de Dios. A partir del momento que pasan a ver alguna cosa, amparadas por la Palabra de Dios, inmediatamente desprenden su fe y alcanzan su objetivo. Fue esto exactamente lo que el Señor Jesús aplicó en Su ministerio de milagros.

“Le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano sobre él. Entonces, apartándolo de la gente, le metió los dedos en los oídos, escupió y tocó su lengua. Luego, levantando los ojos al cielo, gimió y le dijo: ¡Efata! (que quiere decir: “Sé abierto”). Al momento fueron abiertos sus oídos, se desató la ligadura de su lengua y hablaba bien” (Marcos 7:32-35).

¿Tenía el Señor que colocar sus dedos en los oídos del sordo y tocar la lengua con su propia saliva para sanarlo? ¡Desde luego que no! Lo hizo para despertar la fe de aquel hombre. Otro ejemplo fue la curación de dos ciegos, como dice la Biblia:

“Cuando salió Jesús, lo siguieron dos ciegos, diciéndole a gritos: ¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David! Al llegar a la casa, se le acercaron los ciegos y Jesús les preguntó: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos...” (Mateo 9:27-30).

Al sentir el toque de las manos del Señor Jesús, ellos despertaron la fe y fueron sanados. Podemos observar muchos otros ejemplos en las Sagradas Escrituras, analicemos el de la curación del ciego de nacimiento:

“Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. (…) Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que significa “Enviado”). Entonces fue, se lavó y regresó viendo”

(Juan 9:1-7).

Es importante observar que el apóstol Juan no dijo que el ciego invocó al Señor, y seguramente que no lo hizo. No fue él quien se dirigió al Señor, sino el Señor fue hacia él. Este milagro sucedió para que se manifestase la gloria de Dios. Esa es la razón por la cual el Señor dijo “no es que pecó este, ni sus padres” Juan 9:3.

Es cierto que el ciego también era un pecador, como sus padres, pero la causa de su ceguera no tenía nada que ver con el pecado. Realmente un problema congénito no tiene absolutamente nada que ver con el pecado de los padres, pues si eso no fuese verdad, entonces Dios sería vengativo, castigando a sus hijos, por los errores de los padres. ¡Eso no tiene lugar! ¿Tendría el Señor Jesús la necesidad de escupir en el suelo para hacer barro, ensuciar la vista del ciego y encima ordenar que se lavase en un estanque tan distante?

¿Por qué Él no lo curó de la misma forma que lo hizo con el paralítico, usando sólo la Palabra? ¿Por qué el ciego debió caminar, tanteando hasta llegar al estanque de Siloé? ¿No sería un gran sacrificio para él?

En verdad el Señor Jesús no ignoraba nada de eso, pero Él nunca dijo una palabra, o dio una orden que no tuviese una razón o fundamento. Para que la sanidad de aquel hombre aconteciera, era necesario que ocurriese un desprendimiento de su propia fe, y eso fue realizado paulatinamente, a medida que él caminaba en dirección al estanque, en obediencia a la palabra recibida.

Ése es el secreto de la fe positiva. No fue la saliva lo que curó al ciego, ni el lodo, mucho menos el agua del estanque de Siloé, sino la confianza depositada por él en el consejo del Señor, sumada a su actitud con respecto a ella.

La Biblia está llena de símbolos con el objetivo de despertar la fe de las personas. De la misma forma que la bandera de una nación despierta el sentimiento patriótico de sus ciudadanos, también los símbolos bíblicos despiertan una fe fuerte e infinita en las personas, a fin de venir ellas a ser co-participantes en la construcción del Reino de Dios en este mundo, para que la gloria de Su Hijo se manifieste en toda la tierra.

El Señor Jesús tomó el pan y el vino y los hizo símbolos de Su carne y de Su sangre en la Santa Cena. Nosotros utilizamos elementos simples como agua, aceite de oliva, sal y otros, para despertar la fe de todos, de acuerdo a sus respectivas necesidades. Por ejemplo, es el caso de las personas ungidas con el aceite santo en el lugar de la enfermedad. Lo que a veces una oración no consigue realizar, una simple unción lo hace. ¿Por qué? Simplemente porque en la oración son usadas apenas palabras, que

muchas veces pierden el objetivo, porque no siempre la persona necesitada está atenta a las expresiones de fe. En el caso de una unción, la persona ve y siente el toque del aceite, y así, la fe se suelta y la persona es curada instantáneamente. Cuando esto no ocurre en aquel momento, aún así ella cree que la raíz de la enfermedad ya ha sido eliminada y que los síntomas desaparecerán en poco tiempo, lo que efectivamente ocurrirá.

Por eso millares de personas han sido curadas y liberadas de los más variados males, a veces sin la participación alguna del ministro de Dios, ya que ellas mismas hacen sus propias unciones, en sus hogares, con aceite consagrado que reciben gratuitamente en la iglesia. Es decir, el poder de la fe en Dios no está restringido solo a la iglesia, está en cualquier lugar, basta solamente que haya algún elemento físico, capaz de despertar la fe que cada uno tiene dentro de sí.

Si fuéramos a buscar algún versículo bíblico que hable claramente de esta técnica de despertar la fe, no lo encontraremos. Ni el propio Jesús encontró bases en las Escrituras para sanar a través de la saliva y lodo. Aún que no encontremos algún versículo explícito para corroborar esta técnica de despertar la fe, ella no va en contra de la Biblia, ya que el Señor Jesús dijo: “Pues el que no es contra nosotros, por nosotros es” (Marcos 9:40).

No es por lo tanto alguna enseñanza antibíblica, podemos considerarla extra bíblica, esto es, no está exactamente escrita en la Biblia, sin embargo, no ofende en ninguna circunstancia a cualquiera de sus principios; al contrario, induce a las personas a creer más en sus verdades, ya que despertando la fe simple, se transforman en gente sin complicación y llenas de vida.

Un elemento tan fuerte con respecto a la fe como el aceite bendecido es la sal. El Señor Jesús afirmó que nosotros, Sus seguidores, somos la sal de la tierra, y si por ventura fuésemos insípidos, no serviríamos para nada más, sino para ser echados fuera (Mateo 5:13). Por supuesto, que el Señor se basó de un símbolo para enseñarnos una gran verdad. De la misma forma que la sal es el elemento que da el real sabor a la comida, también nosotros, los cristianos debemos ser como la sal, para dar al mundo, un verdadero testimonio de la vida cristiana. Las personas deben sentir, a través de nuestra comunión con el Señor, el sabor de la vida que Dios ha preparado para los que obedecen Su palabra.

Entonces, tampoco está prohibido utilizar el mismo símbolo como una manera de despertar la fe de aquellos afligidos por causa de un vicio cualquiera. Veamos el ejemplo de una persona cuyo hijo es adicto a las drogas. Para él es un verdadero "fiasco" ir a la iglesia para recibir la oración de fe. El padre o la madre apela a Dios y fervorosamente lleva una cantidad suficiente de sal anteriormente bendecida con este fin, y prepara el alimento de aquel hijo con esta "sal ungida". Entonces, su fe es liberada en favor de su hijo, y consecuentemente, hay liberación, pues Dios honra la fe pura y sencilla.

Un gesto de fe produce un efecto extraordinario, al punto de desafiar a la propia ciencia. El apóstol Pablo sabía de la eficacia del uso de los símbolos como elementos que estimulan la fe.

"Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que hasta los pañuelos o delantales que habían tocado su cuerpo eran llevados a los enfermos, y las

enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían” (Hechos 19:11-12).

Pero, ¿con qué derecho podía usar el apóstol objetos personales para hacer el milagro? La verdad es que él también sabía de la necesidad de despertar la fe de aquellas personas afligidas, enfermas y perturbadas. Como confiaban en su ministerio, él sólo tenía que enviarles objetos personales, para que aquellas criaturas despertaran la fe ya existente y los milagros sucedieran.

¿Serían los objetos de Pablo la razón de la curación de aquellas personas o la fe en el Cristo que Pablo predicaba? Por supuesto, ellas fueron beneficiadas en el estímulo de la fe, pero la curación venía de Dios, según Hechos 19:11.

En realidad, el estímulo de la fe no ocurre siempre a través de algo físico, pero esto es eficaz para las personas que sienten dificultad en creer exclusivamente en la Palabra Viva de Dios. Hay muchos que despiertan su fe, sólo al oírla, porque tienen mayor capacidad de aceptar de inmediato la Palabra de Dios. Es el caso, por ejemplo, de la curación del cojo de nacimiento:

“Había un hombre, cojo de nacimiento, que era llevado y dejado cada día a la puerta del Templo que se llama la Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban en el Templo. Este, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el Templo, les rogaba que le dieran limosna. Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos. Entonces él los miró atento, esperando recibir de ellos algo. Pero Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.

Entonces lo tomó por la mano derecha y lo levantó. Al instante se le afirmaron los pies y tobillos; y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el Templo, andando, saltando y alabando a Dios” (Hechos 3:2-8).

La acción fue totalmente realizada por Pedro, su firmeza en la palabra de autoridad imprimió confianza en aquel hombre, para obedecer aquella orden, y entonces, ser curado. En este milagro, no hubo ninguna técnica para despertar la fe al cojo, sino la palabra de fe.

LA VISIÓN DEL VALLE DE LOS HUESOS

“La mano del Señor vino sobre mí, me llevó en el Espíritu del Señor y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasar cerca de ellos, a su alrededor, y vi que eran muchísimos sobre la faz del campo y, por cierto, secos en gran manera. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Yo le respondí: Señor, Dios, tú lo sabes. Me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: ¡Huesos secos, oíd palabra de Dios! Así ha dicho el Dios, el Señor, a estos huesos: Yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Pondré tendones en vosotros, haré que la carne suba sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré en vosotros espíritu, y viviréis. Y sabréis que yo soy Dios. Profeticé, pues, como me fue mandado; y mientras yo profetizaba se oyó un estruendo, hubo un temblor ¡y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso! Yo miré, y los tendones sobre ellos, y subió la carne y quedaron cubiertos por la piel; pero no había en ellos espíritu. Me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu que así ha dicho

Dios, el Señor: ¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán! Profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron y se pusieron en pie. ¡Era un ejército grande en extremo! Luego me dijo: Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. Ellos dicen: Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos! Por tanto, profetiza, y diles que así ha dicho Dios, el Señor: Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Dios, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Dios, lo dije y lo hice, dice el Señor" (Ezequiel 37:1-14).

En ese relato de Ezequiel vemos exactamente el funcionamiento de la fe, cómo ella comienza y su finalidad. La casa de Israel representa todos los pueblos, en todo el mundo, mientras la tierra de Israel simboliza la vida abundante que el Señor Jesús vino a traer a todos Sus seguidores.

El valle de los huesos secos son los pueblos que están "muertos en sus delitos y pecados", bajo el dominio satánico. El hijo del hombre, que en este caso es el profeta Ezequiel, era el título del Señor Jesús, y en los días de hoy, representa cada cristiano.

Veamos cómo se profesa la fe, de la misma forma por la cual Dios llevó a Su profeta y lo dejó en medio de un valle de huesos secos, en una visión, también el Señor Jesús nos llamó de las tinieblas y nos ha hecho luz, para que quedemos en medio del valle de los huesos secos, es decir,

en medio de este mundo, a fin de que podamos iluminar a los que se encuentran en tinieblas. Por eso en su oración sacerdotal, Él oró:

“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. (...) Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”.

(Juan 17:15-18).

De la misma forma por la cual Ezequiel profetizó a los huesos secos, nosotros también debemos profetizar para este mundo. Y así será cuando lo hiciéremos en la misma autoridad, en el mismo espíritu de Ezequiel, lo imposible también tendrá que suceder, como aconteció con los huesos secos, que volvieron a la vida.

Podemos verificar que la fe bíblica funciona cuando obedecemos a la Palabra de Dios. Él no puede hacer lo que a nosotros nos incumbe, lo que no podemos hacer, entonces Él lo hará, como lo prometió. Ahí está el secreto de los milagros, si obedecemos a Su palabra, nada en lo absoluto nos será imposible.

El hombre natural no puede aún comprender la razón de la fe, no consiguió aún captar sus recursos ilimitados, ni su origen. Esto porque su campo de estudio e investigación se limita apenas al campo físico, aunque la ciencia necesite usar recursos abstractos para apoyar sus teorías, las cuales se vuelven anticuadas con el correr de los siglos, ignorando la fuerza mayor de la certeza absoluta.

EL PODER DE DIOS DENTRO DE NOSOTROS

El hombre fue creado por Dios a Su imagen, con una finalidad, un propósito y un objetivo, según Su Palabra:

2“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Los bendijo Dios y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todas las bestias que se mueven sobre la tierra”.

(Génesis 1:27-28).

Fuimos creados con el sentido del deber, como auxiliares o colaboradores de Dios, según el Espíritu Santo afirma, a través de Pablo:

“... porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” (1 Corintios 3:9).

Pero, si estamos en la condición de colaboradores de Dios, en la construcción de un mundo mejor aquí en la tierra, es porque el Señor nos dio y nos da todas las condiciones necesarias para el desarrollo de nuestro trabajo con ese fin. Eso sólo podrá convertirse en realidad a partir del momento en que apelemos a la fuerza interior de cada uno de nosotros, implantada por el propio Dios, que es la fe. Cuando descubrimos esta fuerza interior y pasamos a

ejercitarla continuamente, vamos descubriendo la plenitud de la propia vida.

El triángulo, Dios, el hombre y la naturaleza, funcionan perfectamente, cada uno dentro de su campo de acción. La naturaleza colabora con el hombre, éste colabora con Dios y toda la creación exalta el poder de Dios.

Al explicar los acontecimientos de la historia del pueblo de Israel, las palabras del Señor Jesús y los grandes hechos de los apóstoles se da testimonio de que el poder de Dios dentro de cada uno de nosotros y el poder de la fe son una realidad indiscutible. La fe aún, no surtirá jamás ningún efecto si no fuera alimentada y ejercitada. No basta sólo creer en el Señor Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, para que se produzcan en nosotros las bendiciones subsiguientes de la fe, es necesario mucho más. Es preciso requerir de Dios los derechos.

Un día, un miembro de nuestra iglesia, casi lamentándose, nos confesó que estaba pasando por una situación económica lamentable.

Le preguntamos si estaba al día en sus diezmos y su respuesta fue inmediata, “¡Desde luego que sí!” Entonces le dije incisivamente: ¿Sabe lo que le falta aún? ¡Exigirle sus derechos a Dios! Él me miró espantado, como si preguntase, “¿Será eso correcto delante de Dios?”

Verdaderamente nada de lo que Dios envía viene “de cualquier manera”. Siempre hay una razón para que el milagro acontezca. Por ejemplo, nunca podemos dar el diezmo y quedarnos sentados esperando sus frutos. Es necesario exigir, pedir, insistir, debatir, expresando nuestros derechos a través de la fe, ya que ella es la fuerza de Dios

dentro de nosotros y precisa ser ejercitada para alcanzar un espíritu que no se quebrante.

Ésa es la razón fundamental por la cual el Señor nos permite que tengamos problemas y pasemos por tribulaciones, para tener nuestra fe siempre en ejercicio constante, pues es a través de las dificultades que obtenemos perseverancia y, consecuentemente, experiencia. La fe debe ser ejercitada hasta hacerse sólida, para subir otros escalones de mayor grado en nuestras realizaciones y consecuentemente agradar a Dios, como está escrito:

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que le buscan” (Hebreos 11:6).

Observemos la gran necesidad de una sincera aproximación hacia Él, y esto solamente ocurre cuando se pide con insistencia:

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:7-11).

CONSIDERACIONES FINALES

No importan cuáles sean sus problemas, aunque esté todo aparentemente perdido a su alrededor; aunque la tierra tiemble, los montes se muevan, el firmamento sea sacudido por bombas atómicas; aunque el mundo entero no crea totalmente en Dios, aún así, Él existe y es galardonador de quienes Lo buscan en espíritu y en verdad a través de la fe.

“El Señor estará con vosotros si vosotros estáis con él; si lo buscáis vosotros lo hallaréis; pero si lo dejáis, él también os dejará”

2 Crónicas 15:2.